
JUGANDO
A SU
MANERA
REBECCA BÁEZ

JUGANDO
A SU
MANERA
REBECCA BÁEZ

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2502210932952

Registrado el: 21/02/2025

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Si alguien me hubiera dicho hace unos años que mi vida amorosa iba a parecerse a un partido de fútbol, le habría llamado loco. O peor aún, hincha del Real Madrid. Y eso que yo, Paula Ferrer, periodista deportiva, vivo del fútbol, respiro fútbol, y si me aprietas, hasta sudo fútbol.

Pero el amor… Ah, el amor es otra historia.

Nunca se me ha dado bien, para qué mentir. No porque no haya tenido oportunidades, ojo, sino porque parece que tengo el mismo don para las relaciones que el Atleti para ganar las finales de Champions: un talento impresionante para cagarla en el último minuto. Y no es que no lo intente, es que, en cuanto las cosas se ponen serias, aparece esa vocecita en mi cabeza diciendo: *Paula, no te líes, que lo tuyo es analizar partidos, no sentimientos.*

Siempre me han dicho que soy demasiado competitiva. Que no sé perder, que me tomo todo como un desafío. Y, la verdad, es que es así. Pero, a ver, ¿acaso el mundo no es un eterno uno contra uno? ¿Un campo de batalla donde el que se relaja, pierde? No se trata de ganar siempre —bueno, un poco sí—, sino de no dejar que te pasen por encima.

Ese mismo espíritu me llevó a mi primera gran rivalidad profesional: Inés Martín.

Treinta años, entrenadora de uno de los equipos femeninos más prometedores de Madrid, mirada intensa y una lengua tan afilada que podría destriparme con una sola frase.

Nos odiamos desde el primer día.

Bueno, quizá odiar es una palabra muy fuerte. Pongámoslo así: si ella decía blanco, yo decía negro. Si ella afirmaba que el 4-3-3 era la mejor formación, yo escribía un artículo defendiendo el 3-5-2. Si yo me colaba en una rueda de prensa para hacer la pregunta incómoda que todo el mundo esquivaba y nadie se atrevía a lanzar, ella hacía un comentario venenoso que sonaba como un halago, cuando en realidad era un golpe directo a mi ego.

Y así, durante años, nos convertimos en dos polos opuestos atrapados en la misma ciudad, en los mismos campos de entrenamiento y en las mismas ruedas de prensa donde la tensión entre nosotras podía cortarse con un cuchillo.

La rivalidad era parte del juego. Yo sabía que cada vez que publicaba una crónica sobre su equipo, ella la leería con la misma cara de asco con la que los culés miran el Bernabéu. Y, en el fondo, yo esperaba con ansias el momento en que sus palabras afiladas me desafiaran en público. Era un tira y afloja constante, un partido sin descanso, una lucha de egos disfrazada de profesionalismo.

Pero aquí viene el giro inesperado.

Resulta que, bajo toda esa rivalidad, había algo más. Algo que se cocía a fuego lento entre miradas desafiantes y sonrisas de medio lado. Algo que, por más que lo negara, empezó a colarse en mi mente a todas horas.

Porque la línea entre el odio y la atracción es más delgada que el fuera de juego automático de un VAR. Y cuando te das cuenta, ya estás jodida de verdad.

Esta es la historia de cómo mi enemiga mortal se convirtió en el mayor desafío de mi vida. Y no hablo de fútbol.

1

El silbatazo inicial

Madrid, martes por la mañana

El tráfico en la Gran Vía rugía con fuerza a su ritmo habitual, una melodía caótica de bocinas y prisas que servía de banda sonora a mi existencia. Me encontraba sentada en la redacción de Zona Fútbol, mi medio digital de confianza —bueno, más bien el que pagaba mi alquiler en Chamberí—. Afuera llovía, pero a mí me daba lo mismo. Tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo observando las gotas caer.

Tenía un café frío en una mano, la mirada fija en la pantalla y un titular en proceso que no terminaba de convencerme:

"¿INÉS MARTÍN, GENIO TÁCTICO O SIMPLE SUERTE?"

Bufé. Le pegué un sorbo a mi café y arrugué la nariz decepcionada por mi falta de imaginación. Siempre me pasaba lo mismo. Cada vez que Inés aparecía en mis artículos, notaba esa tensión que se siente cuando se está a punto de saltar al ring de boxeo. No podía evitarlo por más que quisiera. Y en parte, me gustaba percibir ese temblor en las manos y esa necesidad ferviente de ponerla contra la pared.

Desde que nuestros caminos se cruzasen por primera vez en la universidad, nuestra relación se convirtió en una constante batalla de ver quien superaba a quien. Ella, por aquel entonces, era la estrella prometedora del fútbol femenino, yo la aspirante a periodista con ganas de comerse el mundo y demostrar que podía desafiar a cualquiera, dentro o fuera del campo.

Lo peor de todo es que, para mi desgracia, Inés era buena. Malditamente buena y no podía sacarle la mirada de encima. Fue una lástima que su carrera se truncara tras una lesión irreparable y que tuviera que dedicarse a ser entrenadora. Aunque eso no la frenó. Todo lo contrario.

Desde que asumió el cargo de entrenadora en el Club Atlético de Madrid B Femenino, su equipo no había hecho más que mejorar. La prensa la adoraba, las jugadoras la respetaban y tenían más oportunidades de subir al primer equipo y, para mi desgracia, su arrogancia seguía intacta. No había cambiado nada y no la soportaba.

—¿Otra vez con la entrenadora del Atleti? —preguntó Álex, mi compañero de redacción, asomándose por encima de mi pantalla con una sonrisa socarrona.

—Solo lo justo y necesario para analizar su trabajo.

—Ajá. ¿Y analizar su trabajo implica hacer una tesis después de cada partido?

Le lancé una mirada asesina. Álex se rió y se dejó caer en la silla de al lado.

—Admítelo, Paula. Te encanta el drama.

—Me encanta el fútbol. Que no es lo mismo.

—Claro, claro —sujeto la taza de su propio café y la levantó en un brindis burlón—. A tu obsesión por Inés.

—No estoy obsesionada.

Mi móvil vibró en la mesa antes de que pudiera contraatacar. Lo desbloqueé con rapidez y vi el mensaje que acababa de llegar al grupo de prensa deportiva en WhatsApp:

Rueda de prensa del Atlético de Madrid B femenino. 13:00 en la Ciudad Deportiva.

Perfecto. Justo lo que necesitaba para que el martes mejorase: una nueva oportunidad para verla y soportar su sonrisa condescendiente mientras luchaba por contener mis emociones y no saltar a la primera de cambio.

Suspiré, cerré el portátil y me puse de pie.

—Bueno. Voy a cubrir la rueda de prensa.

—Dale recuerdos a tu archienemiga.

Le hice una peineta antes de sujetar mi chaqueta y me marché de la oficina sin mirar atrás.

****

Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid – 13:05 h

El sol pegaba fuerte mientras las jugadoras terminaban su entrenamiento. Desde la zona de prensa, situada a la derecha de la entrada de vestuarios, varias cámaras ya estaban preparadas para captar declaraciones. Yo llevaba el micrófono en una mano, la grabadora en la otra y toda mi atención puesta en ella.

Inés daba las últimas instrucciones. Su pelo negro recogido en una coleta alta, la camiseta deportiva del Atleti, el movimiento seguro de sus manos, su expresión seria como si nada pudiera tocarla o desafiarla. Todos los medios coincidían en algo: tenía algo, algo insoportable, insoportablemente perfecto que la hacía única y la catalogaba como la mejor.

Nuestros ojos se encontraron un segundo antes de que el círculo se rompiera y se acercara a los medios para empezar a hablar.

—Buenos días —su voz fue firme, segura, con ese matiz de *sé exactamente lo que hago y no necesito demostrar nada.*—. Ha sido una gran semana para el equipo, y estamos listas para afrontar el próximo partido con la misma intensidad de siempre.

Puse en marcha mi grabadora y, antes de que terminara la primera ronda de preguntas amables, levanté la mano.

—Paula Ferrer, Zona Fútbol. Entrenadora, después de la última victoria, hay quienes dicen que el rendimiento del equipo depende más de la calidad individual de las jugadoras que de la estrategia. ¿Cómo respondes a eso?

A mi espalda, un pequeño murmullo entre mis compañeros acompañó la sonrisa de Inés. Cómo odiaba esa sonrisa.

—Diría que esa es una visión bastante simplista sobre mi equipo, pero supongo que cada quien analiza los partidos según su propio conocimiento del juego, ¿no es así?

Daga directa a mi pecho. Punto para ella.

No me inmuté.

—Entonces, ¿crees que tus decisiones tácticas han sido clave en los resultados?

Inés inclinó la cabeza ligeramente y levantó una ceja. Sus ojos azules vibraron y después, sonrió.

—Creo que cualquier persona con criterio lo vería así.

Un par de risas cortaron la tensión del momento e hice una nota mental de no dejarla ganar en este duelo.

—En ese caso, ¿qué opinas de los críticos que dicen que tu planteamiento contra el Villareal fue arriesgado y poco efectivo en la segunda mitad del partido?

Aunque quise, no pude evitar fijarme en el destello de diversión de sus ojos.

—¿Críticos como tú, por ejemplo?

Nadie en ese momento se tomó el atrevimiento de cortar nuestra tensa conversación. Yo mantuve la mirada, desafiándola, dándole a entender que no me iba a marchar y dejarla ir como si nada.

—Si mis preguntas te incomodan, quizá mis compañeros quieran preguntarte sobre otras cosas más simples.

—Oh, no me incomodan en absoluto. De hecho, me divierten. Pero si quieres un análisis táctico detallado, te invito a ver el partido otra vez. Tal vez te ayude a comprenderlo mejor.

Gol de Inés. 2-0.

Noté la vergüenza subir a mis mejillas, pero me negué a ceder.

—Interesante. Lo haré. Y la próxima vez, espero que el planteamiento sea tan sólido que no necesite una revisión extra por mi parte.

—Confío en que sabrás reconocerlo cuando eso ocurra.

La rueda de prensa terminó poco después, pero la sensación de haber perdido un combate me acompañó hasta que salí del recinto y me dispuse a ir a la parada del metro.

Álex tenía razón. Me encantaba el drama, pero, sobre todo, me encantaba ganarle la partida a Inés. Lástima que, en este momento, ella llevaba la delantera.

2

Un partido que no pienso perder

El metro de Madrid iba lleno. Como siempre.

Apretujada entre un señor con una maleta de viaje gigante y una adolescente con los auriculares a todo volumen, intentaba ignorar la sensación de frustración que me hormigueaba en el pecho desde la rueda de prensa con Inés. No podía sacármela de la cabeza. *Otra vez.*

No importaba cuánto intentara demostrar que el éxito de su equipo era cuestión de suerte, una táctica cuestionable o una alineación discutible por su parte. Siempre me hacía quedar como la tonta que no entendía nada.

Lo peor no había sido la entrevista en sí, sino la manera en la que su sonrisa de medio lado y su mirada azulada se me había metido bajo la piel. Era como una espinita emocional que se me hincaba cada vez más. Insoportable e insufrible.

Suspiré y a la misma vez, mi móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta.

Álex:

¿Sobreviviste al round con tu némesis?

Yo:

Se llevó el primer set, pero esto es un partido largo.

Álex:

Paula, así es el tenis.

Yo:

Que te den.

El vagón frenó en la estación de Quevedo y aproveché para dejarme arrastrar por el resto de personas hacia la salida. Mi destino: el bar donde nos reuníamos todos los martes después de trabajar.

El Gol & Beer era una segunda casa para la prensa deportiva de Madrid. Un lugar modesto, con pantallas de todos los tamaños transmitiendo fútbol a todas horas. Allí se cerraban exclusivas, se compartían rumores y, lo más importante, se bebía cerveza barata. Y yo necesitaba un par de ellas, desconectar y olvidarme de ella —si es que era posible—, aunque fuesen unas pocas horas.

—¡Paula! —gritó Álex en cuanto me vio cruzar la puerta.

Me acerqué a la mesa donde ya estaban él y Marina, periodista de una radio deportiva y mi mejor amiga desde hacía un par de años.

—¿Qué tal la guerra con tu amor platónico? —preguntó ella haciéndome ojitos, sujetando su jarra con una mano.

—No es mi amor platónico —se la quité y le robé un sorbo.

—Tu némesis, tu alma gemela, lo que sea —intervino Álex—. Lo que está claro es que

hay algo ahí y no lo quieres aceptar.

—La única historia es que ella se dedica a ponerme en evidencia cada vez que puede.

—A lo mejor deberías probar con otra estrategia —sugirió Marina llevándose unos cacahuetes a la boca—. No puedes entrar a cada rueda de prensa como una bruta esperando derribarla.

—¿Entonces qué? ¿La dejo en paz?

—No. Pero sé más lista.

Un camarero me sirvió una jarra de cerveza que Álex ya había pedido para mí, y le di un sorbo largo mientras que los dos me miraban como si esperaran que les diese la solución a mis problemas.

—Si me enfrento a ella, pierdo. Si la ignoro, también pierdo. ¿Qué pretendéis que haga? ¿Que suavice mi táctica y me comporte como los demás?

Marina sonrió.

—Podrías jugar su juego.

—¿Qué juego?

—El de la indiferencia. Inés parece inmutable.

Solté una carcajada. Marina parecía no conocerme lo suficiente como para pedirme algo así. Además, si algo había demostrado Inés en todos estos años era que tenía una habilidad única para darle la vuelta a cualquier situación. Pero yo ya estaba cansada de caer siempre en la trampa.

—Ok. Voy a probar algo.

—¿El qué? —preguntó Álex interesado.

—Voy a escribir el artículo más objetivo posible sobre su trabajo. Ni una crítica, ni un halago. Solo hechos. A ver cómo se lo toma.

Marina se echó a reír.

—¿Tú? ¿Neutral con ella? No me lo voy a creer hasta que lo lea.

—Voy a ser su peor pesadilla. No va a tener nada contra lo que atacar.

Álex asintió aprobando la estrategia.

—Me gusta. Un nuevo enfoque.

Marina levantó su jarra.

—Brindemos por ello.

Chocamos las cervezas y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tenía el control de la situación.

****

Al día siguiente – Redacción de Zona Fútbol

Esa mañana llegué a la redacción de Zona Fútbol con las emociones a flor de piel y las ganas de destripar el trabajo de Inés de arriba abajo. Iba a escribir un artículo que no permitiera duda, ni queja, ni mucho menos enfrentamientos. Si Inés esperaba algo con lo que divertirse, con lo que llevarme a su terreno y sacarme de quicio, estaba segura que no lo encontraría y eso me encantaba.

Me senté frente al ordenador y me puse manos a la obra.

¿CUÁL ES LA CLAVE DEL ÉXITO DEL ATLÉTICO B FEMENINO?

Nada de provocaciones. Nada de pullas. Solo datos estadísticos y un análisis detallado de cómo Inés había conseguido que su equipo funcionara como un reloj en cuestión de meses. Sus chicas se habían convertido en las mejores, y aunque no dudaba de su estado físico, era cierto que nada podía ser tan bueno.

Para cuando terminé, noté una extraña satisfacción recorriéndome el estómago. Era un artículo sólido, impecable y, sobre todo, neutral. Tanto que hasta tuve ganas de hacerlo pedazos y regresar a mi yo real. Pero no lo hice, en cambio, lo envié a edición y en cuestión de unas horas, ya estaba colgado en la página web del periódico para el gusto de todos nuestros lectores. Y también de Inés.

Decidí recoger mis cosas, salir de la redacción y marcharme a casa. Era miércoles, faltaban un par de días para una nueva jornada y en lo único que pensaba era en el artículo que tendría que escribir una vez que el Atlético volviera a jugar en casa.

Tuve suerte de llegar a tiempo de coger el metro, y justo cuando saqué las llaves de mi apartamento para abrir la puerta, mi móvil vibró con un mensaje de un número que conocía tan bien como a mí misma.

Inés:

¿Quién eres y qué has hecho con Paula de siempre?

Me mordí el labio conteniendo la sonrisa y comencé a escribir una respuesta apoyada en la puerta de mi casa.

Yo: ¿Esperabas que atacara? Qué poca fe tienes en mi profesionalismo.

Inés: Esperaba que me divirtieras, al menos.

Rodé los ojos.

Yo: Lo siento si no te sirvo de entretenimiento.

Inés: Es una lástima. Empiezo a pensar que me diviertes más cuando sacas las garras y me discutes.

Mi corazón dio un pequeño vuelco y me mordí el labio inferior con fuerza.

Yo: Entonces prepárate, porque esto es solo el calentamiento.

Apagué el móvil, lo metí en el bolsillo de mi pantalón y sonreí. Había logrado llamar su atención y si quería juego, lo iba a tener.

3

Jugando en su terreno

El jueves por la tarde, cuando creía que mi semana no podía ser más aburrida, mi móvil vibró con un mensaje inesperado. Cada vez que Inés contactaba conmigo directamente y no a través de mi jefe significaba que algo estaba tramando, y no me gustaba la sensación.

En un principio creí que era una broma, pero después de leerlo un par de veces más y esperar otro avisándome de que se había equivocado, decidí responder.

Yo: ¿Qué estás tramando, entrenadora?

Tardó exactamente treinta segundos en responder.

Inés: Último partido de entrenamiento. Mañana. Vente a ver cómo se vive desde el banquillo. Si es que tienes tiempo entre tanta estadísticas y datos analíticos.

Ahí estaba, con ese don para sacarme de quicio y pincharme donde más me duele. Suspiré, pero no tardé mucho en enviarle mi respuesta.

Yo: Llego a las 17:00. Espero que no me hagas perder el tiempo.

Inés: Jamás, Paula.

Apagué la pantalla del móvil y solté un bufido desesperado. Inés poseía un nivel experto de manipulación. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y lo peor es que yo también, y me dejaba arrastrar por ella.

****

Viernes – Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid

Aquella tarde llegué puntual, con una sudadera y vaqueros desgastados creyendo ingenuamente que me iba a limitar a observar desde el banquillo. *Gran error*. Nada más pisar el campo, Inés apareció de la nada y me lanzó algo que fui incapaz de ver y que instintivamente, atrapé antes de que me golpeara en la cara.

Era un peto de suplente y aunque no quería preguntar, sabía bien lo que significaba.

—¿Qué quieres de mí? —dije, mirándolo como si estuviera hecho de dinamita.

—Necesito una jugadora extra.

—Ni de coña —espeté lanzándoselo de vuelta.

Inés ladeó la cabeza con esa media sonrisa que me sacaba de quicio.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? —Me eché a reír fingiendo que no me importaba lo que pensase de mí.

Lo peor de todo era que lo decía con calma, sin siquiera provocarme. Solo esperando que mi propio ego hiciera el resto del trabajo por ella. Y lo estaba consiguiendo.

—Si acabo con un esguince, espero que te hagas responsable.

Le robé el peto de las manos, me lo puse y la seguí al centro del campo.

****

Minuto 10

Error número uno: Pensar que ver un partido en televisión era lo mismo que jugarlo.

Desde la banda, el fútbol parece tan fácil como jugar a las canicas. Crees que los jugadores tienen tiempo para pensar, para posicionarse, para hacer pases perfectos. Pero cuando estás en el campo, todo ocurre a la velocidad de la luz y apenas te da tiempo de pensar.

Lo peor es que todas las jugadoras sabían lo que hacían. Yo, en cambio, era como un pato en un lago congelado. Patética y jodidamente torpe.

—¡Paula, ábrete a la banda! —me gritó Inés desde el banquillo.

Intenté obedecer. Me robaron el balón en menos de dos segundos y alguien se echó a reír tan fuerte que en diez minutos que llevaba en el campo, ya me estaban mirando con lástima.

****

Minuto 20

Error número dos: Subestimar la preparación física de las futbolistas.

Llevaba exactamente veinte minutos corriendo detrás de chicas que podían haber sido aviones de combate en otra vida. Mi respiración era un desastre. Mis piernas ya no me respondían. Sentía que en cualquier momento me iba a desplomar en el césped y ya no podía más.

—¿Todo bien, Paula? —preguntó Inés con sorna cuando fallé otro pase.

La fulminé con la mirada.

—Perfectamente. Espero que no te decepcione la crónica de mañana.

Se rio en mi cara y se centró de nuevo en el partido.

Genial. Ahora no solo estaba perdiendo dignidad, sino que además la estaba divirtiendo.

****

Minuto 30

Error número tres: No saber cuándo rendirse.

Corrí para cubrir a una jugadora del equipo contrario. Intenté meter el pie para robarle el balón y lo que conseguí fue comerme el suelo con toda la gracia de un saco de patatas.

—¡Ufff! —oí a alguien.

Me quedé tumbada en el césped boca arriba, mirando el cielo desde mi perspectiva. Si así se sentía la humillación absoluta, no pensaba pisar un campo de fútbol en lo que me restaba de vida.

Escuché unos pasos acercarse. Una sombra se inclinó sobre mí y, un segundo después, una botella de agua apareció en mi campo de visión.

—Bien jugado —se burló.

Sujeté la botella sin mirarla y le pegué un sorbo antes de responder.

—Te odio.

Inés sonrió y me guiñó un ojo.

—Lo sé.

Me incorporé con un gruñido y observé a las jugadoras seguir entrenando como si nada. Como si yo no acabara de demostrar cómo NO jugar al fútbol. Me llevé la botella a mis labios otra vez tratando de recuperar la poca dignidad que me quedaba junto con el aire de mis pulmones y me puse a su lado.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunté, con el tono más ácido que pude reunir.

—Muchísimo —Inés se cruzó de brazos—. Pero he de admitir que no lo has hecho tan mal como esperaba.

Bufé. Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano y me volví hacia ella.

—¿Era esto lo que pretendías? ¿Demostrarme que el fútbol no es solo táctica y técnica?

Inés me miró con diversión.

—No. Solo quería verte sudar.

No supe qué contestar.

Aquella tarde aprendí dos cosas: Inés disfrutaba de verme sufrir en el campo y yo disfrutaba que me retara. Y eso era un problema.

4

Cambio de estrategia

El dolor muscular provocado por el entrenamiento me duró todo el maldito día. Cada paso que daba, cada vez que intentaba moverme, mi cuerpo me recordaba que no estaba hecha para correr detrás de un balón. Que mi lugar era la grada, el escritorio o la sala de prensa. Pero no, ahí estaba yo, haciendo el ridículo en un campo de fútbol como si fuera el nuevo fichaje estrella del Atlético de Madrid B femenino.

Aunque lo peor no era eso. Lo peor era que Inés se había metido en mi cabeza. No dejaba de recordar una y otra vez el momento en que me había ofrecido la botella de agua con esa sonrisa de medio lado. No dejaba de pensar en cómo se había divertido a mi consta. Y, sobre todo, no dejaba de darle vueltas a lo mucho que también lo había disfrutado yo.

Necesitaba sacármela de la cabeza. Urgentemente. Así que el sábado por la mañana, después de beberme mi tercer café y con las agujetas aun matándome, busqué mi teléfono y le escribí a Marina.

Yo:

Necesito un cambio de estrategia. Lo del artículo no ha funcionado.

Marina:

¿Con Inés?

Yo:

Sí. La misma.

Marina:

Voy a por palomitas. Sigue.

Yo:

Necesito arrancarle esa sonrisa socarrona que aparece en su cara cada vez que meto la pata. Pero sin que se dé cuenta de que me interesa destapar su verdadera faceta de egocéntrica empedernida.

Marina:

Jugar sucio. Me gusta.

Yo:

Siempre supe que eras la mala influencia.

Marina:

Y tú la que no sabe admitir cuando le gusta alguien.

Rodé los ojos, aunque una parte de mí sabía que Marina tenía razón.

Yo:

No me gusta Inés.

Marina:

Claro, claro. ¿Entonces cuál es el plan?

Me quedé mirando la pantalla un momento antes de escribir la respuesta.

Yo:

Darle un poco de su propia medicina.

****

Lunes – Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid

Llegué a la rueda de prensa pre partido con una idea clara en la cabeza. Si Inés quería jugar conmigo, yo también podía hacerlo con ella. Me había pasado todo el domingo pensando qué podía hacer y con las ideas bien claras, llegué a la ciudad deportiva. La sala estaba llena de periodistas. El murmullo de las conversaciones cruzadas llenaba el ambiente mientras las cámaras se colocaban estratégicamente para captar cada palabra. En el centro de todo, como si estuviera en su trono particular, estaba ella.

Nuestros ojos se encontraron. Y, durante un segundo, creí ver una chispa de diversión en los suyos. La conocía bien para saber que me esperaba, que esperaba nuestro tira y afloja. Pero hoy, hoy no iba a darle el gusto.

Me senté en primera fila y esperé mi turno con paciencia. Cuando por fin me dieron la palabra, aclaré la garganta y fingí un tono completamente neutral.

—Paula Ferrer, Zona Fútbol. Entrenadora, el rendimiento del equipo ha sido notable a lo largo de las últimas semanas. Pero, más allá de la táctica, ¿crees que el factor emocional influye en el éxito del equipo?

Vi su ceja arquearse. Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo. *Yo también.*

—Por supuesto —respondió con calma como si no acabara de ver la trampa en mi pregunta—. La mentalidad lo es todo.

Me incliné un poco hacia adelante fingiendo interés.

—¿Incluso cuando hay distracciones externas?

La sonrisa de ella se ensanchó apenas un milímetro.

Golpe recibido. Pero no encajado.

—Depende de la distracción —dijo de manera pausada—. Algunas pueden ser bastante… estimulantes.

Me mantuve impasible, sosteniéndole la mirada. Noté cómo la tensión subía un grado en el ambiente y como todos mis compañeros estaban pendientes de nosotras.

—¿Entonces dirías que un buen rival puede ser una motivación? —insistí, llevándola justo donde quería.

Inés apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia mí.

—Definitivamente —respondió con un tono sugerente que me erizó la piel—. Pero la clave está en no dejar que te saquen de tu juego.

Nos quedamos en ese tira y afloja un par de segundos más hasta que otro periodista hizo

una pregunta y rompió la tensión.

Pero el daño ya estaba hecho.

Cuando la rueda de prensa terminó, noté su presencia a mi lado. Llevaba mucho rato a la espera de que se acercara, de que rompiera la lejanía y cuando la miré, sonreí.

—Interesante pregunta —su voz tenía ese tono entre divertido y desafiante que me hacía querer lanzarle algo.

—Pensé que te gustaría.

—Me encanta cuando intentas jugar a mi nivel.

Puse mi atención en sus ojos azules.

—¿Y qué tal lo estoy haciendo?

Su sonrisa fue lenta, medida, con ese aire de *te voy a desmontar poco a poco y ni te darás cuenta.*

—Todavía estás en el precalentamiento.

Y se marchó dejándome ahí, con una mezcla de frustración y adrenalina.

Definitivamente, esto se estaba convirtiendo en algo más que una rivalidad y me aterraba lo mucho que lo estaba disfrutando.

5

Un terreno neutral (o casi)

Si alguien me hubiera dicho que pasaría la tarde del martes en un bar con Inés, me habría reído a carcajada limpia en su cara. Y probablemente habría apostado todo mi sueldo en contra. Porque, a decir verdad, si había una sola persona en el planeta con la que no me imaginaba compartiendo una cerveza de manera voluntaria, era ella. Y, sin embargo, ahí estaba. Sentada en la terraza de Gol & Beer, con una cerveza en la mano y la peor de las compañías frente a mí.

El Atlético había ganado un nuevo partido y después de la rueda de prensa, mi móvil había vibrado con un mensaje inesperado:

> **Inés:**
>
> Si vas a intentar jugar conmigo, al menos hazlo bien. Te invito a una cerveza. Martes, 19:00. Gol & Beer. Si te atreves.

Una provocación directa con firma y sello oficial de la casa. Por supuesto, no iba a rechazarla. Porque, aunque me pesaba admitirlo, había algo en cada uno de mis enfrentamientos con ella que me dejaba con ganas de más.

Aunque eso no significaba que se lo iba a poner fácil.

—No pareces muy contenta de estar aquí —comentó Inés dándole un sorbo a su cerveza con total tranquilidad.

—¿Debería estarlo?

—Pues no sé —se encogió de hombros con una expresión impasible—. Diría que te diviertes mucho más cuando discutes conmigo.

Descarada. Insolente. Irritantemente segura de sí misma. Le lancé una mirada afilada, pero ella solo sonrió con esa expresión suya de *sé exactamente lo que estoy haciendo y te encanta.*

Me dejé caer en la silla y le pegué un trago a mi cerveza fingiendo que su presencia no me afectaba en absoluto. Mi atención estaba puesta en ella y en todas partes a la vez.

—No te equivoques. Tampoco es que ahora seamos amigas.

—Por supuesto que no —respondió levantando una ceja—. Es estrategia: *Ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca.*

Me tensé de manera casi imperceptible.

—¿Eso crees? ¿Qué soy tu enemiga?

Inés dejó la cerveza sobre la mesa con una calma exasperante y me miró con esa expresión que usaba cuando creía que tenía ventaja.

—Claro. Me interesa saber qué es lo que planeas para derribarme.

Joder. Lo peor era que no estaba planeando nada. Simplemente había jugado a retarla porque no podía quedarme atrás en este maldito juego, pero ahora resultaba que ella pensaba que yo tenía una estrategia. Y lo que era peor: *yo pensaba que ella también.*

—Tal vez solo quiero conocer a la persona que hay detrás de la entrenadora perfecta —dije, inclinándome ligeramente hacia adelante, adoptando un tono deliberadamente casual.

Una mínima pausa. Apenas un par de segundos, pero suficientes para que me diera cuenta de que mi comentario la había hecho reaccionar.

—Interesante —su mirada se estrechó levemente, analizándome—. ¿Y qué has descubierto hasta ahora?

Me tomé mi tiempo antes de responder. Inés era un enigma. Fría cuando quería. Intensa cuando lo necesitaba. Calculadora, sí, pero con una pasión desbordante por el fútbol. Y, por alguna razón que aún no entendía del todo, disfrutaba de enfrentarse a mí.

—Que disfrutas esto tanto como yo —solté sin pensarlo demasiado.

Su sonrisa fue lenta, medida. Como si acabara de confirmar algo que ya sospechaba.

—No lo voy a negar.

Golpe directo. Sin filtro.

El aire entre nosotras cambió. El gentío del bar, los gritos de un grupo de chavales viendo la repetición de un partido en la pantalla grande, el sonido de los vasos… Todo se desdibujó. Ahí estaba el problema. Yo había venido a este encuentro creyendo que era un simple encuentro, la oportunidad para tener otra batalla verbal que podía ganar o perder. Pero esto que teníamos ya no era lo mismo. Era otra cosa. Algo que no quería nombrar. Algo que no sabía si estaba preparada para enfrentar pero que, sin duda, Inés también había notado.

Eso me daba mucho más miedo que cualquier otro enfrentamiento que tuviéramos. Porque yo no estaba preparada, ni mucho menos especializada, para hacer frente a algo tan intenso.

—Si tanto disfruto esto, dime —dijo de repente Inés, interrumpiendo mis pensamientos —, ¿qué es exactamente "esto" para ti?

La pregunta me tomó por sorpresa. Inés no era de andarse con rodeos, pero no esperaba que la conversación tomara este giro tan rápido. Me miraba con expectación, con esa maldita seguridad suya que me intrigaba y me atrapaba.

—No sé —me encogí de hombros, dándole otro sorbo a mi cerveza para darme tiempo—. Supongo que es un juego.

—¿Un juego? —repitió ella con una sonrisa ladeada—. Interesante.

—¿Por qué?

—Porque si esto es un juego, entonces tiene que haber un ganador y un perdedor. Y a mí no me gusta perder.

Me quedé en silencio un momento, evaluándola.

—Tal vez el objetivo no sea ganar o perder —se inclinó ligeramente hacia adelante con sus ojos fijos en los míos—. Tal vez el objetivo sea seguir jugando.

Su expresión cambió apenas un milímetro. Una ligera contracción en la comisura de sus labios. Una chispa en sus ojos. Y lo supe: la idea le gustaba.

Pasamos los siguientes segundos en un silencio cargado, bebiendo a pequeños sorbos, midiendo cada gesto. Había tensión en el aire, y no del tipo hostil al que estaba acostumbrada con ella. Era una tensión distinta. Más sutil. Más peligrosa.

Finalmente, fue ella la que lo rompió.

—¿Sabes qué creo?

—Sorpréndeme.

—Que te excita todo esto.

—Y eso que aún no me has visto en acción.

Inés sonrió, y por primera vez desde que la conocí, vi algo nuevo en su expresión. Algo que no era arrogancia, ni desafío, ni esa competitividad feroz con la que me enfrentaba siempre. Vi diversión. Vi interés. Vi algo que me aterró un poco porque, si me permitía verlo, significaba que, de alguna forma, yo también le estaba mostrando lo mismo.

Me terminé lo que quedaba de mi cerveza y dejé el botellín sobre la mesa con un golpe sordo.

—La próxima la pagas tú —dije, poniéndome de pie.

—Hecho.

Y mientras salía del bar, notando su mirada fija en mi espalda, supe que acabábamos de establecer algo nuevo entre nosotras. Algo que iba mucho más allá de la rivalidad y el problema era que aún no sabía si estaba preparada para ello.

6

Pequeños deslices

Dos días después de nuestra inesperada —y extrañamente electrizante— cerveza, mi vida había regresado a la normalidad. Bueno, casi. Porque lo normal solía ser escribir sobre Inés con la única intención de criticarla diseccionando sus tácticas y analizando cada decisión asegurándome de que mi opinión quedaba bien clara.

Pero en ese momento… cada vez que intentaba teclear su nombre, mi mente me traicionaba. Ya no había tácticas, tampoco estadísticas. Sino recuerdos de su sonrisa socarrona en el Gol & Beer, de la manera en que su mirada me había arrancado el aire, de lo fácil que había sido conversar con ella sin que pareciera un campo de batalla.

Y eso era un problema. Un problema que tenía que quitarme de encima.

Así que decidí hacer lo que mejor se me daba: enterrar los pensamientos incómodos bajo una agenda repleta de trabajo. Entrevistas. Crónicas. Ruedas de prensa. Más entrevistas. Todo lo que me mantuviera ocupada y, sobre todo, lejos de cualquier pensamiento que implicara a Inés.

Y, por un tiempo, pareció funcionar.

Hasta que llegó el viernes por la noche y todas mis intenciones se fueron a la mierda.

****

Viernes – Algún bar de Chueca

Había aceptado salir con Marina por una razón muy simple: mantener la mente ocupada y así, olvidarme de todo. Nada de fútbol. Nada de entrenamientos. Nada de entrenadoras con sonrisas que te meten bajo la piel. Solo música, cervezas y desconexión.

El plan parecía perfecto. Al menos hasta que el destino decidió reírse en mi cara. Porque, por supuesto, en cuanto cruzamos la puerta del bar, lo primero que vieron mis ojos fue a ella.

Inés. Apoyada en la barra, acompañada por un par de amigos, riéndose a carcajadas por algo que alguien había dicho y que se me escapaba. Vestía unos vaqueros ajustados negros y una chaqueta de cuero, y la luz tenue del local le daba un aire absurdamente atractivo que definitivamente no debería haber llamado mi atención.

Joder.

Me detuve en seco.

—Recuérdame que no eche la quiniela esta semana. Seguro que no doy ni una —solté en voz baja, como si alguien, en algún lado, estuviera jugando con mi paciencia.

Marina, que había seguido mi mirada, chasqueó la lengua con diversión.

—Oye, Madrid es una ciudad grande, pero son muy pocos los buenos locales. Esto no es culpa suya.

—Díselo a mi mala suerte.

Intenté girarme disimuladamente con la absurda esperanza de que no me hubiera visto

pero fue inútil porque ella giró la cabeza… y sus ojos se encontraron con los míos.

Mierda.

La sonrisa que se dibujó en sus labios fue letal. Yo quise desaparecer en ese momento, salir pitando, escabullirme entre la gente y hacerme la tonta. Y, antes de que pudiera reaccionar, se separó de su grupo y empezó a caminar hacia nosotras. Con calma. Con seguridad. Con la confianza exasperante de alguien que sabe exactamente el efecto que tiene.

—Vaya, vaya. ¿Me estás siguiendo?

—Ni en tus sueños.

—Qué maravillosa coincidencia, entonces.

Antes de que pudiera responder con algo lo suficientemente hiriente, Marina intervino y se convirtió en mi salvadora.

—Hola, Inés. Soy Marina, la amiga de Paula.

Inés le dedicó su encantadora sonrisa.

—Encantada. He oído hablar de ti.

—¿Ah, sí?

Marina me miró de reojo, y antes de que pudiera abrir la boca, le pisé discretamente el pie.

—No te hagas ilusiones —murmuré.

Inés rió con esa expresión de diversión contenida que me ponía de los nervios.

—Voy a la barra a pedir otra copa —dijo entonces—. ¿Queréis algo?

—Estoy bien.

—¿Segura? Porque tienes pinta de necesitar un buen trago.

Rodé los ojos y vi cómo se alejaba de nuevo a sabiendas de que no le quitaba los ojos de encima. Me desesperaba, me ponía de los nervios, me enervaba y hacía bullir la sangre. No podía quitar mi atención del contoneo de sus caderas y tuve que buscar otro punto en el local en el que perderme.

Marina no tardó ni dos segundos en atacarme.

—Vas a acabar en su cama antes de que te des cuenta.

—¡¿Qué?! —casi me atraganté.

—Mira cómo os miráis. Ahí no hay nada de rivalidad.

—Es tensión profesional.

—Claro. Profesional.

Ignoré su tono burlón y me negué a seguir con la conversación. Pero la verdad era que no podía quitarme de la cabeza el hecho de que, de todos los bares de Madrid, teníamos que haber acabado en el mismo. Y lo peor de todo fue que, mientras intentaba disfrutar de la noche, no podía evitar percibir que el corazón me daba un vuelco cada maldita vez que ella me miraba.

Cada. Maldita. Vez.

Ella, en cambio, parecía relajada. Sonreía, hablaba con sus amigos, se inclinaba sobre la barra con la seguridad de quien está exactamente donde quiere estar. Pero sabía que yo la estaba mirando. Porque, cuando nuestras miradas se encontraron por enésima vez, Inés alzó su copa en un brindis.

Y, sin poder evitarlo, la correspondí.

Fue un gesto mínimo**.** Apenas un par de segundos.

Pero me dejó con la terrible sensación de que estaba jugando un juego en el que ya había empezado a perder.

7

El juego se vuelve peligroso

Había muchas maneras de perder el control, pero aceptar que buscaba a Inés en cada rincón de Madrid no estaba en mi lista. Y, sin embargo, ahí estaba yo, atrapada en este pequeño desastre mental que ella había provocado.

Desde nuestra 'casual' coincidencia en Chueca, mi cerebro parecía programado para detectar su presencia. No importaba si estaba en un evento deportivo, en una rueda de presa o simplemente pasando por la redacción: Inés se había convertido en un *todo* que me era imposible de ignorar. Y eso me estaba cabreando.

Por eso, cuando el Atlético de Madrid B femenino jugó su siguiente partido en casa y yo tuve que cubrirlo para Zona Fútbol, decidí que iba a ignorarla por completo.

Era algo fácil. Solo tenía que centrarme en el juego.

· Nada de buscarla en el banquillo.

· Nada de observar cómo daba instrucciones desde la banda.

· Nada de pensar en la forma en la que la sudadera se ajustaba a su cintura.

Todo bajo control. O al menos, eso creí, porque el universo tenía otros planes para mí y lo supe a veinte minutos de terminar el partido.

****

Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid – Minuto 75

El partido estaba reñido. El equipo de Inés ganaba por un gol, pero el equipo rival estaba apretando fuerte en busca del empate. Desde la zona de prensa, tomaba notas con rapidez, concentrada en analizar los movimientos tácticos, en redactar un análisis serio y objetivo, en todo menos en la entrenadora del banquillo local que se movía nerviosa en la banda, con las manos apoyadas en su cadera, con esas mallas deportivas que se ajustaban a su trasero cada vez que caminaba.

—¡Paula!

Parpadeé. *¿Acababa de llamarme por mi nombre en mitad de un partido?*

Giré la cabeza y la vi. De pie junto a la línea de banda, con una mano en la cadera y la otra señalándome con descaro.

Mierda.

El resto de los periodistas también la miraban, confundidos.

Me apunté a mí misma con incredulidad.

—¿Yo?

—Sí, tú —dijo, sin perder la compostura—. Ya que estás tan atenta al partido, ¿por qué no bajas y me dices qué cambiarías?

Hubo risas contenidas en la tribuna. Todos los presentes sabían y conocían cómo era nuestra relación. Ese tira y afloja continuo capaz de arrancarnos la piel.

Maldición.

Me crucé de brazos, fingiendo calma.

—No quiero hacer tu trabajo, entrenadora. Estoy segura de que serás capaz de hacerlo por ti misma —grité.

Más risas. Inés sonrió, pero en sus ojos había un destello de desafío.

—Eso era lo que esperaba. No todas las personas saben leer un partido en tiempo real, ¿verdad?

¿En serio? ¿Intentaba provocarme en público?

Pues bien. Me puse de pie.

—Yo en tu lugar adelantaría la presión y reforzaría el centro. Te están comiendo el mediocampo.

Hubo un murmullo en la tribuna e Inés ladeó la cabeza con interés.

—Interesante.

Y entonces, con la misma naturalidad con la que yo me tomaba un café por las mañanas, se giró hacia el banquillo y gritó:

—¡Cambio en la línea de presión! ¡La quiero más arriba!

Me quedé boquiabierta. ¿Había seguido mi consejo? *No. No podía ser.*

El partido se reanudó. Y, para mi absoluta incredulidad, el ajuste funcionó. El equipo recuperó el control del mediocampo y empezó a manejar mejor la posesión.

Diez minutos después, marcaron el gol que sentenció el partido y en la celebración, puse mi atención en el banquillo y encontré a Inés mirándome.

Su expresión no era altiva ni burlona. Era peor. Era la de alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo y entonces, con la sutileza de quien acaba de ganar una partida de ajedrez, me guiñó un ojo.

Y ahí lo supe. Este juego se estaba volviendo demasiado peligroso porque, por primera vez no estaba segura de si quería ganarlo yo.

8

Una propuesta peligrosa

Madrid estaba en una de esas noches en las que parecía tener vida propia: las terrazas estaban llenas, la gente reía en cada esquina y la energía vibraba en el aire despertando cada célula de tu cuerpo. Yo, en cambio, estaba en mi sofá, con una copa de vino en una mano y el portátil en el regazo, intentando escribir sobre cualquier cosa que no fuera sobre Inés.

Fue un fracaso total. Sobre todo, porque desde el partido del fin de semana, su maldito guiño no salía de mi cabeza. Había jugado conmigo, había seguido mi consejo y a mí me había encantado.

Y mucho.

Resoplé y cerré el portátil de golpe. Tenía que salir, tenía que hacer algo que me distrajera y entonces, como si el universo supiera con exactitud cómo podía joderme más la vida, mi móvil vibró con un mensaje:

Inés:

Espero que estés disfrutando de la victoria.

Rodé los ojos y me mordí el labio antes de responder.

Yo:

Espero que no te acostumbres a seguir mis consejos. Podrías empezar a depender mucho de mí.

Inés:

¿Y si quiero hacerlo?

Joder. Cerré los ojos un segundo. *Respira, Paula. No caigas en su juego. Aunque te guste demasiado.*

Yo:

Es una lástima. No trabajo gratis.

Inés:

Tengo algo con lo que pagarte.

Fruncí el ceño.

Yo:

¿De qué estás hablando?

El móvil vibró con una llamada entrante y cuando vi el nombre de Inés en la pantalla, tragué saliva antes de responder.

—¿Tanto echas de menos mi voz?

—Tengo una propuesta para ti.

Su voz sonaba con la misma confianza irritante de siempre. Me acomodé en el sofá notando cómo mi pulso se aceleraba, aunque me negaba a admitir la razón del por qué.

—Si es para trabajar como tu asistente, paso.

—Tranquila, no quiero arruinar tu reputación.

Puse los ojos en blanco.

—Te escucho.

Hubo una breve pausa antes de que soltara la bomba y me llevé una mano al cuello presionándomelo con suavidad.

—Quiero que escribas sobre mi equipo. Desde dentro.

Parpadeé un par de veces.

—¿Desde dentro?

—Entrenamientos, tácticas, dinámica del grupo. Una crónica real sobre cómo se gestiona mi equipo. No solo los partidos, sino todo el proceso. Sin suposiciones absurdas.

La idea me pilló por sorpresa.

—¿Quieres que pase más tiempo contigo?

—Si necesitas que lo ponga en términos más simples, sí.

Maldita sea. No supe si me molestaba más su arrogancia o el hecho de que, muy en el fondo quería decir que sí.

Me mordí el labio, dudando. Aunque no supe por qué, porque ya había tomado la decisión desde su primera explicación.

—¿Y cuál es el truco?

—Ninguno. Quiero que lo cuentes como tú quieras. Sin filtros.

La oferta era tentadora. Cualquier periodista deportivo mataría por un acceso así, pero esto no era solo trabajo y lo sabía, Inés estaría allí y cada vez que estaba cerca, las reglas del juego cambiaban.

Respiré hondo. No podía decir que sí sin pensarlo bien.

—Lo pensaré —dije finalmente.

Su risa fue suave, como si ya supiera que mi respuesta final no sería un no.

—No tardes mucho. A lo mejor cambio de idea muy pronto y te quedas sin exclusiva.

Rodé los ojos.

—Eres insoportable.

—Y, sin embargo, aquí estamos.

Cortó la llamada antes de que pudiera responder. Me quedé mirando el móvil, sintiendo una mezcla de adrenalina, irritación y… algo más.

Si aceptaba, me estaría metiendo en su terreno. Si aceptaba, Inés tendría el control del

juego y lo peor era que, aunque no quería admitirlo, estaba considerando decir seriamente que sí.

9

Aceptando el reto

Lunes por la mañana. Redacción de *Zona Fútbol*.

El cursor parpadeaba en la pantalla de mi ordenador mientras intentaba concentrarme en cualquier cosa que no fuera Inés y su maldita propuesta. *Spoiler: no lo conseguí.*

Me había pasado todo el fin de semana dándole vueltas. No porque dudara de lo que significaba profesionalmente —era una oportunidad increíble—. Tener acceso exclusivo al Atlético de Madrid B femenino, significaba tener material para crónicas reales; un punto de vista diferente por el que cualquier periodista mataría. Podría hacer algo grande con esa historia, algo que marcara la diferencia en mi carrera. Pero también significaba estar demasiado cerca de ella y eso era un problema teniendo en cuenta lo que empezaba a sentir —aunque yo me empeñara en negarlo—.

Mi bandeja de entrada estaba abierta y frente a mis ojos, estaba el mensaje que Inés había redactado a la espera de una respuesta. Era directo, profesional, sin rodeos, sin fallos ni mentiras. Pero yo veía más allá de lo que había escrito en él. Para mí no era una oportunidad laboral, era un nuevo reto, una nueva jugada suya para tenerme donde quería.

El sonido de una silla arrastrándose a mi lado me sacó de mis pensamientos.

—¿Por qué tienes cara de estar debatiéndote entre cometer un crimen o enamorarte? —preguntó Álex, con su café en la mano y una sonrisa burlona en los labios.

—Cállate —mascullé, sin apartar la vista de la pantalla.

—Oh, vamos. Cuéntamelo.

Suspiré y cerré el portátil con un golpe seco. Si iba a torturarme con esto, al menos podía compartir mi sufrimiento con él.

—Inés me ofreció escribir sobre su equipo desde dentro.

Álex estuvo a punto de escupir el café.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes. Quiere que cubra los entrenamientos, la dinámica del grupo… Todo.

—¿Y aún no has dicho que sí? ¿Tú sabes lo que eso significa?

—Es complicado.

—No, no lo es —me miró con incredulidad—. Paula, cualquier periodista mataría por estar en tu lugar en este momento.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Pero también sabía que esto no iba solo de fútbol. Álex me estudió con esa expresión que significaba que ya había sacado sus propias conclusiones y solo esperaba que yo las confirmara.

—Y dime… —sonrió de lado, con demasiada diversión—. ¿No tendrá nada que ver con el hecho de que te pone como un puto cohete, verdad?

Le lancé una mirada fulminante.

—Vete a la mierda.

—Te conozco, Paula. Si sigues negándolo, te va a explotar en la cara.

—No es eso.

—¿No?

—No —repetí con más firmeza de la que sentía—. Es solo que… trabajar con ella será un infierno. Discutimos por todo. Siempre estamos compitiendo. No es fácil.

—Tampoco es imposible.

Rodé los ojos y volví a abrir el portátil, como si la pantalla pudiera absorberme y evitar que siguiera dándome la lata. Pero, por supuesto, Álex no se iba a rendir tan fácilmente.

—A ver, déjame ver si lo entiendo —se acomodó en su silla, apoyando un codo en el escritorio—. Una de las entrenadoras más prometedoras del país te da acceso exclusivo a su equipo, algo que podría ser el artículo del año, y tú, en lugar de estar celebrándolo, estás aquí sentada con cara de funeral.

—No es tan simple.

—Sí lo es. Acepta la oferta. Juega su juego. Escribe un artículo increíble y, de paso, averiguas si la tensión entre vosotras es solo pura rivalidad o algo más… explosivo.

Bufé.

—Tienes una capacidad impresionante para convertir cualquier cosa en una comedia romántica.

—Y tú tienes una capacidad impresionante para negar lo evidente.

Le lancé una bolita de papel a la cara.

—Eres insoportable.

—Y tú una cobarde.

Resoplé, pero no respondí porque, en el fondo, una parte de mí sabía que tenía razón.

Me incliné hacia adelante y en vez de responder el email, escribí un mensaje de respuesta sin pensar demasiado y sin darle más vueltas.

Yo:

Acepto. Nos vemos en el entrenamiento del miércoles. Espero que no me hagas perder el tiempo.

No pasaron ni un par de segundos antes de que su respuesta brillara en la pantalla.

Inés:

Me muero de ganas de verte arrepentida.

Y justo ahí supe que me acababa de meter en un juego del que no iba a salir ilesa.

El resto del día pasó en una bruma de distracción absoluta. No importaba cuánto intentara

enfocarme en otra cosa, mi cabeza volvía una y otra vez al mismo punto. Al mensaje. A la conversación con Álex. A lo que significaba aceptar esto. Cuando finalmente llegué a casa esa noche, me dejé caer en el sofá con un suspiro. Mi móvil vibró en la mesita. Lo miré con la absurda sospecha de que fuera otro mensaje de Inés.

No lo era.

Suspiré. No estaba lista para esto. O quizás sí, y ese era el verdadero problema.

****

El miércoles llegó más rápido de lo que me hubiera gustado. El clima estaba fresco, con el cielo cubierto de nubes grises que amenazaban con lluvia, pero el ambiente en el césped era completamente distinto. Desde el primer momento, me di cuenta de que no sería una mañana sencilla.

Las jugadoras me miraban con curiosidad, algunas con recelo. Yo era la intrusa en su mundo. Y luego estaba ella. Inés, que me esperaba de pie en la banda con una expresión de satisfacción que no pretendía esconder.

De pie sobre la línea, con su chaqueta del Atlético, los brazos cruzados y una expresión de satisfacción apenas contenida.

—Qué puntual. Me sorprendes.

—No soy tan predecible.

—Eso está por verse.

Su tono tenía esa mezcla de burla y desafío que ya conocía demasiado bien. Nos sostuvimos la mirada unos segundos. Lo suficiente para que el ambiente entre nosotras se electrificara un poco más.

—¿Lista para trabajar? —preguntó finalmente.

—Siempre.

Ella sonrió.

—Veremos cuánto aguantas.

Y con eso, se giró para unirse al entrenamiento.

Yo solté un suspiro bajo y abrí mi libreta. Esto iba a ser complicado. Muy complicado. Pero, maldita sea, no podía esperar para descubrir hasta dónde me llevaría.

10

Nunca se está lista para nada

Miércoles. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

El sol de la tarde caía sobre el campo de entrenamiento mientras yo intentaba integrarme con mi libreta en mano. La chaqueta de cuero que había elegido estaba tirada en el césped y sudaba la gota gorda por culpa del calor.

Desde la banda, observaba cómo las jugadoras calentaban bajo las instrucciones de los asistentes. El ambiente era intenso, disciplinado, pero con una energía contagiosa. Había estado en muchos entrenamientos antes, había cubierto decenas de sesiones tácticas, entrevistado a entrenadores de renombre, analizado estrategias y movimientos. Pero esto era diferente porque Inés estaba al mando.

Ella caminaba por el campo con su habitual seguridad, observando cada movimiento, corrigiendo posturas, dando indicaciones con esa voz firme que hacía que cualquiera quisiera obedecerla. Incluso yo.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, su sonrisa apareció como si hubiera estado esperándome.

—¿Lista para jugar un poco?

Rodé los ojos y levanté mi libreta, esforzándome por ignorar el cosquilleo en mi estómago.

—Estoy aquí para documentarme y coger información, no para entretenerte.

—Lástima. Pensé que podrías hacer ambas cosas.

Ignoré el calor que me subió por el cuello y me concentré en lo que había venido a hacer.

Respira, Paula. Profesionalismo.

Anoté algunos comentarios sobre el calentamiento, la disposición táctica del equipo y la dinámica entre las jugadoras. Todo iba bien hasta que, después de media hora, Inés se acercó a donde estaba y se cruzó de brazos.

—¿Quieres entender realmente cómo funciona esto?

—Ese es el plan.

—Bien. Entonces deja la libreta y ven conmigo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Que vengas.

Antes de que pudiera objetar, ya estaba caminando hacia el campo.

—Si me haces correr otra vez, te juro que…

—Tranquila. No quiero que mueras en mi campo. Solo quiero mostrarte algo.

Me llevó hasta la línea de banda y señaló al equipo que ensayaba un ejercicio de presión alta.

—Dime qué ves.

Fruncí el ceño, observando.

—Que están adelantando demasiado la línea defensiva. Si el equipo rival roba el balón y lanza un pase largo, van a sufrir.

—Exacto —giró la cabeza hacia mí y su sonrisa se amplió—. A lo mejor sí tienes talento después de todo.

Bufé.

—¿Por qué siento que esto es una trampa?

—Porque lo es.

Antes de que pudiera reaccionar, me pasó un balón.

—Quiero ver si puedes poner en práctica lo que criticas.

La miré con incredulidad.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Ni un poco. Te reto a que le marques un gol a nuestra portera. Necesita ensayar los penaltis.

Mierda.

Varias jugadoras se giraron hacia nosotras divirtiéndose con la escena. Si decía que no, quedaría como una cobarde. Si decía que sí… Inés ganaba otra vez.

—¿Cuál es el premio si marco? —pregunté, cruzándome de brazos.

Inés arqueó una ceja, claramente entretenida.

—¿Qué quieres?

No lo pensé demasiado antes de soltarlo:

—Una entrevista exclusiva. Sin rodeos, sin filtrar.

—Hecho.

—¿Y si fallo?

Inés sonrió lentamente, disfrutando cada segundo de mi duda.

—Cenarás conmigo.

Mi corazón dio un vuelco absurdo.

—¿Eso qué tiene que ver con el fútbol?

—Nada. Pero así es más interesante.

Las jugadoras rieron. Yo sentí cómo la piel se me erizaba.

Maldita sea.

Pero ya no había marcha atrás. Si marcaba, tendría mi entrevista exclusiva. Si fallaba… tendría que soportar una cena con Inés. Tomé aire, coloqué el balón en el punto indicado y me preparé para chutar. Si iba a jugar, tenía que ganar. O, al menos, fingir que no me importaba perder.

El campo se quedó en un silencio expectante. Las jugadoras se habían detenido lo justo para ver el espectáculo, algunas murmuraban apuestas sobre si conseguiría marcar o no. Respiré hondo, centrando la mirada en la portera que ya estaba preparada.

—Vamos, Paula —dijo Inés con diversión—. Demuéstrame lo que sabes.

Exhalé lentamente y tomé impulso. No era la mejor futbolista del mundo, pero tampoco era una amateur total. Había jugado de pequeña lo suficiente para entender los movimientos básicos. Elegí el costado derecho, donde vi una mínima apertura, y disparé con fuerza.

El balón salió con precisión… pero la portera se lanzó a tiempo y lo desvió con la punta de los dedos. Un murmullo de emoción recorrió el campo.

Las jugadoras aplaudieron a su compañera, algunas silbando en broma, otras murmurando apuestas sobre si merecía una segunda oportunidad. Yo me quedé ahí, con las manos en la cintura viendo cómo mi dignidad se iba junto con la pelota.

—¡Muy buena Paula! —bromeó una de las centrocampistas, chocando las manos con la portera—. Has estado a esto de meterla.

—Un poquito más de efecto y hubiese sido un golazo —dijo otra, sonriendo.

Pero no importaba lo que ellas dijeran. No pude evitarlo: mis ojos volaron hacia Inés. Y ahí estaba ella, con los brazos cruzados y una sonrisa que no se molestó en ocultar.

—Vaya, vaya —murmuró, acercándose lentamente—. Parece que me debes una cena.

—Pura suerte —murmuré, encogiéndome de hombros como si no me importara en absoluto.

—Claro —asintió ella exagerando su tono burlón—. Seguro que, si repites, marcas.

—¿Puedo repetir?

—No.

La fulminé con la mirada. Algunas jugadoras rieron por lo bajo, disfrutando la escena como si estuvieran viendo un partido de la Champions League.

Inés solo sonrió antes de darme una palmadita en el hombro.

—Te escribo luego para los detalles. Vístete bien.

—Que te den.

—Después de cenar, tal vez.

Un murmullo generalizado recorrió al grupo. Alguna soltó un *"¡Madre mía!"*, otra silbó con diversión. Y mi cara ardió. No era la primera vez que Inés soltaba una de esas frases con doble filo, pero esta vez lo había hecho en público, con toda la maldita plantilla como testigo.

Me pasé una mano por la cara, tratando de recomponerme.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con fingida inocencia—. No me digas que te pones nerviosa.

—Por ti, jamás.

—Mentirosa.

Sonrió antes de regresar al entrenamiento, dejando tras de sí un rastro de autosuficiencia insoportable. Me quedé en la línea de banda, con la adrenalina todavía en la piel, escuchando los murmullos a mi alrededor.

—Vaya química, ¿eh? —comentó la segunda entrenadora, María, con una media sonrisa mientras se acercaba a mí.

—No sé de qué hablas —mentí descaradamente.

Ella rio.

—Claro que no. Pero ¿sabes qué es lo peor?

—Ilumíname.

—Que le encanta jugar contigo.

No supe qué responder porque la verdad era que a mí también me gustaba jugar con ella.

Me quedé hasta el final del entrenamiento, observando cada detalle con la esperanza de distraerme de la inminente cena con Inés. Pero fue inútil. Mi cerebro ya estaba anticipando lo que vendría después. Y para cuando terminé de recoger mis cosas y salí de la ciudad deportiva, mi teléfono vibró en el bolsillo.

Inés:

¿Te gustan los restaurantes italianos o prefieres elegir tú?

Suspiré y apoyé la espalda contra el coche mirando la pantalla. Podía ignorarla. Fingir que no había leído el mensaje hasta más tarde pero no lo hice.

Yo:

Lo que sea, pero sin marisco.

No pasó ni un minuto antes de que la respuesta llegara.

Inés:

Anotado. El viernes a las 20:30 te paso a buscar.

Fruncí el ceño.

Yo:

Sé llegar sola.

Inés:

No he dicho que no supieras. He dicho que te paso a buscar.

Rodé los ojos. Estaba acostumbrada a que Inés me desafiara en todo, pero esto ya era otro

nivel.

Yo:

No necesito chofer.

Inés:

Y yo no necesito que pongas excusas.

Respiré hondo, apretándome el puente de la nariz.

Yo:

Está bien. Pero si llegas tarde, te dejo plantada.

Inés:

Jamás lo haría.

Guardé el móvil antes de que mi cerebro entrara en cortocircuito y arranqué el coche. Había perdido el reto, sí. Pero peor que eso era admitir que, por primera vez… su actitud, me había excitado y sacado los colores a la misma vez.

11

Una cena que no es una cita

Viernes por la noche. Restaurante en Malasaña.

Me había repetido más de cien veces que esto no era una cita, que solo era el pago por una apuesta pedida. Una cena que no significaba absolutamente nada. Pero entonces, ¿por qué me había pasado horas probándome el modelito que había elegido llevar esa noche?

Bufé y me obligué a no pensar demasiado en las razones, y me decanté por unos vaqueros ajustados, una blusa negra con un escote pronunciado y una chaqueta a juego. Un conjunto lo suficientemente casual como para no parecer que me había esmerado, pero lo bastante cuidada como para que Inés no tuviera nada que decir.

Después de batallar mucho, conseguí que no viniera a recogerme y cuando salí a la calle, el aire fresco de la noche me ayudó a despejarme un poco. Madrid estaba animado, como todos los viernes, con varios grupos de personas llenando las terrazas y parejas caminando por las calles que se abrían paso frente a mis narices.

Todo era perfectamente normal. Excepto por el hecho de que iba a cenar por primera vez con Inés. Suspiré. *Solo es una cena, Paula. Deja de pensar tanto.*

Cuando llegué al restaurante, ella ya estaba allí. Sentada en una mesa junto a la ventana con una copa de vino en la mano. Se veía peligrosamente perfecta. Con unos pantalones de cuero negros, una camisa blanca remangada y esa maldita sonrisa relajada que hacía que pareciera que nada en el mundo podía tocarla.

Me quedé un segundo en la puerta preguntándome cómo demonios había acabado aquí, pero ella levantó la vista en ese instante como si hubiera notado mi presencia y sus ojos azules brillaron con algo que no supe bien describir.

Dejó la copa en la mesa con calma y me animó a acercarme.

—Pensaba que no ibas a aparecer.

Rodé los ojos y me senté frente a ella, fingiendo que mi corazón no había dado un maldito brinco al verla.

—No te acostumbres a esto.

—No lo hago. Es una ocasión especial.

El camarero se acercó a nosotras con la carta, y mientras pedíamos, intenté no salirme del papel de *esto no significa nada*. Pero había algo en la forma en que Inés me miraba que me ponía nerviosa, y lo peor era que ella lo sabía, y lo disfrutaba.

—Así que… —apoyó los codos en la mesa inclinándose ligeramente hacia mí—, ¿cuándo vas a admitir que te gusta esto?

Levanté una ceja.

—¿Qué exactamente?

—Jugar conmigo.

Me obligué a mantener la calma y le di un sorbo a la copa de agua.

—No estoy jugando.

—Claro que sí. Y te encanta.

Me crucé de brazos, fingiendo indiferencia y me acomodé mejor en mi silla.

—¿Y si lo hiciera?

Su sonrisa se amplió lentamente.

—Entonces diría que estamos en igualdad de condiciones.

Un escalofrío me recorrió la espalda porque, por primera vez desde que empezó este juego, las dos nos encontrábamos en el mismo nivel.

Durante la cena, la conversación fluyó con una facilidad que me inquietó. Yo había venido preparada para otro de nuestros típicos enfrentamientos, para pasar la noche lanzando pullas y esquivando cualquier cosa que pareciera demasiado personal. Pero, de alguna forma, esto era diferente y también sorprendente.

—Así que, dime —dije moviendo el vino de mi copa entre los dedos—, ¿cómo terminaste siendo entrenadora?

—¿Quieres la versión oficial o la real?

—Siempre la real, por favor.

Ella sonrió.

—El fútbol fue siempre mi obsesión. Desde pequeña. Pero fue en la universidad donde entendí que jamás llegaría al nivel que quería como jugadora y que empecé a verlo de otra manera. Gracias a mi lesión me di cuenta de que mi mente funcionaba mejor fuera del campo que dentro. Que disfrutaba analizando, planeando, dirigiendo y me instruí para conseguir el objetivo.

—Y ahora diriges a uno de los equipos más prometedores de España. Con chicas que casi siempre acaban en el primer equipo.

—Digamos que el trabajo duro tiene sus recompensas.

Había orgullo en su voz, pero no arrogancia y yo la admiraba por ello. No era solo su competitividad o su seguridad aplastante. Era su pasión, su determinación. Su forma de entregarse al fútbol como si no existiera nada más en el mundo. Quizás porque, para ella, así era. Y quizás porque yo entendía perfectamente lo que se sentía vivir así.

—¿Y tú? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿Siempre quisiste ser periodista?

Me encogí de hombros.

—No exactamente. Sabía que quería contar historias. Pero no encontraba una forma de hacerlo que me llenara. Probé muchas cosas, hasta que un día escribí mi primera crónica deportiva y algo se activó.

—¿Y por qué el fútbol?

—Porque es el mejor lugar para encontrar buenas historias que contar.

Inés me sostuvo la mirada con intensidad.

—Buena respuesta.

El camarero interrumpió el momento trayendo los platos, y lo tomé como una excusa para apartar la atención de ella. Porque la manera en que Inés me miraba empezaba a afectarme más de lo que quería admitir.

La cena transcurrió entre charlas sobre fútbol, anécdotas de partidos que había cubierto y bromas afiladas. Pero, debajo de todo eso, había una tensión constante. Cada vez que nuestras manos rozaban por accidente la botella de vino. Cada vez que Inés se inclinaba un poco más cerca de lo necesario cuando me hablaba. Cada vez que yo fingía que no me fijaba en la forma en que su camisa se ajustaba a su cuerpo cuando se movía.

Cuando terminamos de comer, pedimos otra copa. Afuera, Madrid seguía vibrando, pero yo solo era consciente de la persona que tenía frente a mí.

Maldita sea. ¿Cómo había pasado de odiarla a… esto?

—¿En qué piensas? —preguntó Inés, con el tono habitual de quien ya conoce la respuesta.

—En cómo logras meterte en mi cabeza sin permiso.

Sonrió de medio lado.

—Di mejor que te gusta dejarme entrar.

Me mordí el labio inferior y sonreí.

—No estoy tan segura de eso.

—No te preocupes. Yo sí lo estoy.

Respiré hondo.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra?

—No —dejó la copa en la mesa y me sostuvo la mirada—. Pero en esto, sí.

Noté que el aire se volvía más pesado entre nosotras. Que la línea que habíamos trazado desde el principio estaba a punto de romperse. Y lo peor es que no sabía si quería detenerlo.

—¿Vamos? —preguntó ella de repente.

Parpadeé.

—¿A dónde?

—A caminar.

Fruncí el ceño, desconfiada.

—¿Intentas secuestrarme?

—Tranquila. No tienes nada que temer.

Algo en su tono me hizo arquear una ceja.

—Eso es lo que diría alguien peligroso.

Se inclinó ligeramente sobre la mesa, y me susurró con el tono más bajo e intencionado.

—Paula… si fuera peligrosa para ti, ya lo sabrías.

Tragué saliva.

Pagamos la cuenta y salimos a las calles de Malasaña. La noche estaba fresca, con grupos de gente riendo y bares llenos de música. Caminamos en silencio durante un rato, hasta que Inés se detuvo frente a un pequeño parque.

—¿Quieres sentarte? —preguntó, señalando un banco.

Asentí. Lo hicimos con el sonido lejano de la ciudad como telón de fondo. No hablábamos, pero tampoco era incómodo. Después de un momento, noté cómo su mano se movía ligeramente sobre el banco rozando la mía. Fue un toque leve, casi imperceptible, pero fue suficiente para hacer que mi respiración se agitara.

Giré la cabeza y la encontré mirándome. Su expresión era diferente esta vez. Más seria. Más honesta. Mi corazón latía con fuerza y no podía permitirme esto.

—Paula…

No sé si fue su tono, la forma en que dijo mi nombre, o el hecho de que llevaba semanas reprimiendo mis sentimientos, pero en ese momento dejé de pensar y simplemente lo hice. Giré mi cuerpo y la besé.

Fue un beso rápido, torpe, cargado de adrenalina y desafíos. Apenas un roce de labios, pero suficiente para prender fuego a todo el maldito universo. Cuando me separé, mi cabeza era un caos. Inés me miró con sorpresa y luego, su expresión cambió lentamente.

—Vaya. Pensé que ibas a tardar más en hacerlo.

Rodé los ojos, intentando recuperar la compostura.

—Deja de hablar.

—¿Por qué? ¿Acaso no te gusta?

Quise matarla. *O volver a besarla.* No estaba segura de cuál de las dos opciones era peor. Me puse de pie sin saber qué hacer con mis manos, con mi cabeza, con lo que acababa de pasar y me planté delante de ella.

—Me tengo que ir.

Inés me observó con calma, como si ya supiera lo que estaba pasando en mi cabeza.

—Claro.

No intentó detenerme. No dijo nada más. Y eso fue lo que más me jodió porque mientras me alejaba, esperando que ella me frenara, supe que ella ya sabía algo que yo aún no quería admitir. Que ese beso había cambiado todo y que yo no tenía ni idea de cómo enfrentarme a ello.

12

Haciendo como que no pasa nada

Sábado. 11:00 a. m.

Desperté con resaca y no de alcohol precisamente, sino provocada por mis malas decisiones. El beso. El maldito beso seguía anclado a mi cabeza. Había pasado menos de doce horas desde que me dejé llevar por mis impulsos y acabé estampando mis labios contra los de Inés.

No fue algo planeado, tampoco estratégico, ni un maldito accidente. Quería hacerlo y me dejé llevar por lo que me quemaba dentro. Por mis impulsos y el caos que ella despertaba dentro de mí.

Me levanté de la cama con el corazón martilleándome en las sienes. Me fui al baño y me miré en el espejo. Tenía un aspecto horrible. Las ojeras que se me marcaban me hacían ver como un fantasma y decidí echarme agua en la cara para despejarme.

Ahora que había cruzado esa línea, no tenía ni puta idea de cómo volver atrás. El problema no era el beso en sí. El problema era lo que había sentido al hacerlo.

Justo en ese momento, mi móvil vibró y brilló con un mensaje en la pantalla:

Inés:

Buenos días. ¿Durmiendo hasta tarde para evitar pensar en lo que pasó ayer?

Cerré los ojos y conté hasta diez.

Yo:

No sé de qué me hablas.

Inés:

Por supuesto que lo sabes.

Joder.

No me envié a mí misma a la mierda porque no tenía tiempo. Me vestí a toda prisa, me puse las gafas de sol en la cara y me dirigí al único lugar donde alguien me diría que sí, efectivamente, la había cagado y no tenía escapatoria.

****

12:00 p. m. – Casa de Marina

—¡Te la querías follar! ¡Dime la verdad!

Marina no se anduvo con rodeos y el dolor de cabeza que ya llevaba conmigo, creció.

—¡Que no joder! —mentí con una convicción patética.

—No me mientas, anda —me señaló con una cuchara mientras removía su café—. Y si no lo hiciste anoche, será solo cuestión de tiempo.

Me dejé caer en una silla, cubriéndome la cara con las manos.

—Mierda.

—Y de las grandes.

—¿Cómo ha pasado esto? ¡Es que no lo entiendo!

—Llevas semanas provocándola, ella te sigue el juego, y ahora que por fin te has atrevido a besarla, estás cagada de miedo.

Bufé.

—No lo estoy.

Marina se echó a reír.

—Paula, te conozco. Te aterra que esto deje de ser un juego y que de pronto, se convierta en algo más personal.

Abrí la boca para responder, pero no me salió nada. Marina tenía razón. *Joder.*

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, dejándome caer sobre la mesa.

Marina se encogió de hombros.

—Eso depende de ti.

Y ese era justo el problema. No tenía ni idea de lo que quería. Quería seguir jugando y al mismo tiempo, sabía que nada era lo mismo. Quería mantener el control, pero cada vez que estaba cerca de Inés, sentía que ella tenía las riendas del juego y que yo no era más que una pieza en su tablero.

****

Lunes – Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid

Volver al campo después de ese beso era como entrar en terreno enemigo. Respiré hondo antes de bajarme del coche. No iba a hablar con ella de lo que pasó. Ni mencionar el beso. La vi en cuanto llegué, con su pelo recogido en una coleta alta y la mirada fija en su equipo, metida por completo en su papel de entrenadora.

Inés parecía la misma de siempre. Segura. Impasible. Intocable. Y cuando nuestras miradas se cruzaron, su sonrisa apareció con una maldita naturalidad que me sacó de quicio. Todo parecía normal, como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera sentido nada después de que la besara.

Lo peor de todo es que yo no sabía si eso me molestaba o me aliviaba.

Pasé por su lado haciéndome la tonta, sin dedicarle un gesto o una palabra simple. Y supe, por cómo se curvaron sus labios, que mi indiferencia solo hacía que quisiera jugar más conmigo.

Durante toda la sesión de entrenamiento, Inés actuó con absoluta normalidad. Daba instrucciones, corregía a las jugadoras, caminaba por el campo con su aire seguro y medido. Pero yo sabía que me miraba cada vez que me centraba en tomar notas, que hablaba con alguna de las asistentes o que pasaba cerca de ella. Notaba su atención puesta en mí y por más que la ignorase, se metía en mi piel.

Cuando el entrenamiento terminó, guardé mis cosas y me dirigí hacia la salida con la esperanza de largarme de ahí antes de que ella se cruzase en mi camino.

—Paula.

Mierda.

Me giré con la expresión más neutra que pude reunir. Inés se acercó con la calma de alguien que sabe exactamente lo que está haciendo y se apoyó en la pared que tenía justo al lado cruzándose de brazos.

—¿Has tomado buenas notas? —preguntó de repente.

—Siempre lo hago. ¿Algo que quieras destacar para el artículo?

—¿Solo fútbol o también quieres incluir algo más íntimo?

El *hija de puta* estuvo a punto de escapárseme de la boca, pero mantuve mi expresión neutral.

—No me gusta mezclar cosas

Inés sonrió con obvia diversión.

—Ah, claro… —soltó con retintín.

Respiré hondo y me negué a darle la satisfacción de una reacción.

—Si no hay nada más, tengo trabajo que hacer.

Ella inclinó la cabeza, como si me estuviera analizando.

—Lo sé. Pero me gusta verte fingir que mi indiferencia no te afecta.

La miré fijamente a los ojos.

—No tengo que fingir nada, Inés, no soy como tú.

Nos sostuvimos la mirada en un duelo silencioso. Luego, sin decir más, me marché y mientras caminaba lejos de ella, noté su sonrisa clavada en mi espalda. Porque las dos sabíamos la verdad: este juego estaba lejos de terminar y, al ritmo que íbamos, no estaba segura de quién tenía todas las papeletas para ganar.

13

La historia que empezamos a escribir

Viernes. 21:00 h. Gol & Beer.

Si quería olvidar a Inés y todo lo que había pasado entre nosotras, salir a beber con Marina y Álex era la mejor idea. O eso pensé porque veinte minutos después de haber llegado, ya había escuchado su nombre tres veces y ni siquiera había terminado mi primera cerveza.

—Dime que no has vuelto a salir con ella —pidió Marina, bebiendo de su vaso con los ojos fijos en mí.

—Ni loca.

—No la habrás besado, ¿verdad?

—Con una vez me sobra, gracias.

Marina entrecerró los ojos.

—Pero no has dejado de pensar en ella.

Bufé y me pasé una mano por la cara.

—¿Puedo beber tranquila sin que esto se convierta en un interrogatorio?

Álex se rio disfrutando la situación.

—Depende. ¿Puedes beber tranquila sin mirar el móvil cada cinco minutos por si te escribe?

Le di una patada por debajo de la mesa, haciéndolo soltar una carcajada ahogada mientras Marina suspiraba, resignada.

—A ver, Paula… te lo pregunto en serio. ¿Qué piensas hacer con esto?

No pude responder porque no tenía una respuesta. No tenía un plan. Solo sabía que la rivalidad con Inés ya no era solo rivalidad. Que el beso no había sido un error y que algo dentro de mí me gritaba que volviera a besarla y me la follara por mucho que eso lo complicara todo.

Respiré hondo y le pegué un trago largo a mi cerveza antes de contestar.

—Voy a hacer lo único que sé hacer —dije finalmente.

—¿Hacerte la tonta? —intervino Álex con una sonrisa burlona.

—Hacer como que no ha pasado nada —lo corregí.

Pero Marina y Álex intercambiaron una mirada que no me gustó nada. Ellos sabían lo que yo evitaba admitir, que hacer como que no había nada importante entre nosotras no iba a funcionar por mucho tiempo y que, cuando ese momento llegara, iba a ser demasiado tarde para salir corriendo.

Las cervezas llegaron una tras otra y, con cada trago, noté que mi decisión se volvía un poco más frágil. Marina hablaba de su última crisis laboral, Álex contaba una anécdota sobre un desastre en una rueda de prensa del Madrid, pero mi mente seguía atrapada en la misma imagen.

Inés. Su sonrisa después del beso. La forma en que me miró como si supiera que iba a intentar huir y que no me lo iba a permitir. Como si esto fuera solo el principio de una historia que hacía tiempo que empezamos a escribir.

—¿Tienes que poner esa cara de depresión? —se quejó Álex, dándome un leve codazo—. Vas a hacer que nos den una ronda gratis por lástima.

—No estoy deprimida —dije automáticamente.

—No, claro que no —Marina me señaló con la botella—. Solo llevas toda la semana actuando como si tuvieras una crisis existencial.

—No es una crisis.

—No, es peor —intervino Álex—. Es una epifanía emocional.

—Voy a matarte.

—Antes dime la verdad.

Lo miré con advertencia, pero no sirvió de nada.

—Si Inés entrara por esa puerta ahora mismo, ¿qué harías?

Abrí la boca para responder… y la cerré para no soltar la primera barbaridad que se me pasó por la cabeza. Porque lo primero que pensé no fue en ignorarla. No fue en hacer como que no la veía. Fue en que me la llevaría a un rincón del bar y le haría saber cómo me pone cada vez que juega conmigo y disfraza su interés con indiferencia.

Mierda. Mi silencio fue suficiente respuesta para Álex y Marina.

—Ya está —dijo Marina, dándose una palmada en la frente—. Es oficial. Estás jodida.

—No estoy jodida.

—Sí lo estás.

—No lo estoy.

—Paula, llevas toda la semana convenciéndote de que puedes ignorarla, y lo único que has logrado es obsesionarte más por ella.

Negué con la cabeza, decidida a no dejar que sus palabras se metieran en mi cabeza.

—No estoy obsesionada.

—Vale. Entonces demuéstramelo.

—¿Cómo?

Marina se encogió de hombros, sonriendo como si ya tuviera un plan.

—Envía un mensaje a la chica con la que salías hace meses, ¿cómo se llamaba? —preguntó apoyando la cerveza en sus labios—. Ah, sí, Estefanía. Sal con ella, fóllatela y demuestra que no te importa una mierda lo que piense Inés.

La miré fijamente porque la idea, en teoría, tenía sentido. Si realmente no me importaba, no debería ser difícil. No debería…

Mi móvil vibró sobre la mesa y cuando lo vi, me dieron ganas de lanzarlo contra la pared

del bar.

Inés:

Dime… ¿vas a seguir haciéndote la tonta o vas a admitirlo de una vez?

Mi estómago dio un vuelco.

—No puede ser —susurró Marina, acercándose para leer el mensaje.

—No voy a contestar.

—Ajá —dijo Álex, tomando un sorbo de su cerveza—. Seguro que sí.

Respiré hondo porque eso era exactamente lo que ella quería. Que reaccionara. Que me quebrara primero, pero no. No iba a darle el gusto. Guardé el móvil en el bolsillo y le pegué un largo trago a la cerveza como si nada hubiera pasado.

—Pues bien —dije con fingida indiferencia—. ¿Quién quiere otra ronda?

Marina y Álex intercambiaron una mirada rápida. Sabían que en poco tiempo, iba a tener que darles la razón.

14

Una segunda oportunidad para perder el control

Lunes. 19:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Después de un fin de semana bastante jodido, por así decirlo, reuní el poco valor que me quedaba y tracé un plan. Uno brillante, infalible y estratégicamente diseñado para mantener el control de mí misma: ignorar el beso que le di a Inés, todo lo que despertaba en mí y tratarla como si ella solo fuera una entrenadora más en el mundo del futbol.

El problema fue que todo esto se fue a la mierda en cuanto la vi.

Inés estaba en el campo, con esa seguridad irritante, dando órdenes a sus jugadoras con una mezcla de firmeza y paciencia que no tenía sentido que me atrajera, pero que me ponía como una moto.

No tenía derecho a observarla así. No después de haber decidido que el beso no significaba nada y mucho menos todo lo que se removía cada vez que nuestras miradas se cruzaban. Pero ahí estaba, con mi libreta en mano fingiendo que tomaba notas cuando en realidad, la desnudaba con la mirada.

Marina tenía razón, quería follármela, una y otra vez. Me quité la chaqueta y la dejé en una de las sillas del banquillo porque mi cuerpo ardió de solo imaginarlo. No podía apartar la vista de lo ajustado que le quedaba el pantalón de deporte, ni cómo la camiseta se entallaba a esa cintura de avista que me quería comer a mordiscos.

Joder. Estaba jodida. Y mucho.

—Pareces distraída.

Su voz me sacó de mis pensamientos antes de que pudiera controlarlo. La busqué y la encontré a un par de metros de mí, con esa sonrisa de medio lado que parecía hecha para sacarme de mis casillas o prenderme fuego.

—Solo observo —respondí, con tono profesional.

—¿Ah, sí? ¿Y qué observas?

No iba a caer en su trampa.

—Que tu equipo necesita mejorar el pase en corto.

Su sonrisa se amplió.

—¿Solo mi equipo?

Mantuve mi expresión neutral, aunque era consciente de a lo que se refería.

—No me pagan para analizarte a ti.

—¿Y si lo hicieran?

Noté un escalofrío recorrerme la espalda.

No entres en su juego, Paula. Hoy no.

—Tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo con conversaciones absurdas —le

dije, recogí mis cosas y empecé a caminar.

—Te veo esta noche en el Gol & Beer.

Parpadeé y volví la cabeza hacia ella.

—¿Qué?

—Voy con un par de amigos. Si quieres, pásate.

Fruncí el ceño.

—No creo que sea buena idea.

—¿Tienes miedo?

Mierda.

Fingí que me hacía gracia y me reí.

—No.

—Entonces nos vemos allí.

Y antes de que pudiera encontrar una forma de decir que no, ya se encontraba de nuevo con sus futbolistas, con el silbato sobre los labios y esa postura recta que me invitaba a deshacerla con las manos.

****

22:00 h. Gol & Beer.

Marina casi escupe su cerveza cuando le dije que era Inés la que me había invitado a tomar algo esa noche. No le comenté nada hasta que entramos en el bar y nos sentamos en la primera mesa libre que encontramos.

—Espera, espera… —silenció mis labios—. ¿Estás diciendo que te invitó y que has venido con nosotros porque necesitabas una excusa para no enfrentarte a ella tú sola?

—No. Ella vendrá con unos amigos también.

—¡Paula tú estás tonta! —gritó.

Yo levanté una ceja y le pegué un sorbo a la cerveza que Álex nos había traído a las dos.

—Eso ya lo sabíamos. De ser lo contrario, ahora estaría follando con Inés en su bonito apartamento de Chamberí.

Le pegué una patada bajo la mesa y él estalló a reír.

—No sé por qué te niegas a lo inevitable.

Me crucé de brazos.

—Solo quiere provocarme.

—¿Y? —intervino Marina—. Tú también la provocas a ella. Y no lo niegues.

Bufé. Odiaba que tuvieran razón, pero no me apetecía nada ponerme a analizar lo que significaba que Inés me hubiera invitado. No quería admitir que, en el fondo, estaba esta noche aquí porque quería verla, pero antes de que pudiera responder, ella apareció por la puerta y mi

estómago se encogió.

Como bien dijo, estaba acompañada de un par de amigos, con su chaqueta de cuero negro y esas piernas entalladas bajo un pantalón vaquero ajustado. Su sonrisa ya era demasiado para mí.

Nuestros ojos se encontraron al instante y en lugar de hacerme la indiferente como debía haber hecho, hice algo peor. Sonreí.

—Mira quién se ha dignado a parecer por aquí —dijo cuando llegó a nuestra mesa, apoyándose en el respaldo de la silla libre que estaba frente a mí.

—Te dije que no te tenía miedo, y aquí estoy.

—Muy valiente por tu parte.

Marina y Álex intercambiaron una mirada de *esto se va a poner interesante*, y de pronto, mi mejor amiga se metió en medio para cortar la tensión que se había creado entre las dos.

—¿Qué tal el entrenamiento? —preguntó disfrutando del espectáculo que habíamos ofrecido en cuestión de minutos.

—Productivo —respondió Inés sin apartar los ojos de mí—. Aunque hubo una persona más distraída de la cuenta, pero nada que no se pueda manejar, ¿verdad, Paula?

Ignoré el calor que me subió por el cuello.

—Si estás insinuando que no hice mi trabajo, te equivocas.

—¿Insinuar? No. Lo afirmo. Noté tu mirada puesta en mí toda la mañana.

Puse los ojos en blanco y tomé un sorbo de mi cerveza.

—No todo gira a tu alrededor.

—¿No? Qué decepción.

Su tono era ligero, pero su mirada no. Sabía lo que estaba haciendo. Sabía que estaba tanteando el terreno y lo peor era que yo le estaba siguiendo el juego.

El resto de la noche transcurrió en una espiral de tensión apenas contenida. Hablamos de fútbol, de anécdotas de entrenamientos, de la última polémica en la liga. Pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, el ambiente cambiaba: el juego estaba ahí. Presente en cada roce accidental, en cada sonrisa disfrazada de desafío. Hasta que, en un momento de la conversación, Inés se inclinó un poco más hacia mí, con su copa en la mano y los labios curvados en una media sonrisa.

—Dime la verdad… ¿cuánto más vas a resistirte?

No supe qué contestar porque lo peor era que yo tampoco lo sabía. La rivalidad, la tensión, el juego… todo había dejado de ser un simple pasatiempo. Lo sentía en la piel, en el estómago, en el pulso acelerado cada vez que estaba cerca de mí y cuando ella dejó la copa en la mesa y se levantó, supe que le había dado la respuesta antes de tiempo.

—Nos vemos el miércoles en el campo —dijo con su típica sonrisa antes de girarse y salir del bar seguida de sus amigos.

Me quedé ahí, con el eco de su voz taladrándome los oídos y con el cosquilleo de su

mirada aún sobre mi piel. Y, por primera vez, tuve que admitirlo: ya no estaba jugando para ganar, solo estaba jugando para no dejar que se marchara, así que me levanté corriendo y la sujeté del brazo ante la mirada atónita de todos.

—Acompáñame a casa.

—¿Estás segura?

Su ceja se levantó y una sonrisa triunfante recorrió sus malditos labios.

—Demasiado.

15

Comiendo de su mano

Miércoles. 18:30 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Después de pedirle a Inés que me acompañara a casa, recibí un centenar de mensajes de Álex y Marina animándome de más. Estaban segurísimos de que acabaríamos en mi apartamento, follando como dos locas, liberando la tensión y el estrés que nos producía estar una frente a la otra. Pero no fue así.

Inés no dejó de insistir sobre cuándo me daría por vencida y admitiría que me gustaba lo que teníamos, que el beso que le di no fue un error sino todo lo contrario: algo tan natural como el hecho de que empezaba a volverme loca por su culpa.

Admitirlo era demasiado peligroso. Y por más que ella (y todo el mundo) tuviese razón, lo único que no deseaba era perder esto que teníamos.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde mi conversación camino a casa con Inés, y todavía tenía el eco de sus preguntas en mi cabeza. No era eso lo que me molestaba, sino el hecho de que no estaba segura de la respuesta que quería darle.

Por eso, cuando llegué al entrenamiento, lo único que hice fue ser profesional, tomar algunas notas más y no pensar en ella más de lo necesario. Aunque no pude porque lo primero que vi al entrar en la ciudad deportiva fue a Inés riéndose con una de sus asistentes, con una mano apoyada en su hombro y la otra gesticulando con esa facilidad suya de dominar cualquier conversación.

Era una charla normal y no debería haberme importado. *Pero me importó* porque lo supe en ese momento. Lo supe con cada fibra de mi ser. No quería que ella riera así con nadie más. *Mierda.*

****

19:15 h. Desde la banda.

Me apoyé en la barandilla que rodeaba el campo, fingiendo tomar notas mientras intentaba ignorar el molesto latido en mis sienes. No eran celos. No podían ser celos. Solo era… irritación. Sí. Irritación. Y estrés. Y agotamiento. *Y pura frustración de tener a Inés metida en la cabeza a todas horas.*

Respiré hondo, centrando mi mirada en el entrenamiento, intentando mantenerme firme en mi plan original: ser profesional, enfocarme en mi trabajo y no en ella.

Pero entonces apareció a mi lado y todas mis fuerzas se fueron a la mierda.

—Hoy pareces más tensa de lo normal, ¿todo va bien?

No reaccioné de inmediato. Mantuve la mirada en el campo, fingiendo que no me interesaba la conversación.

—Estoy trabajando y si quieres que el artículo salga a las mil maravillas, tú deberías hacer lo mismo.

—¿Sí? —preguntó con fingida curiosidad—. ¿Y qué has escrito hasta ahora?

Cerré la libreta en cuanto vi su intención de robármela de las manos.

—Y yo que creía que ya teníamos confianza para enseñarnos todo.

Respiré hondo antes de mirarla. Estaba demasiado cerca. Tan cerca que podía ver el destello de diversión en sus ojos azules. Tan cerca que mi autocontrol pendía de un hilo ridículamente fino.

—¿Siempre tienes que ir provocando?

—No siempre —su sonrisa se amplió—. Solo cuando me interesa.

Maldita sea. Maldita fuera la manera en que conseguía atraparme cada vez más.

—Pues pierde el interés en mí.

—No me gusta perder.

Nos sostuvimos la mirada en un duelo silencioso. Tenso. Cargado de algo que no estaba lista para nombrar. Porque si lo nombraba, entonces se volvía real. Y si se volvía real… Entonces, las cosas cambiarían.

Pero yo no iba a caer esta vez. Así que hice lo único que supe hacer bien: jugar a hacerme la tonta, tal como Marina y Álex me dijeron que haría.

—Que disfrutes del entrenamiento.

Recogí mis cosas, me giré con toda la calma del mundo y me alejé antes de que pudiera responder.

Pero lo noté. Noté su mirada en mi espalda, su sonrisa creciendo en sus labios y la electricidad recorriéndome la piel. Porque sabía que, por mucho que corriera, no estaba escapando de nada. Ni de ella. Ni de lo que estaba empezando a sentir.

—Huyes demasiado rápido, Paula.

—No huyo de nada —respondí, girándome para enfrentar su mirada.

—¿No? Porque parece que cada vez que intento hablar contigo, sales corriendo.

Rodé los ojos.

—No seas dramática.

Inés ladeó la cabeza, analizándome.

—Entonces dime la verdad.

—¿La verdad sobre qué?

Dios, ¿por qué he tenido que hacer esa pregunta?

—Sobre lo mucho que te afecta tenerme cerca.

Tragué saliva.

—No es para tanto

—Ferrer… —dijo mi apellido como si estuviera a punto de desmontar cada una de mis

excusas—. Podemos seguir fingiendo, pero las dos sabemos que cada vez que nos vemos, pasa algo.

Mantuve mi rostro impasible.

—¿Acaso te crees el centro del mundo?

Inés sonrió. Fue una sonrisa lenta, como si acabara de descubrir exactamente cómo ganar esta partida.

—¿Y si te beso ahora?

Mi corazón se detuvo. *¿Perdón?* No pestañeé. No me moví. Pero mi cuerpo se incendió de la cabeza a los pies porque la idea me gustó demasiado. Porque quería que lo hiciera. Y eso me asustó más que nada en el mundo.

Así que, para fingir, me reí.

—Eres increíble.

—Gracias. Lo sé.

—No era un cumplido.

—Sí que lo era.

Bufé y pasé junto a ella, fingiendo que mi pulso no estaba descontrolado.

—Nos vemos.

Pero cuando me alejé, escuché su voz detrás de mí. Con suavidad. Lo suficientemente alta como para que yo solo la escuchara.

—Algún día, Paula, te vas a quedar en vez de huir.

Mi cuerpo entero se estremeció.

16

Atrapada en su red

Madrugada. 03:47 h.

El agua caliente resbalaba sobre mi piel envolviéndome en una bruma de vapor y calor. Las duchas del vestuario estaban vacías y el silencio que me rodeaba solo se rompía con el sonido del agua rebotando contra los azulejos.

Tenía los ojos cerrados y el cuerpo entumecido. Me sentía como si hubiese corrido por el campo un centenar de veces, como si hubiese plantado cara a todo un maldito equipo de fútbol.

Necesitaba un momento de paz, recuperar fuerzas. O eso pensé hasta que noté sus manos en mi cintura.

—Sabía que te encontraría aquí.

Su voz. Su jodida voz provocadora, suave y sensual, pintada de esa confianza irritante que desarmaba y derribaba cualquier barrera que intentara poner entre nosotras.

Intenté girarme, pero su cuerpo desnudo ya estaba pegado al mío. Notaba sus tetas contra mi espalda y sus labios, a centímetros de mi oído.

Y no me aparté. *Joder, hubiese sido una necia si lo hubiese hecho.* No quería y mucho menos al notar como sus dedos se anclaban a mi piel y me atrapaban en una maldita jaula de la que no quería escapar.

—Inés… —susurré su nombre y noté cómo su sonrisa se curvaba contra mi cuello.

—Eso es… —y su aliento chocó contra mi piel, enviando un escalofrío hasta lo más profundo de mi vientre.

Sus dedos trazaron la curva de mis costillas en apenas un roce, lo suficiente para prender fuego a cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

—Confiésalo… —me exigió, arrastrando sus labios por mi cuello, por mis hombros, dejando un rastro ardiente de mordiscos que la calidez del agua fue incapaz de borrar.

Negué. No podía decirlo tan fácilmente y ella arremetió contra mí. La quería más cerca, la quería en todas partes: con sus dedos dentro de mí, con su boca ahogando mis gemidos, con su mano aferrándose con todas sus fuerzas a mi cuerpo.

Mi nombre se deshizo en su boca cuando buscó la mía y enredó así nuestras lenguas. Yo sujeté una de mis manos a su nuca buscando sostén mientras su mano derecha se deslizaba por mi abdomen y se hundía en el hueco entre mis muslos. Temblé cuando sus dedos dibujaron círculos perezosos en mi clítoris y gemí cuando encendió cada centímetro de mi piel al meter sus dedos dentro de mí.

Abrí las piernas de manera inconsciente, arqué mi espalda para darle más acceso y me apoyé en su hombro totalmente expuesta, rindiéndome a ella, a su juego.

Ya no había rivalidad, solo deseo y cuando su lengua buscó mi piel y sus dedos comenzaron a moverse de forma más demandante, me perdí por completo en ella y en lo que me hacía sentir.

—Inés…

—Pídemelo mejor, Paula… —me exigió.

Y se lo dije.

—Fóllame.

Temblé, un jadeo escapó de mis labios, y justo cuando su boca reclamó la mía de nuevo… Me desperté.

Jadeando. Sofocada. Empapada de sudor y con el pulso fuera de control.

Mierda.

Mis sábanas estaban revueltas, mi piel aún ardía, y lo peor de todo… es que la sensación de su boca en mi cuello seguía ahí. Rodé por la cama, cubriéndome la cara con las manos, notando cómo mi cuerpo entero temblaba con el recuerdo del sueño.

Porque eso no era solo un sueño. Lo había sentido de manera real. Demasiado… necesario. Y ya no podía negarlo más.

Inés se había metido tan dentro de mi cabeza que ahora controlaba hasta mis sueños. Y eso lo cambiaba todo.

Mierda. Mierda. Mierda.

Solté un suspiro frustrado intentando convencerme de que podía simplemente ignorar esto, de que podía hacer como que no había pasado nada y seguir con mi vida. Pero entonces, sin pensarlo demasiado, mi mano buscó el móvil en la mesilla. Abrí la conversación con ella. Y escribí:

Yo:

No sé qué me estás haciendo, pero me estoy volviendo loca por tu culpa.

No pasó ni un minuto antes de que la respuesta llegara. No esperaba que estuviera despierta y aunque era una locura, me alegraba.

Inés:

Por fin te has dado cuenta. Es una lástima que hayas tardado tanto.

Joder.

Mi estómago se encogió y me mordí el labio, mi pulgar se mantuvo suspendido sobre la pantalla mientras mi cerebro intentaba encontrar una respuesta que no delatara todo lo que estaba sintiendo.

Fallé.

Yo:

Te odio.

Inés:

Eso no es lo que me dejaste ver cuando me besaste.

Mi respiración se detuvo. Se me escapó una maldición entre dientes y dejé caer el teléfono sobre la cama, mirándolo como si pudiera explotar en cualquier momento.

Ella tenía razón. Todo lo que yo había intentado negar, ya estaba ahí, expuesto. Y en ese instante, en medio de la noche y con la piel aun ardiendo por un sueño que jamás debí haber tenido, lo entendí.

No había vuelta atrás. Porque entre tanto juego, tanta provocación, tanto intento de mantenerme en control… *Había terminado atrapada en su red.*

17

Haciendo falta en el área

Viernes. 19:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Si alguien me preguntara qué demonios estaba haciendo aquí, la respuesta oficial era 'trabajo', pero la real era otra historia. Después de mi sueño con Inés y el estúpido mensaje que le envié —y su respuesta aún más irritante— había pasado todo el día dándole vueltas a lo mismo:

¿Qué estábamos haciendo? ¿Seguíamos jugando? ¿Era solo una distracción? ¿O habíamos cruzado la línea sin darnos cuenta?

No tenía la respuesta, pero sí sabía que cada vez que la veía, mi autocontrol se hacía añicos y se desdibujaba dentro de mí.

Así que cuando Inés apareció en el campo con su maldita actitud de siempre y me dedicó una mirada que decía *sé que sigues pensando en mí*, supe que no iba a poder ignorarla, y que, en algún momento de la tarde, iba a tener que enfrentarme lo que estaba pasando.

****

19:30 h. Desde la banda.

El entrenamiento acabó y yo aún no había encontrado la manera de salir de allí sin hablar con ella. Sabía que Inés me estaba esperando, porque ella era esa clase de personas que nunca dejaba un juego a medias y porque, si era sincera conmigo misma, yo tampoco quería irme.

Cuando las jugadoras se dispersaron y el campo se quedó casi vacío, me puse a recoger mis cosas convencida de que, si me daba prisa, podría evitar otra confrontación peligrosa con ella.

Pero Inés apareció antes de que mi mente me empujara a largarme de allí.

—Hoy has estado muy callada.

Me obligué a poner cara de póker antes de girarme para enfrentarla.

—Estaba trabajando.

—Eso dices siempre.

Inés caminó hacia mí con calma, con las manos en los bolsillos de su chaqueta y me arrinconó contra una pared que de pronto había aparecido tras de mí.

Mi cuerpo entero se tensó porque no había salida, porque ella estaba demasiado cerca.

—¿Algo interesante en tus notas?

—Lo de siempre.

—¿Nada sobre mí?

Mi mandíbula se tensó. Sabía a dónde quería llegar. Sabía que estaba jugando con fuego.

—Si te interesa tanto, puedo hacerte un pequeño resumen.

Su sonrisa creció.

—¿Sobre mi rendimiento?

—Sobre tus problemas de ego.

Inés se rio suavemente.

—Me encanta cuando intentas hacerte la dura, Paula.

Mierda.

Lo peor de todo era que ni siquiera estaba intentando hacerme la dura. Estaba intentando no perder la cabeza porque tenía a Inés demasiado cerca. Porque su voz tenía esa maldita cadencia que hacía que todo pareciera más lento. Porque la última vez que estuvimos así de cerca, terminé besándola y la idea de hacerlo otra vez estaba rondándome la cabeza demasiado fuerte.

Ella lo notó. Por supuesto que lo notó. Porque su sonrisa se hizo más lenta, más medida y cuando habló, su voz llegó a mí como un susurro.

—Dime que no sigues pensando en el beso.

Mi pecho se encogió. *Juego peligroso.* Si decía que no, mentía. Si decía que sí, perdía. Así que hice lo único que podía hacer. Me acerqué un poco más. Lo justo para que la tensión se volviera insoportable. Lo justo para que nuestros labios se rozaran. Lo justo para que ella entendiera que yo también sabía jugar.

Y le sostuve la mirada con calma.

—Dime tú si sigues esperando que lo haga.

Sus labios se entreabrieron apenas. Por primera vez, creí que la había descolocado. Por primera vez, pensé que tenía la ventaja. Pero entonces Inés sonrió como si acabara de descubrir algo.

—Entonces no lo has olvidado.

¿Podía? Sentí un escalofrío en la espalda. *Joder.* Me estaba acorralando. Me estaba llevando justo donde ella quería y lo peor era que no estaba segura de si quería salir de esto.

Respiré hondo con la sensación de que estábamos al borde del abismo. Pero entonces, inesperadamente, ella dio un paso hacia atrás. Rompió el contacto visual y se apartó, y me dejó ahí, con el pulso desbocado y la frustración latiendo en mi pecho.

—Nos vemos en la rueda de prensa del lunes, Paula.

Las piernas me temblaron. Ella lo sabía. Sabía que me estaba dejando en jaque. Que estaba haciéndome esperar. Que estaba tomándose su tiempo para verme caer.

Tragué saliva, intentando recuperar el aliento.

—Nos vemos.

Ella sonrió una última vez antes de darse la vuelta y marcharse, y yo me quedé ahí, con los puños apretados y una verdad imposible de ignorar en la boca del estómago. Porque sabía lo que significaba. Sabía que esto no se había acabado. Sabía que por más que intentara huir, al final siempre terminaba volviendo a ella.

Y que, si seguíamos jugando así… Yo iba a ser la primera en perder.

18

Cuando la defensa flaquea

Lunes. 12:30 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Si había algo que me gustaba de mi trabajo, era la adrenalina de una buena historia. El problema era que esta vez yo era la maldita historia.

Desde el viernes, había intentado enterrar mi última conversación con Inés en lo más profundo de mi cerebro. Fingí que no había pasado nada. Que su sonrisa, su forma de mirarme, la manera en que había desmontado cada una de mis defensas, no habían significado nada. Pero sí lo habían hecho y ahora, mientras esperaba que comenzara la rueda de prensa, sentada en primera fila con mi grabadora lista, lo único en lo que podía pensar era en qué demonios iba a pasar cuando nuestras miradas se encontraran.

Respiré hondo centrándome en mi cuaderno.

Podía manejar esto. Podía ser profesional. *Podía*…

—Buenos días.

Su voz me sacó de golpe de mis pensamientos. Levanté la mirada y la vi allí, de pie frente a la mesa, con la seguridad de siempre, lista para responder preguntas. Y lo primero que hizo fue buscarme con la mirada. Como si supiera exactamente en qué estaba pensando. Como si ya hubiera ganado.

Joder.

****

13:10 h. Rueda de prensa en curso.

Las preguntas fueron rutinarias.

Estrategia, rendimiento del equipo, próximos partidos.

Inés respondió con calma, sin desviarse, con la misma frialdad profesional de siempre. Hasta que llegó mi turno.

Aclaré mi garganta y hablé con mi tono más neutral:

—Paula Ferrer, Zona Fútbol. En el último partido, el equipo sufrió en los últimos minutos por la presión alta del rival. ¿Planeas ajustar la línea defensiva o vas a mantener la misma estrategia?

Por un instante, creí ver algo en su mirada. Algo más allá de la simple táctica. Algo que no tenía nada que ver con fútbol, pero Inés no dudó.

—Siempre hay ajustes que hacer —respondió, con un tono pausado—. Pero lo importante no es solo cómo defiendes… sino cómo reaccionas cuando la presión se intensifica.

Juego sucio. Porque no hablaba solo de su equipo y lo sabíamos las dos.

Noté las miradas de algunos colegas de prensa moviéndose entre nosotras, como si notaran que algo más estaba pasando. Como si la tensión fuera demasiado evidente, pero no iba a

dejar que me viera temblar.

Mantuve la compostura, fingiendo que no me afectaba.

—Entonces, ¿dirías que es cuestión de saber cuándo resistir y cuándo atacar?

Inés sonrió, pero no de forma evidente. Fue una leve curvatura de sus labios, casi imperceptible.

—Diría que es cuestión de elegir tus batallas.

El silencio que siguió se sintió demasiado cargado. Como si en esa sala estuviera pasando algo más que una simple entrevista. Pero antes de que pudiera pensar en una respuesta, otro periodista tomó la palabra y la conversación cambió de rumbo.

Y yo me quedé ahí, con el corazón latiendo demasiado fuerte, sabiendo que acabábamos de cruzar una línea sin decirlo en voz alta.

****

14:00 h. Salida de la rueda de prensa.

Mi plan era simple: salir rápido, evitar cualquier contacto y convencerme de que nada había pasado. Pero, como siempre, Inés tenía otros planes. Apenas crucé la puerta, ella ya estaba esperándome al otro lado, con los brazos cruzados contra el pecho y cortándome el camino

—Esta vez has hecho buenas preguntas.

Me detuve con el pulso acelerado.

—Gracias. Me gusta hacerte pensar.

Inés dio un paso más cerca, su sombra cayó sobre mí, y estuve a punto de tropezarme con mis propios pies.

—¿Eso es lo que intentas?

La miré fijamente, con la sensación de que estábamos a punto de entrar en territorio peligroso como días atrás.

—¿Y tú qué es lo que intentas?

Ella sonrió.

—Que dejes de correr.

Mi estómago se encogió porque no era la primera vez que me lo decía y porque, por primera vez, no estaba segura de si quería seguir huyendo.

Nos miramos en silencio por unos segundos que se sintieron demasiado largos. Todo mi cuerpo estaba en alerta. Mi piel erizada, mi respiración errática… Porque sabía que, si me quedaba ahí un segundo más, iba a hacer algo de lo que no estaba segura de poder arrepentirme.

Pero Inés se movió primero. No me besó. No me tocó como la noche en la que mi autocontrol falló, pero hizo algo peor. Arregló el asa de mi mochila que colgaba en mi hombro con suavidad.

Un simple roce. Apenas un toque de sus dedos sobre mi piel. Pero bastó para desarmarme

por completo.

—Nos vemos pronto.

Luego se giró y se alejó como si no acabara de destruir cada una de mis defensas con un solo gesto. Como si no supiera que, después de esto, yo ya no podía hacer como que nada estaba pasando. Me quedé ahí, sin aire, con la sensación de que esto se me estaba yendo de las manos. Porque Inés Martín estaba ganando.

Y lo peor de todo era que estaba empezando a dejar que lo hiciera.

19

Cuando la presión, te nubla la razón

Martes. 19:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Había cometido muchos errores en mi vida. Cubrir un entrenamiento justo después de la rueda de prensa del lunes posiblemente estaba en el top tres, por debajo del beso que le di a Inés, claro.

Sabía lo que iba a pasar. Sabía que Inés iba a estar ahí. Sabía que la tensión que habíamos dejado flotando en el aire seguía sin resolverse y que mi cuerpo ya empezaba a quejarse, pero, aun así, aquí estaba. Sentada en la grada, con mi libreta en la mano, fingiendo que estaba completamente concentrada en el equipo cuando en realidad mi mente no dejaba de retroceder al momento en que ella me miró y me dijo que dejara de correr.

Lo peor de todo es que no había sido una orden. Había sido una sugerencia, una petición y lo odiaba. Porque parte de mí lo deseaba. Porque parte de mí quería dejar de correr y quedarse a su lado. Pero la otra parte, la que aún tenía algo de sentido común, sabía que esto era un desastre a la espera de estallar por los aires.

Y no tenía ni idea de cómo evitarlo.

****

19:30 h. Desde la banda.

El entrenamiento estaba llegando a su fin cuando su voz rompió mi concentración.

—Paula, ven aquí un segundo.

Mi corazón me latió con tanta rapidez que me bloqueé. Me levanté con calma asegurándome de que nadie notara que mi estómago estaba hecho un nudo, y bajé hasta donde ella me esperaba, de pie junto a la línea de banda.

—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Tengo una pregunta para ti.

—Si es sobre táctica, no te voy a dar más consejos gratis.

Inés sonrió con diversión.

—No es sobre táctica.

Me tensé.

—Entonces no sé si quiero escucharla.

—Demasiado tarde —dio un paso más cerca, y su voz bajó un tono—. ¿Cuánto más vas a fingir que vienes aquí todos los días porque tienes la necesidad de verme?

Mi pecho se encogió y la boca se me secó.

—No estoy fingiendo nada.

—Claro que sí.

Intenté reírme, pero sonó forzado.

—¿Te has planteado que tal vez solo te gusta pensar que tienes la necesidad de ser el centro de atención?

Inés no se inmutó.

—No lo pienso, Paula. Lo sé.

Dicho eso, inclinó la cabeza y me estudió con calma. Y en ese momento lo sentí. La tensión. La electricidad en el aire. La maldita certeza de que, si nos quedábamos aquí un minuto más, algo iba a pasar.

Así que hice lo único que pude hacer para evitarlo. Retrocedí un paso.

—Tengo que irme.

Inés no intentó detenerme. Solo sonrió con una lentitud que me jodió más de lo que debería.

—Nos vemos en el Gol & Beer el viernes.

Fruncí el ceño.

—¿Quién te ha dicho que eso va a pasar?

—Yo.

Y con eso se dio la vuelta y me dejó ahí, con el corazón desbocado y sin aire en los pulmones. Porque lo peor de todo era que tenía razón.

****

Viernes. 22:00 h. Gol & Beer.

—No quiero hablar de ello.

—¿De qué no quieres hablar? —preguntó Marina con fingida inocencia, tomando un sorbo de su cerveza.

—De que has venido aquí vestida para la guerra sabiendo perfectamente quién va a entrar por esa puerta esta noche —añadió Álex señalando la entrada del bar.

Rodé los ojos.

—Puedo vestirme como me dé la gana sin que eso tenga que ver con Inés.

—Claro —canturreó Marina—. Como la última vez. Y la anterior.

Suspiré y me crucé de brazos.

—Solo voy a tomar una copa.

—Solo una, ¿eh?

No respondí porque en ese momento se abrió la puerta del bar y la conversación dejó de importar. Porque ella acababa de llegar, con una chaqueta de cuero sobre una blusa blanca, el pelo suelto, y esa maldita confianza como si supiera que yo iba a estar aquí esperándola.

Mi mirada se encontró con la suya de inmediato. No me buscó. No tuvo que hacerlo porque ambas sabíamos que esto era inevitable.

Ella sonrió apenas y mi estómago se encogió con tanta fuerza que me dieron ganas de salir corriendo, pero no lo hice. No esta vez. Porque, joder… ya estaba cansada de huir.

****

23:15 h. Copa en mano.

—¿Te estás divirtiendo?

Inés se animó a acompañarme hasta la barra. Estaba junto a mí, lo suficientemente cerca como para que su perfume me distrajera mucho más de lo que debía.

—No sé. Aún no has hecho nada para provocarme.

—¿Quieres que lo haga?

Mi mandíbula se tensó.

—No quiero nada de ti.

—Mentira.

Cerré los ojos un segundo.

—¿Siempre tienes que ser así?

—¿Así cómo?

—Irritante.

—¿Y tú siempre tienes que hacerte la fuerte?

La pregunta me golpeó de lleno. Abrí los ojos y la miré. Estaba demasiado cerca. O tal vez yo era la que no se estaba alejando.

Respiré hondo, con la sensación de que estábamos al borde de algo. De que, si no parábamos esto ahora, ya no habría vuelta atrás.

—Dime que pare —murmuró ella.

Tragué saliva. Sabía que tenía que decirlo. Que tenía que alejarme. Que, si esto seguía, todo iba a cambiar entre nosotras. Pero, por primera vez en toda esta maldita historia… No quise ganar.

—No quiero que pares.

Y antes de que pudiera pensar en las consecuencias, ya la estaba besando, ya la estaba arrastrando al baño del bar y ya estaba perdiendo el control.

20

Cuando juegas con fuego, te quemas

El sonido de la música y las voces del bar quedó atrás cuando la puerta se cerró tras nosotras. En ese instante todo lo que existía era ella; su aliento cálido rozándome la piel, sus manos sujetándome el trasero mientras que me aprisionaba contra la puerta como si hubiera decidido que no me iba a dejar escapar esta vez.

La besé con desesperación, con esas ganas acumuladas de semanas, de noches sin dormir, de provocaciones disfrazadas de juegos inútiles que ya no podía seguir ignorando y que me quemaban por dentro.

Inés sabía lo mucho que ansiaba esto y me manejaba como le daba la gana, y yo la dejaba.

Su lengua se deslizó contra la mía con una calma exasperante, con ese maldito control que siempre tenía, sobre todo, y me encendí porque me estaba volviendo loca, porque la quería más cerca, porque la presión de su cuerpo contra el mío no era suficiente.

Mis dedos se hundieron en su pelo y tiré ligeramente de él para atraerla más hacia mí, para hacerle entender que ya no quería medias tintas, que esto ya no era un juego.

Ella dejó escapar un sonido bajo contra mis labios. Una risa suave, cargada de diversión, de seguridad. Sabía que me tenía por completo, que había cedido, que podía hacer conmigo lo que quisiera.

—Vaya, Ferrer… parece que al final sí querías algo de mí.

Abrí los ojos de golpe y la miré fijamente. Había ganado, sí y le encantaba restregármelo por la cara. Incluso con la espalda pegada a la puerta, con su respiración entrecortada y su labio inferior entre mis dientes, seguía teniendo la ventaja.

—Cállate —murmuré arrastrando mi boca por su mandíbula, dejándole claro que no iba a dejarme llevar por su juego. O, al menos, que iba a intentar jugarlo a mi manera.

Ella se rio con suavidad, pero su cuerpo se tensó contra el mío cuando mis manos bajaron por su espalda y la atrajeron aún más contra mí. Cuando mis labios encontraron ese punto en su cuello que había descubierto en mi maldito sueño. El que me perseguía desde aquella noche. El que había intentado olvidar y que ahora, al fin, podía probar de verdad.

Y cuando la escuché exhalar con ese suspiro tembloroso, cuando noté cómo sus dedos se aferraban a mi cintura, supe que la tenía justo donde quería.

Cerré los ojos un segundo, disfrutando del peso de su cuerpo contra el mío, del calor de su piel, de lo bien que se sentía tenerla así de cerca y justo cuando iba a profundizar el beso en su cuello, cuando mis manos se deslizaron bajo su blusa y mis dedos recorrieron la curva de su espalda…

Se apartó. Se apartó tan rápido que me tomó desprevenida. Tan rápido que mi cuerpo se quedó anclado al suyo un segundo más, negándose a aceptar la distancia.

Cuando abrí los ojos, supe exactamente lo que estaba haciendo. Quería joderme, dejarme con ganas de más y exhalé bruscamente tratando de recuperar la respiración.

—¿Qué coño haces?

Inés sonrió sin alejarse demasiado. Lo justo para que mi cuerpo siguiera notándola cerca, para que el calor entre nosotras no desapareciera del todo.

—¿Qué pasa, Paula? —su voz era puro veneno, una caricia lenta que se deslizó por mi piel—. ¿Tú no querías jugar?

Hija de puta. Mi mandíbula se tensó porque lo entendí al instante. Esto no iba de no querer más. Esto iba de hacerme quererlo más. De hacer que se lo pidiera, que se lo suplicara.

—No juegues conmigo…

Inés ladeó la cabeza mirándome como si acabara de soltar la cosa más ridícula del mundo.

—Vamos Paula… —sonrió, divertida—. Tú empezaste con ese juego, ¿o no te acuerdas?

Mi pecho subía y bajaba demasiado rápido. No por los besos. No por la cercanía. Sino por la maldita sensación de que estaba a punto de perder algo mucho más grande que una simple partida de provocaciones.

Y ella lo sabía porque se inclinó una última vez, porque sus labios rozaron los míos con una lentitud insufrible, pero no me besó. Porque su aliento se mezcló con el mío cuando murmuró:

—Búscame cuando estés lista para admitirlo.

Y se apartó del todo. Se giró como si nada acomodándose la blusa, pasando los dedos por su pelo con la maldita confianza de alguien que acaba de ganar y se marchó.

Yo seguía pegada a la puerta, seguía sintiéndola en mi piel, seguía sin poder respirar bien. Porque Inés acababa de hacer lo único que podía destruirme del todo: dejarme con ganas de más.

Y lo peor de todo… Era que supe en ese instante que iba a volver a por ello.

****

Viernes. 23:45 h. De vuelta en la mesa.

Marina y Álex se giraron al verme regresar. No dijeron nada al principio. Solo me miraron y lo agradecí.

Mis labios estaban hinchados. Mi respiración todavía no era normal y mi cuerpo entero estaba tenso, inquieto y frustrado.

Álex sonrió de lado y chasqueó la lengua llamando mi atención, y aunque le advertí con la mirada que obviara cualquier tipo de comentario, se lo pasó por el forro de la bragueta.

—Vaya, parece que alguien ha sido arrastrada al infierno y ha vuelto.

Rodé los ojos y me dejé caer en la silla a la vez que le pegaba un trago a su cerveza.

—No quiero hablar de ello.

Marina soltó una carcajada.

—Dios. Dime que no te ha dejado con ganas.

No respondí porque ya sabían la respuesta.

Inés había hecho exactamente lo que quería hacer, y yo estaba jodida del todo.

21

Sin frenos

Viernes. 00:30 h. Gol & Beer.

No pensaba con claridad, eso era un hecho. Porque cuando llevas demasiadas cervezas encima y una frustración del tamaño del maldito Santiago Bernabéu, tu cerebro pierde la capacidad de tomar buenas decisiones.

Y ahí estaba yo, en la mesa del bar con Marina y Álex observándome como si estuvieran viendo el desastre a cámara lenta mientras que yo bebía y bebía como si intentase ahogar algo que, a estas alturas, ya sabía que era imposible ahogar.

—Paula, creo que ya es hora de que pares —Marina me quitó la jarra de cerveza antes de que pudiera darle otro trago—. Tienes más alcohol en las venas que sangre ahora mismo.

—Estoy bien. No exageres —respondí demasiado rápido.

Es obvio que mentía.

—Ajá —canturreó Álex, apoyándose en la mesa—. Entonces, si estás tan bien, ¿por qué sigues mirando la puerta cada dos segundos?

Fruncí el ceño.

—No lo hago.

—Sí, lo haces —intervino Marina—. Y si no es la puerta, es el móvil. Y si no es el móvil, es tu cerveza. Estás esperando como si en alguno de esos tres sitios fuera a aparecer ella.

—¿Puedo beber tranquila sin que lo achaquéis a lo que me ha pasado con Inés?

Álex soltó una carcajada y yo quise reírme con él, porque no había pasado nada, al menos no lo que yo quería que pasara y eso me tenía demasiado agitada.

—Sí, claro. Pero no nos mientas. Es demasiado absurdo.

Rodé los ojos y me crucé de brazos. No iba a dejar que me controlasen. Tampoco iba a confesar lo que me estaba carcomiendo por dentro.

Mi mente aún estaba llena por su recuerdo. Aún notaba su boca sobre la mía, aún sentía su aliento contra mi piel. Aún tenía su perfume impregnado en mi ropa y aún deseaba tenerla tan cerca como para perder la cabeza.

—Paula… —Marina se acercó a mí al ver un cambio en mi gesto y me sujetó del brazo como si supiera lo que estaba pasando por mi cabeza—. ¿Qué vas a hacer?

Respiré hondo. Me dejé caer en la silla y miré el techo, la mesa, la puerta y entonces, lo supe. Lo supe con la claridad de quién está demasiado borracha para razonar y tiene el cuerpo demasiado caliente como para pensar en otra cosa.

Me levanté de golpe, tambaleándome un poco.

—Voy a irme.

Álex arqueó una ceja.

—¿A casa?

No respondí. Marina soltó una maldición y se levantó también, sujetándome por el brazo para que no me cayera al suelo

—Paula, no.

—Paula, sí.

Me zafé de su agarre y comencé a caminar. Mis pasos no eran firmes. Mi mente no estaba en su mejor estado, pero mi cuerpo avanzaba en una dirección: Malasaña y el apartamento de Inés. Y por supuesto, ella.

****

Viernes. 01:15 h. Malasaña.

No recordaba muy bien cómo había llegado hasta allí. Tal vez el viento frío me despejó lo suficiente como para no parecer una completa desquiciada. Tal vez la urgencia en mi piel era tan intensa que mi cuerpo se movió solo, pero ahí estaba, frente a su puerta, con la respiración errática y mi pulso acelerado.

Mi frente se apoyó en la madera y uno de mis puños golpeó la puerta generando un sonido que me pareció exagerado teniendo en cuenta lo silencioso y vacío que estaba el pasillo. Golpeé de nuevo y quise decir algo, aunque tenía la boca tan seca que no me salió nada. A la tercera vez, la puerta se abrió y yo me tambaleé.

Cuando puse mi atención a lo que pasaba delante de mí, ahí estaba ella. Con el pelo suelto, con un pijama de camiseta de tirantes y pantalón corto. Ojos entrecerrados y esa maldita sonrisa que me produjo un escalofrío.

—Vaya, y yo que pensé que tardarías más…

Mi lengua pesaba y mi mente era un puto caos como para formar una frase.

—Cállate.

—¿Estás borracha?

Levanté la barbilla y negué.

—Estoy lo suficientemente consciente como para saber lo que quiero.

Inés apoyó el brazo en el marco de la puerta, estudiándome con una calma que aceleró mucho más mi corazón.

—¿Y qué es lo que quieres?

Maldita hija de puta. Quería jugar. Quería obligarme a decirlo. No le iba a dar el gusto, así que lo que hice, fue decírselo, pero no con palabras.

La empujé al interior de su apartamento entrando sin pedir permiso y la besé con la fuerza de alguien que había esperado hacer esto demasiado tiempo. Sí, nos habíamos besado en el bar, pero joder, esto no era nada.

Inés no me frenó, no hubo provocaciones, ni tampoco pullas. Solo su boca devorando la mía. Solo sus manos recorriendo mi espalda con una desesperación que me hizo temblar. Solo

nuestros cuerpos chocando con la pared más cercana, enredándose en un calor sofocante, perdiéndose en lo que habíamos estado conteniendo durante semanas.

Ella jadeó contra mis labios y fue lo único que necesité para saber que esto no tenía vuelta atrás, que ya no había nada que frenar, que ya no existía nada más que ella y yo, aquí y ahora.

Mis dedos se deslizaron bajo su camiseta subiéndola con torpeza mientras que su boca marcaba mi cuerpo a mordiscos y me arrancaba la ropa. Todo se nubló ante mí y cuando nuestra piel chocó, cuando su mano se metió entre mis piernas y se hundió entre los pliegues de mi carne, un gemido escapó de mi boca y su risa fue de pura satisfacción.

—Así me gusta… que dejes de hacerte la fuerte.

No tenía aire para responder, solo tenía aire para besarla otra vez, para hundirme en el sabor de su boca, para dejar que su piel se fundiera con la mía, para perderme en ella de una vez por todas. Sin miedos. Sin excusas. Sin frenos.

Sus dedos vibraron dentro de mí, abrí las piernas y abracé una de ellas a su cintura. La rodé con mis brazos mientras que ella me follaba con la misma seguridad e intensidad con la que me miraba, y yo caía rendida en su maldito juego, en esa red de la que no iba a escabullirme jamás.

Me corrí con la misma fuerza que sus jugadoras recorren el campo de entrenamientos a diario y todo lo que sucedió después, apenas lo recuerdo.

****

02:45 h. Apartamento de Inés

El techo de su habitación era blanco. O eso creía. Era difícil concentrarse cuando tenía la piel todavía caliente, cuando su olor estaba pegado a mi cuerpo, cuando lo que acabábamos de hacer todavía me tenía atrapada y extasiada.

Ella estaba mi lado, con un brazo sobre la almohada, mirándome como si estuviera esperando a que saliera corriendo. *Spoiler: las piernas me temblaban tanto que no podía ni siquiera moverme.*

Yo era incapaz de hablar, de pensar, de razonar. Ya no había forma ni manera de ocultar lo que nos estaba pasando y no podía imaginarme soportando las ganas de follar con ella cada vez que nuestras miradas se cruzasen en cualquier entrenamiento.

—Dime qué estás pensando —me pidió, con la voz más suave de lo que estaba acostumbrada a escucharla.

Giré la cabeza hacia ella y me obligué a ser honesta. Inés lo merecía. Yo también.

—Que no hay forma de fingir que esto no pasó.

Su sonrisa fue suave y lenta.

—¿Pensabas fingir que nada había pasado?

Suspiré y me removí para verla de frente.

—Hasta hace un par de horas, sí.

—¿Y ahora?

—Ahora… no tengo ni puta idea.

Inés se rio y pasó una mano por mi brazo. El gesto fue demasiado íntimo, demasiado fácil y eso me aterrorizó más que cualquier otra cosa. Porque la rivalidad, el juego, la tensión… todo eso lo entendía. Pero esto, las relaciones… el amor, esto era diferente y yo no sabía qué hacer con ello.

****

04:00 h.

El silencio en su apartamento era cómodo, lo cual era raro teniendo en cuenta la relación que habíamos tenido hasta el momento. No estaba acostumbrada a esto. A quedarme. A compartir espacio después de… bueno, después de lo que había pasado y mi cabeza estaba hecha un caos de pensamientos que giraban a su manera.

Me giré en la cama tratando de relajarme, pero el peso de la situación seguía ahí, clavado dentro de mí.

—Si piensas demasiado, te vas a agobiar.

Suspiré y me froté la cara.

—Demasiado tarde.

—Duérmete Paula.

—No me des órdenes.

—Te encanta que lo haga —susurró y me abrazó por la espalda.

Mierda, Inés tenía razón.

—Esto es una locura…

—Lo sé —añadió—. Y estás asustada.

—¿Ahora lees mi mente?

—No, pero te conozco de hace tiempo y reconozco cada uno de tus gestos.

Algo en mí se tensó y ella me regaló un beso en el hombro que me dejó en jaque mate. Porque no estaba acostumbrada a que alguien me conociera tanto y porque parte de mí quería que lo hiciera. Así que, en lugar de responder, cerré los ojos.

No sé cuánto tardé en dormirme, pero cuando lo hice, seguía sintiendo sus labios en piel y eso, lo cambió todo.

22

La verdad no suele ser fácil de aceptar

Sábado. 10:15 h. Plaza de España.

El primer pensamiento que cruzó mi mente cuando me encontré con Inés al día siguiente fue que todo había sido un sueño. El sol ya brillaba con fuerza sobre Madrid, pero dentro de la cafetería en la que estábamos, la luz era más suave, más tenue, casi tímida. Como si el universo supiera que nosotras también lo éramos en ese momento.

Estábamos sentadas frente a frente, disfrutando de un café y un silencio que pesaba demasiado.

No era incómodo. Pero tampoco era relajado. Era el tipo de silencio que aparece cuando algo importante ha pasado y ninguna de las dos sabe qué hacer con ello. Inés jugueteaba con la cucharita, removiendo su taza sin motivo aparente, sin mirarme directamente. A mí me pasó lo mismo. Había algo extraño en vernos así, en saber que ya no éramos exactamente las mismas personas de horas antes de acostarnos. Porque ahora, lo que habíamos hecho flotaba entre nosotras de manera inevitable.

Y aún no sabíamos qué hacer con ello.

—¿Estás bien? —preguntó Inés finalmente, con un tono de voz más suave de lo normal.

Mi respiración se detuvo por un momento. ¿Estaba bien? Después de todo lo que había pasado… no tenía una respuesta clara. Mi corazón latía con rapidez cada vez que la miraba, mi cuerpo aún reaccionaba a ella y el resto era demasiado confuso. Me sentía vulnerable.

—No lo sé —lo dije casi en un susurro.

Pero, a pesar de la confusión, mi corazón no se sentía tan pesado como antes. Había algo… algo liberador en haber cruzado esa línea con ella. Aunque, por supuesto, no iba a decírselo en voz alta.

La cafetería continuó en silencio mientras ambas nos volvíamos conscientes de lo inesperado de la situación. Porque ya no podíamos fingir que nada había pasado, y lo peor de todo… es que no quería fingirlo.

****

11:00 h.

La situación se había estancado y yo era la primera en darme cuenta de que no podíamos quedarnos en este punto intermedio por mucho más tiempo. Así que, fuera como fuera, tenía que preguntar.

—¿Qué hacemos ahora?

Inés levantó la cabeza con suavidad y puso su atención en mí.

—¿Cómo que qué hacemos?

—Esto —hice un gesto con la mano, señalándonos a nosotras—. Lo de anoche.

La respuesta de Inés no fue inmediata. En su lugar, se quedó mirándome como si estuviera tratando de leerme la mente.

—Pues supongo que todo depende de ti.

Mi pulso se aceleró y me puse tan tensa que no tuve más remedio que dejar el café a medias.

—¿De mí?

—Sí —sus ojos se oscurecieron por un momento, pero enseguida volvió a ser la Inés de siempre. La que nunca dejaba que sus emociones tomasen el control—. No te voy a forzar a nada, Paula. Pero sé lo que quiero. Y si te quedas, quiero que lo sepas.

Tragué saliva.

—¿Qué es lo que quieres?

No sé ni cómo me atreví a preguntar. Mi corazón me palpitaba con fuerza en la garganta e Inés sostuvo la mirada sin pestañear, como si estuviera pensando qué palabras usar para.

—Quiero ver qué pasa entre nosotras. Quiero ver hasta dónde podemos llegar sin juegos, sin tensiones. Quiero saber si esto es real o si solo es un impulso pasajero.

Su honestidad me pilló desprevenida porque, por primera vez, no estaba buscando excusas ni justificaciones. Por primera vez, no estaba intentando provocarme.

Inés simplemente quería saber qué pasaría si dejábamos de pelear y eso me hizo sentir más vulnerable que cualquier otra cosa.

****

12:10 h.

El silencio entre nosotras se prolongó demasiado. Yo no quería ser la primera en decir algo, pero las palabras de Inés seguían resonando en mi cabeza como un eco constante que no me quería abandonar.

Quiero saber si esto es real. ¿Real? ¿Qué significaba eso?

La tentación de salir corriendo estaba ahí. De poner barreras, como siempre hacía. Pero había algo diferente esta vez. Algo que no me permitía hacerlo.

—Sé que no es fácil. Ni siquiera sé si debería estar diciéndote esto, pero… me importas, Paula.

Mi estómago se encogió de nuevo y mis ojos se agrandaron.

—¿Qué?

—Te lo he dicho. Me importas.

Su voz era tranquila y sus ojos brillaban con una intensidad que nunca antes había visto en ellos. Ni siquiera cuando nos besamos o me hizo gemir como una loca sobre su cama.

—Y no lo digo para que esto te sea más complicado. Lo digo porque es lo que siento y creo que mereces saber la verdad.

Me dejó sin palabras, y más porque lo que Inés acaba de decir no era otro de sus desafíos sino una declaración. Una que me hizo temblar y agitó tanto mi corazón que supe de inmediato cuál era la respuesta.

Respiré hondo tratando de ordenar mi mente, pero al final, las palabras salieron solas y lo hicieron sin que yo tuviese que esforzarme en formularlas.

—Yo también… —carraspeé—. También me importas.

Mi voz sonó extraña, como si no fuera mía, pero era la verdad. Ya no venía a cuento que huyera, que me guardase para mí todo lo que significaba estar a su lado e Inés sonrió. Una sonrisa que me desarmó por completo.

—Entonces, supongo que tendremos que averiguarlo, ¿no?

14:00 h.

No sé cuántas horas pasamos juntas. Recorrimos el centro de Madrid, como si nada hubiera cambiado a pesar de que ambas sabíamos que era todo lo contrario. Nuestras conversaciones eran ligeras, pero la tensión que nos había arrastrado a esta situación seguía ahí, bajo la superficie, siempre latente y a la espera de explotar.

Era momento de tomar decisiones. Era momento de sentarse y poner todas las cosas sobre la mesa. Habíamos cruzado la línea y ya no había marcha atrás.

¿Podíamos construir algo real o simplemente lo estábamos confundiendo con algo más pasajero y visceral?

Mi miedo estaba ahí, mis dudas seguían muy presentes, pero cuando miré a Inés y vi su mirada puesta en mí, lo supe.

No iba a encontrar una respuesta correcta a todo lo que nos estaba pasando, solo podía dejarme llevar por lo que sentíamos y por fin, después de tantos tiras y afloja, de tantas conversaciones y tantos desplantes, decidí quedarme y descubrir donde nos llevaría todo esto.

23

Una nueva forma de jugar

Domingo. 09:30 h. Apartamento de Paula.

Desperté con una sensación extraña en el pecho. No era exactamente nervios.

Tampoco miedo. Era consciente de que todo había cambiado entre Inés y yo. De que ya no había marcha atrás, de que fuera lo que fuere lo que estaba sucediendo, a partir de este instante nada podría ser como antes.

Me giré en la cama y miré el techo. Después de recorrer Madrid con Inés, terminamos en mi apartamento. No hicimos nada. Nada sexual, al menos. Solo hablamos. Hablamos hasta quedarnos dormidas. Tocamos tantos temas a la vez que ni siquiera recuerdo uno en concreto y era, en mi opinión, peor que haber terminado enredadas entre las sábanas de mi cama. Y lo era porque no se trataba de solo química, tensión sexual o rivalidad, se trataba de algo mucho más grande, algo que tenía nombre, algo real y yo no sabía qué hacer con ello.

Mis últimas relaciones solo se habían basado en el sexo. En un par de noches de gemidos, de caricias que te ayudan a olvidar, que te ayudan a solar la tensión y la presión del día a día. Pero con Inés estaba claro que era diferente, y aunque yo era un completo desastre en esto, me gustaba y demasiado.

****

10:15 h.

Cuando conseguí escapar de mi habitación, me encontré a Inés en la cocina, con una taza de café en la mano, mirando por la ventana como si estuviera completamente cómoda en mi espacio. Era la primera vez que traía a alguien aquí, que me atrevía a mostrar esta parte tan íntima de mí, que dejaba que una persona curioseara entre mis cosas.

No me molestaba que ella se hubiese levantado antes, pero parte de mí seguía envuelta en esa inseguridad que me acompañaba cuando las cosas se ponían serias.

—Buenos días —dijo sin volverse del sitio.

—¿Desde cuándo la invitada actúa como si viviera aquí toda la vida?

Se giró con una media sonrisa.

—Bueno, yo no soy una simple invitada, ¿no?

Bufé y me serví café.

No respondí, porque sabíamos que tenía razón. Inés no era cualquier persona, se lo había dejado saber la primera vez que la besé, también la noche que nos acostamos y ayer durante la conversación que tuvimos.

Nos sentamos en la mesa y bebimos en silencio. Al menos hasta que Inés abrió la boca.

—A mí también me da miedo todo esto, ¿sabes?

Levanté la cabeza, sorprendida.

—¿Miedo de qué?

—De cagarla.

Me quedé en blanco. Por primera vez en cinco años, Inés, la persona más segura del mundo, estaba asustada. Y eso me pareció tan tierno y extraño, que me arrancó una sonrisa.

—Yo tampoco sé cómo llevar esto. No sé cómo ser… bueno, algo que no sea la mujer con la que te pasas la vida compitiendo.

Ella tenía razón. Llevábamos años sumergidas en esta lucha continua. Tragué saliva porque entendía muy bien lo que estaba diciendo. Siempre habíamos sido dos personas que intentaban superarse sin importar nada. Dos fuerzas opuestas que empujaban en direcciones contrarias. Pero ahora… ahora era otra cosa.

—Yo tampoco sé cómo hacerlo —admití.

Nuestros ojos se encontraron sobre la mesa y por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que habíamos alcanzado el empate y que estábamos cómodas en él.

****

13:00 h. El Retiro.

Decidimos salir a caminar, sin un plan, sin un lugar en mente y acabamos en el Retiro. El parque, como todos los domingos, estaba lleno de gente disfrutando de un día de sol y frío.

Nosotras caminábamos juntas sin hablar, dejando que nuestras manos se rozaran y al mismo tiempo, huyendo de la sensación de necesidad. Era más que obvio que yo no podía apartar mis manos de ella e Inés, bueno, ella sabía que buscaba la manera de hacerme ver que ella tampoco.

—Entonces, ¿va a ser así siempre que nos veamos? —Inés rompió el silencio y con esa pregunta, me hizo saber que no hablaba del paseo o de cada una de las sensaciones que lo acompañaban.

Yo suspiré y me encogí de hombros sin saber bien qué decir. La idea ñoña de ir agarraditas de la mano, de demostrarnos eso que crecía dentro de nosotras cuando nos mirábamos, no estaba aún en mis pensamientos, así que hice algo que se me daba bien, no pensar demasiado.

—Dejaremos que sea el tiempo el que nos guíe.

Inés me miró convencida y siguió caminando hasta que nos topamos con un estanque de patos y nos sentamos. Más allá, al otro lado y cerca del Palacio de Cristal, una pareja hacía aquello que a nosotras aún no nos nacía. Al menos en público, porque en privado era otra cosa.

—Ya no me odias tanto, ¿verdad?

—¿Quien dijo que te odiaba?

—Tú. Durante los últimos cinco años y en cada rueda de prensa o artículo que escribías.

Rodé los ojos.

—Cállate y no digas tonterías.

Inés se dejó caer hacia mí y me susurró muy cerca del oído:

—Me encanta hacerte admitir las cosas.

—Y yo odio arrepentirme de todo.

Inés rio y algo en mi corazón se aflojó. A pesar de todo, del miedo, de las dudas, de la confusión, esto que teníamos se sentía bien. Pero que muy bien.

****

16:00 h.

Llegamos a mi edificio y nos detuvimos en la puerta. La situación me puso de los nervios y de repente, no supe qué hacer con las manos. No quería que se fuera, tampoco podía retenerla y deseé que el tiempo dejase de avanzar para paralizar algo que era inevitable que sucediera.

Inés notó mi duda y sonrió de esa manera que me sacaba de quicio al principio, y que ahora, me gustaba más de lo que podía admitir.

—¿Quieres decirme algo? —negué fingiendo seguridad—. ¿Segura?

—No me pinches, anda.

—Yo no te pincho, solo quiero que me digas la verdad.

—Pues cállate.

—Entonces bésame.

Mi estómago se encogió y esta vez, al contrario de la primera vez que lo hice, la besé. Fue un beso lento, diferente, como si estuviéramos aprendiendo una nueva forma de jugar y cuando me quise dar cuenta de lo que eso significaba, me separé y la dejé ahí, mientras que corría a esconderme en el único lugar del mundo en el que me sentía segura del mundo.

24

Aprendiendo a jugar en equipo

Lunes. 08:30 h. Redacción de Zona Fútbol.

El café estaba frío Y eso no tenía nada que ver con la temperatura de la oficina, sino con el hecho de que llevaba más de veinte minutos mirando la pantalla sin escribir una sola palabra.

Mi artículo sobre el Atlético de Madrid B estaba casi terminado. Las tácticas de Inés, los cambios en la formación, el rendimiento del equipo… Todo estaba perfectamente explicado. Había conseguido, después de tantas visitas a los entrenamientos, un artículo sólido y bien estudiado. Y me encantaba.

Lo que no estaba en su mejor condición era mi capacidad de concentrarme en otra cosa que no fuera lo que pasó ese fin de semana. Suspiré y me pasé una mano por la cara. Odiaba no poder sacarme de la cabeza la imagen de su cuerpo desnudo, como contoneaba sus caderas cuando la follaba con mi boca o como abría sus labios cuando gemía. No podía seguir así. Tenía que centrarme. Pero, justo cuando intentaba hacerlo, mi móvil vibró sobre el escritorio y las intenciones se fueron al a mierda.

Inés:

¿Sigues con resaca emocional?

Rodé los ojos.

Yo:

Vete a la mierda.

Inés:

Tan dulce como siempre.

Sonreí sin darme cuenta.

Yo:

¿Tan aburrida estás que no puedes evitar mensajearme?

Inés:

Si estuvieras aquí, estaría usando los dedos de otra manera.

Me removí en mi asiento al notar como el calor me recorría todo el cuerpo.

Yo:

Cállate, por favor. Intento trabajar.

Inés:

Pásate por la ciudad deportiva, y así jugaremos un poquito.

Yo:

Ya veremos.

Joder. Esto era demasiado y lo mejor —o lo peor—, era que no quería detenerlo.

****

13:00 h. En un bar de la Plaza de España

Marina y Álex me invitaron a comer algo, y en un principio pensé en negarme, pero joder. O salía con ellos o me iba a estallar la cabeza. Ellos, a su manera, me ayudaban a poner las ideas en su lugar y las mías necesitaban un arreglo profundo.

—A ver si lo entiendo bien —Marina dejó los cubiertos en el plato—. ¿Ahora sales con Inés?

—No —mi respuesta fue demasiado rápida y Marina se cruzó de brazos.

No sé por qué me negaba a aceptar que eso era lo que estaba pasando, que Inés y yo teníamos una relación, que estábamos saliendo. Joder, cada vez que lo pensaba se me secaba la garganta.

—¿Pero os acostasteis?

—Sí.

Álex arqueó una ceja.

—¿Y os veis fuera del trabajo?

—Sí.

—¿Y os besáis en la calle?

—Sí.

Marina resopló.

—Paula… Eso es salir con alguien.

Me llevé una mano a la cara y solté un bufido.

—No estamos saliendo.

—¿Entonces qué sois?

Me quedé en silencio porque no tenía una respuesta clara. Marina y Álex intercambiaron una mirada que hablaba por sí misma y yo quise lanzarme por la ventana.

****

18:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Si lo de antes había sido incómodo, esto era mucho peor. Ahora no solo tenía que ver a Inés en su salsa, dirigiendo a su equipo y ejecutando su labor de entrenadora. Ahora tenía que actuar como si todo siguiera igual entre nosotras y no nos hubiésemos revolcado en su cama el fin de semana. Como si no hubiera dormido en su cama hace dos noches. Como si no recordara exactamente cómo se sentía besarla, a qué sabía. Como si no estuviera completamente jodida.

—¿Paula? —su voz me sacó de mis pensamientos.

Me giré con el ceño fruncido y toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué?

—Llevas diez minutos mirando el campo sin escribir nada, ¿ya no tienes nada que anotar?

Cerré la libreta de golpe y me apoyé mejor en la silla.

—El artículo ya está escrito, solo estoy mirando.

—¿Mirando qué? —levantó una ceja juguetona y a mí me ardieron las mejillas

—Cállate y compórtate.

Inés sonrió con diversión.

—Me encanta verte sufrir.

Bufé desesperada porque en el fondo sabía que todos estos jueguecitos —y lo mucho que me gustaban—, me llevaban a admitir algo que Marina y Álex ya sabían: que Inés me volvía loca, y que sí, teníamos una relación que se basaba en un tira y afloja.

—Y a mí me encantaría que cerrases la boca y te centrases en lo tuyo.

—¿Estás segura de lo que dices? —una de sus ayudantes se nos quedó mirando y tuve que aguantarme las ganas de saltar al césped y decirle unas cuantas cosas mientras la besaba. Pero me contuve e Inés se dio cuenta—. ¿Cenas conmigo?

—¿Esta noche?

—Sí —levantó una ceja y me dedicó una sonrisa ladeada que me hizo imaginar cosas indebidas en ese momento—. A menos que quieras evitar otra resaca como la del fin de semana.

—No soy de emborracharme fácilmente.

—Eso ya lo veremos.

Inés se dio media vuelta y se puso a trabajar. Las jugadoras seguían a lo suyo, el resto del cuerpo técnico también y yo aproveché que no tenía nada mejor que hacer y me marché. No tenía una hora, tampoco un lugar, pero estaba segura que pronto me llegaría un mensaje y cuando me monté en el vagón del metro, y me dejé caer en el asiento con todo el peso del mundo, lo recibí:

Inés:

Hoy iremos a un lugar diferente. Ponte guapa. Más.

Y me hirvió hasta el alma.

25

Esto sí es una cita

21:00 h. Chamberí.

El sitio era pequeño, acogedor, con luces cálidas y un ambiente relajado. El tipo de lugar en el que las conversaciones se sostenían en murmullos tranquilos, donde el tiempo parecía avanzar a otro ritmo y el ruido de la ciudad se quedaba fuera, detrás de la puerta.

No era un bar ruidoso. No era un sitio donde esconderse detrás de una copa ni camuflarse entre el gentío. Era un lugar para estar. Para mirar a la otra persona a los ojos sin distracciones. Para que los silencios se sintieran tan importantes como las palabras. Y eso me puso más nerviosa de lo que quería admitir.

Después de tantas discusiones, tantas visitas a los entrenamientos, tantas ruedas de prensa y jugueteos entre cervezas, Inés y yo teníamos lo más parecido a una cita. Y, joder, yo no sabía cómo manejarme con esto. Era la primera que tenía una en años, sobre todo con una mujer, y estaba más perdida que un pulpo en un garaje.

Inés lo notó, por supuesto que lo hizo, y en un intento por calmarme me tocó la pierna bajo la mesa y me enderecé automáticamente.

—Estás tensa.

—No lo estoy.

Mentía. Y era tan obvio como el movimiento que hice para apartar su mano de mi piel. Me quemaba, me sugería tantas cosas una leve caricia que ella notó mi incomodidad y enseguida arqueó una ceja.

—Pareces un gato a punto de saltar.

Bufé y me crucé de brazos.

—Tal vez porque no sé qué es lo que tú y yo estamos haciendo en un lugar así.

Sí que lo sabía, el problema era que no quería admitirlo. Prefería negarlo por mucho que me gustara. Prefería obviarlo por mucho que me atrapara. Lo quería todo, y a la misma vez me aterraba.

Ella apoyó los codos en la mesa, observándome como lo hacía cada vez que necesitaba estudiarme. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para desmontar esa coraza tras la que me protegía por miedo a tener una relación como la que tuve años atrás y que acabó conmigo convertida en mierda.

—Solo estamos cenando.

Rodé los ojos.

—No me había dado cuenta, ¿sabes? —su sonrisa se amplió—. No hablo del acto, hablo del significado.

—¿Por qué no te relajas un poco y solo disfrutas?

—¿Por qué no me dices exactamente por qué me has traído aquí? —le rebatí como si

estuviéramos en un cruce de ideas en mitad del campo cuando tan solo quedan unos minutos para que el árbitro marque el final.

—Pensé que te gustaría.

Mi estómago se encogió. Inés tenía razón. Me había gustado notar los nervios mientras me decidía por qué ropa ponerme. Me había gustado percibir su gesto de sorpresa cuando aparecí con el vestido que llevaba puesto. Y me había gustado su comentario pasadito de tono mientras que el taxista nos traía hasta aquí.

Respiré hondo y llevé la mirada a mi copa de vino, tratando de encontrar una respuesta que no me delatara por completo. Algo que me permitiera salir airosa sin confesar lo que en realidad estaba sintiendo.

—Hace mucho que no hago esto. Y me suena raro.

—Lo sé.

—Y no sé cómo tomármelo, ni mucho menos cómo reaccionar.

—Lo sé.

Levanté la vista y por primera vez, no vi arrogancia en su expresión. No había ese brillo de desafío que solía encenderse en sus ojos cuando discutíamos. Solo honestidad y eso provocó que me removiera en el asiento.

—No tienes por qué hacerlo bien del tirón —dijo en voz baja—. A veces, solo necesitas querer hacerlo y dejarte llevar.

Mi pecho se apretó. Porque quería. Dios, quería. Y, por primera vez en mucho tiempo, dejé de pelear contra ello.

****

23:30 h.

Cuando llegamos a su apartamento las palabras sobraron. Solo nos miramos, nos entendimos, supimos lo que queríamos y por ello fuimos. Nos buscamos la una a la otra, nos miramos como si fuésemos un trofeo recién ganado y nos besamos. Pero no de una manera impulsiva y desesperada, fue lento, diferente, como si ambas estuviéramos aceptando lo que no queríamos decir en voz alta. Como si después de tanta resistencia, hubiésemos decidido rendirnos al fin.

Mi mano se deslizó por su espalda recorriéndola con la misma calma con la que sus labios exploraban los míos. Sin prisas. Sin urgencia. Como si cada roce, cada caricia, tuviera un significado que iba más allá del simple deseo.

Todo lo que ella me daba era jodidamente perfecto. Sus dedos se hundieron en mi cintura acercándome más y aunque me imaginé de espaldas a ella, con estos metiéndose dentro de mí, no hubo desespero, ni prisas, ni descontrol.

Mi corazón latía como lo hizo aquella mañana que Inés me obligó a correr como una más de su equipo. Se me salía del pecho y supe que lo que me estaba pasando era algo más profundo. Algo que iba más allá del simple deseo.

Controlar las emociones para una mujer que se había pasado la vida huyendo de ellas era

algo casi imposible, pero ahí estaba, resistiendo el vendaval de roces que la lengua de Inés me proporcionaba. Y mientras nos deshacíamos la una en la otra, no dejaba de preguntarme por qué ella, y por qué ahora.

—¿Sigues asustada? —susurró contra mi boca.

—Sí.

Ella cerró los ojos un segundo y sonrió.

—Bien. Yo también, así que no tengas miedo.

Nos quedamos así, con la frente apoyada una contra la otra. Con el corazón desbocado, con la piel erizada por de la emoción. Mi pecho subía y bajaba con un ritmo irregular y supe, sin lugar a dudas, que no importaba cuántas veces me hubiera dicho a mí misma que no quería esto, que no teníamos nada porque lo teníamos, lo quería, la quería y esta vez, no iba a huir.

26

La respuesta que estaba buscando

Jueves. 08:00 h. Apartamento de Inés.

Desperté con la sensación inequívoca de que algo en mi vida había cambiado para siempre. No era la luz pálida que se filtraba entre las cortinas ni el murmullo lejano de la ciudad sacudiéndose el sueño. Tampoco era el tibio aroma a sexo y sueños compartidos que impregnaba las sábanas. Era ella.

El cuerpo de Inés seguía junto al mío, su respiración acompasada se mezclaba con la mía y su pelo negro desordenado, caía sobre la almohada. Su espalda se alzaba y descendía con la cadencia lenta de alguien que aún no había regresado del todo al mundo consciente.

Y yo la miraba intentando procesar lo que esto significaba. Intentando convencerme de que no era solo otro error bien justificado, un instante de debilidad disfrazado de casualidad que nos había arrastrado hasta aquí.

No. Esto era real. Estábamos juntas. Estábamos saliendo.

Joder. Y cuando más pensaba en ello, menos idea tenía de qué hacer con ello. Porque yo no era nada romántica, ni estaba acostumbrada a compartir mi espacio con otra persona. Era muy individualista, pero con Inés era diferente. Todo era diferente y me asustaba.

Suspiré y me moví con cuidado intentando salir de la cama sin despertarla, pero noté su brazo deslizarse con naturalidad sobre mi cintura, reteniéndome con un gesto perezoso.

—¿A dónde crees que vas? —murmuró, con la voz adormilada.

El calor de su aliento sobre mi piel me hizo tensarme un segundo antes de recuperar el control e intenté escaparme.

—A trabajar —murmuré.

Inés suspiró contra mi cuello, arrastrando su cuerpo cálido junto al mío.

—Cinco minutos más.

—Inés...

—Paula, cállate.

Bufé, pero no me moví. Porque, aunque intentaba escaparme de ella, yo tampoco quería levantarme. Parte de mí estaba acostumbrándose a esto y me asustaba caminar por terreno desconocido.

****

10:00 h. Redacción de Zona Fútbol.

Si había algo peor que despertar junto a Inés y sentir que mi mundo estaba cambiando, era tener que fingir que todo seguía igual en la redacción. Álex no dejaba de mirarme, y Marina, ella era la que más me conocía y me interceptó cuando puse un pie dentro.

—No me mientas. ¿Has pasado de nuevo la noche con ella?

Me dejé caer en mi silla y solté un largo suspiro.

—¿Y si digo que no?

—Me reiré en tu cara.

Rodé los ojos y encendí el portátil, intentando aparentar desinterés.

—Pues entonces, te diré la verdad. Sí.

—¡Te dije que terminarías en su cama! —Marina me señaló y sonrió con una expresión que solo podía describirse como absoluta victoria—. Y para colmo, te encanta.

¿A quién no le encantaría Inés? Esa era la pregunta que me hacía. Inés era jodidamente perfecta y en la cama, era tan exigente y perfecta como lo era en el campo. Sabía dónde colocarse, como usar las manos, la lengua y cada curva de su cuerpo. Aunque lo peor —o lo mejor— no era eso, era que conocía el mío como a un rival. Sabía qué hacer para hacerme vibrar, dónde tocar para hacerme gemir, cómo follarme para que acabase queriendo siempre más.

—No te emociones tanto.

—Te das cuenta de que lo tuyo con ella va en serio, ¿verdad? —arqueó las cejas con diversión—. ¿Ya has pensado lo que harás cuando se haga público?

—No me lo recuerdes.

—Paula…

—¡Que te calles! —le grité y me puse los auriculares para no escucharla más.

—Eres un caso perdido.

Y Marina tenía razón.

****

18:30 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Aunque el artículo ya estaba escrito y en edición, yo me había pasado por allí con la excusa de tomar algunas anotaciones más. La verdad era que quería verla. Podía ser una estupidez teniendo en cuenta que hacía horas que me había despedido de ella con un beso magnífico, pero ahí estaba, con la atención puesta en todo lo que hacía.

El entrenamiento había acabado y mientras guardaba mi libreta rellena de garabatos, noté su presencia incluso antes de que estuviera a mi lado.

—¿Tienes un par de minutos?

Inés me rozó el brazo y mi estómago se tensó. A pesar de nuestras pullas, de nuestro tira y afloja, nos habíamos mantenido discretas y la forma en la que me estaba tratando, era de todo menos eso.

—Aquí no, por favor.

—Entonces ven conmigo.

Me hizo un gesto y yo la seguí sin poner resistencia ninguna.

El sonido de la puerta se cerró tras de mí y rompió el silencio de los vestuarios. Inés sabía

que se me complicaba mucho ser el centro de atención, que lo último que me apetecía era convertirme en una noticia de la prensa rosa.

—Si alguien nos llega a ver…

—Aquí la única periodista que viene todos los días, eres tú —respondió tratando de convencerme de que todo estaba bien. Respiré hondo y la miré.

—¿Qué pasa?

Ella se cruzó de brazos, y tras apoyarse contra la pared, puso toda su atención en mí.

—He estado pensando y, no quiero que sigamos escondiéndonos.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Mi cerebro entró en cortocircuito y mi corazón comenzó a latir con tanta rapidez que aquellos vestuarios se convirtieron de pronto en una lata de sardinas.

—¿Estás diciendo que quieres que todo el mundo lo sepa? ¿Qué quieres que nos reconozcan como pareja? ¿Qué quieres que tengamos todas las cámaras pegadas en el culo?

Inés se encogió de hombros, pero su mirada era firme.

—Estoy diciendo que no quiero fingir que esto no es nada.

El pánico subió por mi pecho.

—¿Quieres que lo hagamos público? ¿De verdad?

—Quiero que hagamos lo que nos dé la gana.

Me pasé una mano por el pelo, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Esto es una locura.

—¿Por qué?

—Porque... porque yo soy periodista. Yo soy la que busca el tema y va a por ello, y no quiero ser el tema para escribir de nadie.

Entré en pánico.

—Paula.

La miré a pesar de los nervios y me sujetó de las mejillas.

Su voz sonó diferente. Más baja. Más honesta.

—Piénsalo y cuando creas que ha llegado el momento, lo hacemos.

—Pero…

Mi estómago se encogió porque sabía que Inés hablaba en serio, porque la sola idea de enfrentarme al mundo y decir que éramos novias ponía toda mi vida del revés, y porque, entre toda la confusión, la idea de no esconderme, ya no me aterraba tanto como lo hacía antes.

****

21:00 h. En mi apartamento.

Cuando regresé a casa y me dejé caer en el sofá, lo hice con un nudo en el estómago y el miedo recorriéndome la piel. Todo era demasiado confuso, demasiado real, demasiado todo. Pero si pensaba en Inés, y en mí, solo me imaginaba con ella a mi lado… y eso, bueno, eso quizá era la respuesta que las dos necesitábamos.

27

Jugando en el mismo equipo

Viernes. 10:30 h. Redacción de Zona Fútbol.

El problema de intentar fingir que todo seguía igual era que nadie en esta maldita oficina me lo iba a permitir. Marina, como siempre, era la primera en notar cualquier cambio en mi comportamiento. No había pasado ni un minuto desde que me senté frente a mi ordenador cuando ella se dejó caer en la silla de al lado, sosteniendo su taza de café con una sonrisa ladeada.

Yo no podía evitar tener a Inés en mi mente continuamente. Se había convertido en el centro de todo y en la organizadora del caos que había puesto patas para arriba toda mi vida.

—¿Qué cara es esa? —preguntó sin rodeos, observándome con sus ojos escrutadores.

Intenté parecer indiferente, centrando mi atención en la pantalla.

—No tengo cara de nada.

—Mentirosa —le dio un sorbo a su café y apoyó el codo en el escritorio—. Vamos, suelta lo que sea que estás intentando esconder.

Exhalé despacio, como si así pudiera liberar el nudo que se me había instalado en el pecho desde que me vi con Inés después del entrenamiento. No paraba de darle vueltas a la mirada que me echó cuando me habló, a su falta de insistencia, a su necesidad de darme espacio y dejar todo en mis manos.

—Inés quiere que dejemos de escondernos.

Marina arqueó una ceja, interesada.

—¿Y tú?

Tragué saliva. A mí la idea de ser el centro de atención, de salir en la prensa, de formar parte del papel y la vida de centenar de personas no me gustaba nada. Pero ella sí, y eso me ponía de los nervios.

—No lo sé.

Ella entornó los ojos, como si analizara cada gesto en mi rostro.

—¿Qué no lo sabes?

—Ya sabes que no me gusta que me miren.

Su sonrisa se torció en una expresión divertida.

—No me digas.

Rodé los ojos, sintiendo un ligero calor subiendo por mi cuello.

—No sé cómo voy a llevar la idea de que puedan hablar de nosotras en todas partes —le dije dejando todo lo que estaba haciendo para centrarme en ella—. Inés es famosa, y yo pasaría de ser una periodista deportista más a su…

—Dilo con otras las palabras: a su novia.

La sola frase me erizaba la piel.

—Paula, tienes dos opciones: o te lanzas, o te acojonas y la dejas pasar.

Yo no quería que eso sucediera, no quería perderla y no podía dejar que eso pasara.

****

16:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Fui al entrenamiento con una sola idea en mente: hablar con Inés. Después de mi conversación con Marina me había quedado una cosa clara. No quería que esto pasara de largo, quería que las cosas con Inés fueran bien, que dejásemos de pensar en todo el mundo y nos centrásemos solo en nosotras. Pero para mi mala suerte, cuando llegué, estaba en la banda hablando con parte de sus futbolistas.

Yo decidí quedarme a la espera, no interrumpir su reunión y cuando puso su atención en mí, me sonrió con esa sonrisa que hacía que quisiera besarla y matarla al mismo tiempo.

—¿Qué haces ahí parada?

Respiré y caminé hacia ella. El viento le removía algunos mechones de pelo y su mirada, reflejaba esa mezcla de seguridad y pasión que conocía bien. Inés sabía, desde nuestra conversación, que había estado dándole vueltas al tema y me estaba esperando.

—Tenemos que hablar.

—Eso ya lo sé.

—Pues escúchame y no me interrumpas —le advertí—. Porque o lo digo así, o no lo diré nunca.

Cruzó los brazos sobre su pecho y yo metí las manos en mi pantalón. Tenía la boca seca, pero ya no había marcha atrás, había tomado una decisión e iba a ir a por todo.

—Quiero que lo hagamos.

El silencio que siguió me pareció eterno. El murmullo de las jugadoras terminando el entrenamiento se difuminó en el fondo. Y entonces, Inés sonrió. No con su sonrisa burlona ni la de reto. Una sonrisa sincera, tranquila.

—¿De verdad?

—De verdad —confirmé.

—¿Estás segura?

—Si sigues preguntándomelo, es posible que no.

Se echó a reír.

—Tenía miedo de que salieras corriendo.

Bufé, sin saber si quería reírme o estrangularla.

—Eres insoportable.

—Y tú tardas demasiado en aceptar que esto es lo que siempre has querido.

Nos miramos por un instante, un instante en el que el mundo entero pareció reducirse a

nosotras dos. Y entonces, sin pensarlo demasiado, la besé. No me importó que estuviéramos en su campo de entrenamiento. No me importó quién pudiera vernos. Ya no tenía miedo, y joder, estaba cansada de pretender que no teníamos nada.

****

21:00 h. En su apartamento.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz tenue de la lamparita de la mesita de noche. Inés estaba recostada contra el cabecero, con el pelo suelto y desordenado y una expresión relajada, observándome con esa intensidad que hacía que me temblaran las piernas.

—Sabes qué significa esto, ¿verdad? —preguntó con voz suave.

Me acurruqué a su lado y la rodeé con uno de mis brazos notando el calor de su cuerpo contra el mío.

—Que cabe la posibilidad de que, en unos días, formemos parte de una revista de cotilleos —Inés se rio.

—No, pero eso también.

—¿Entonces?

—Que ya no tienes excusas para salir corriendo.

Sonreí, apoyando la barbilla en su hombro.

—No las necesito.

Inés arqueó una ceja, divertida.

—¿Ni siquiera una última?

Me incorporé un poco y la miré directamente a los ojos. Sabía que la idea de convertirme en un cotilleo en los labios de las personas no me gustaba, que podría buscar cualquier excusa para romper con todo, un motivo para dar marcha atrás. Pero también sabía que no quería hacerlo y que me quería quedar.

Me acerqué y, con una sonrisa en los labios, susurré:

—Ni siquiera una última.

Vi cómo su gesto cambiaba lentamente, cómo sus ojos adquirían un brillo cálido y cómo su respiración se volvió más profunda. Y entonces, sin prisa, sin dudas, me besó. Me regaló un beso distinto. Un beso sin barreras, sin miedo. Un beso que sellaba, de una vez por todas, que esta vez, las dos estábamos jugando en el mismo equipo.

28

Cuando el juego ya no es solo nuestro

Domingo. 10:00 h. Apartamento de Paula.

Si alguien me hubiera dicho hace meses que despertaría con Inés Martín en mi cama y sin ganas de salir corriendo, me habría reído en su cara. Habría dicho que eso era imposible, que mi instinto de huida era más fuerte que cualquier otra cosa. Pero aquí estaba.

El sol filtraba sus primeros rayos a través de las cortinas, proyectando un resplandor cálido sobre la habitación. La ropa seguía desperdigada por el suelo, testigo silencioso de la noche anterior, y el aroma de su piel seguía impregnado en mis sábanas. Su brazo descansaba sobre mi cintura, como si siempre hubiera estado ahí, como si ese fuera su lugar natural.

No sentí la necesidad de analizarlo todo. No había preguntas. No había dudas. Solo el hecho de que esto estaba pasando y de que, joder… me gustaba.

Me moví ligeramente, intentando deslizarme fuera de la cama sin despertarla, pero Inés gruñó en su semiinconsciencia y me atrapó contra su cuerpo con un movimiento perezoso pero efectivo.

—No.

—Sí —respondí en un susurro.

—Cinco minutos más.

Sonreí, incapaz de resistirme a esa faceta suya, a esa mezcla de terquedad y ternura que me hacía querer ceder sin pensarlo.

—Llevas diciendo cinco minutos más desde hace veinte.

—No es mi culpa que te guste dejarme dormir aquí.

Bufé, fingiendo molestia, pero no me moví porque, muy en el fondo, ella tenía razón y porque, por primera vez, no tenía prisa por escapar.

****

12:30 h.

El murmullo del café repleto era el telón de fondo de la conversación más incómoda del mes. Quedar con Marina y Álex para comer un brunch se había convertido en un habitual y ahora que Inés y yo estamos saliendo en serio, tenía que contárselo.

—No estás gastándonos una broma, ¿verdad?

Marina estaba sentada frente a mí con los ojos entrecerrados, con su tenedor suspendido en el aire con un pedazo de tortita temblando en el extremo. Álex, a su lado, tenía una sonrisa que no me gustaba nada. Demasiado satisfecha. Demasiado sabiondo. Como si hubiese ganado la apuesta que lo hacía ganador de un millón de euros.

—¿En serio me ves con cara de bromear con este tema? —suspiré, sabiendo exactamente hacia dónde iba esto.

—O sea, ¿qué es oficial? —preguntó Marina con incredulidad.

—Que sí, joder, ¿qué necesitas la firma de un contrato o qué? —reconocí con resignación.

Ella dejó el tenedor en el plato con un gesto dramático y Álex soltó una carcajada que llamó la atención de varias personas a nuestro alrededor.

—¿Y cómo es que aún no lo hemos celebrado?

Fruncí el ceño.

—¿Celebrar qué?

Álex rodó los ojos y apoyó los codos en la mesa, con expresión de superioridad.

—Que, después de años de tensión sexual y odio no resuelto, finalmente has aceptado que estás enamorada de ella.

Mi mandíbula se tensó de inmediato.

—No he dicho que esté enamorada —lo señalé con el tenedor.

Marina y Álex intercambiaron una mirada de complicidad, como dos cazadores que saben que su presa está acorralada.

—Claro —dijo Marina, llevándose el café a los labios con una sonrisita.

—No, en serio —dije, sintiendo un calor incómodo subir por mi cuello.

—Sí, sí. Lo que tú digas, Paula —respondió Álex con falsa indiferencia.

Suspiré y le di un sorbo a mi café. Sabía que no iba a ganar esta conversación y aunque no lo acepté frente a ellos, no estaban equivocados.

****

17:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Si la mañana había sido un desastre, la tarde prometía ser peor. El estadio vibraba con la anticipación de un partido importante. Desde la tribuna de prensa, intenté concentrarme en mi trabajo. Tomé algunas notas. Observé el campo en toda su extensión. Analicé la estrategia de los dos equipos, pero cada vez que mi mirada se desviaba hacia la banda, donde Inés se movía con su inconfundible mezcla de determinación y pasión, el resto se desdibujaba.

La forma en que daba indicaciones con autoridad, la intensidad con la que vivía cada minuto del partido, la manera en que, cada cierto tiempo, su mirada se desviaba hacia donde yo estaba sentada y me sonreía. Verla trabajar era un placer para los ojos, una exquisitez que durante años transformé disfracé con odio y resquemor. Inés me volvía loca, me sacaba de quicio, me ponía de los nervios y más caliente que un volcán en erupción.

Y ahora que salíamos, que éramos… Joder, estar con ella y no tocarla, no besarla, iba a ser más difícil de lo que pensaba.

****

20:30 h.

El Atlético de Madrid B ganó 2-0 y entre celebración y celebración, en lo único que podía

pensar, era en cómo demonios iba a manejar la rueda de prensa de después.

Caminaba de un lado a otro, me movía por el pasillo que daba a la sala como si fuese un león enjaulado, con la libreta estrujada en una mano y la cabeza repleta de preguntas que no tenían lógica alguna.

Mis compañeros me miraban a la espera de escuchar lo que me saliera por la boca, pero una vez que empezó, me quedé como una estatua en un rincón sin mediar palabra. Escuché susurros, algunos de ellos me señalaron con una mano y me preguntaron qué era lo que me pasaba, pero no puse atención alguna en ello.

Cuando terminó e Inés y yo nos cruzamos en el pasillo, ya no había nadie que pudiera interrumpirnos.

—¿Cómo viste el partido? —preguntó Inés, deteniéndose frente a mí.

Me crucé de brazos, obligándome a mantener la compostura. Aunque verla con esa camisa blanca entallada en su cintura y esos pantalones negros ajustados a su cadera, no me ayudaba nada.

—Sólidas en defensa, pero aún les cuesta proteger el mediocampo.

—¿Hablas del equipo o de nosotras?

Se me escapó una risa y a Inés le encantó.

—Ojalá fuese tan fácil.

Inés suspiró y se pasó una mano por el pelo, llevándoselo hacia un hombro.

—Lo sé.

Hubo un silencio cómodo que duró unos segundos, y al final, ella habló.

—Paula, creo que deberíamos hablar con los medios antes de que esto salga a la luz de repente y nos convirtamos en una noticia de portada —dijo llamando mi atención.

Mi respiración se volvió más pesada, y me llevé una mano al cuello incómoda.

—Lo sé. Y tienes razón.

—No digo que tengamos que hacerlo ahora.

—Pero tampoco podemos tomarlo a la ligera. Hay cámaras en todas partes y después del beso que nos dimos en el entrenamiento, bueno...

Nos sostuvimos la mirada un segundo más y supe, sin lugar a dudas, que estábamos en un punto sin retorno. El secreto ya no era solo nuestro porque, tarde o temprano, el mundo iba a enterarse. La única pregunta era: ¿estábamos listas para enfrentarnos a eso?

****

22:00 h. Apartamento de Inés.

El aire de nuestro alrededor estaba cargado de algo que no sabía cómo definir. No era tensión, tampoco dudas, pero tampoco estábamos tranquilas. Estábamos a punto de hacer algo demasiado grande, decírselo a todo el mundo, y una vez que eso pasara, lo que hasta entonces había sido solo nuestro… iba a ser compartido por todos los medios.

Me senté en su sofá con un puñado de cacahuetes y suspiré.

—Sabes que si esto sale a la luz…

—Si sale a la luz, lo manejaremos —Inés se dejó caer a mi lado y me sujetó de la mano con suavidad. Yo no aparté la mía—. No va a ser fácil, pero lo haremos.

—La sola idea de verme en una revista. Joder… —suspiré—. Soy periodista, ¿tú sabes lo que es pasar de la grabadora al papel?

—¿Tú sabes lo que es pasar de ser entrenadora, a tu novia?

Inés lo dijo de una manera que me hizo temblar el corazón.

—Las cosas no son fáciles.

—Nada entre nosotras lo ha sido.

Sonreí con suavidad.

—Tienes razón.

Nos quedamos en silencio un rato más, con nuestras manos entrelazadas sin prisa. Yo comiendo cacahuetes, ella robándome algunos. Y entonces su móvil vibró sobre la mesa. Un mensaje iluminó la pantalla. Mi mirada se desvió hacia él por inercia y estómago se encogió porque ahí estaba, un titular bastante llamativo en una notificación de Twitter.

"INÉS MARTIN CAPTADA EN ACTITUD DEMASIADO CERCANA CON LA PERIODISTA PAULA FERRER, ¿ROMANCE EN EL FÚTBOL FEMENINO?

El aire comenzó a faltarme. Me levanté corriendo en busca de algo de aire y mientras que respiraba, ella sujetó el móvil y leyó en silencio. Supe sin necesidad de palabras, que el momento que habíamos estado evitando había llegado más rápido de lo que pensábamos. Ya no se trataba de cuándo. Ya no se trataba de si estábamos preparadas. Porque el mundo ya lo sabía y no tardaríamos en ver las consecuencias de dejarnos llevar y arrastrar por el maldito amor que sentíamos.

29

De las ruedas de prensa, a la primera plana

Lunes. 09:00 h. Redacción de Zona Fútbol.

Supe que el día iba a ser un infierno en cuanto crucé la puerta de la oficina y todos dejaron de hablar de repente. Antes de que la noticia de mi relación con Inés saliera a la luz, ya pasaba sin pena ni gloria, era una más, alguien en quien fijarse y señalar solo cuando se propasaba con una entrevista o una palabra más alta que otra.

Usé las gafas de sol que llevaba de diadema para cubrirme los ojos y avancé hasta mi escritorio como si no supiera exactamente por qué me miraban. No tenía que esconderme de nada, debía estar orgullosa, debía mostrarme feliz y eso era lo que tocaba ahora. Pero antes de que pudiera llegar a mi escritorio, Marian apareció de la nada y arrastró hasta la sala de reuniones.

—¿Se puede saber qué coño está pasando?

Parpadeé confundida. No sabía de lo que hablaba. Bueno, sí, sí que lo sabía. Yo también había leído el titular de Twitter, pero no era para hacer tantos escándalos.

—¿De qué hablas?

Marina bufó y sacó su móvil. Movió sus dedos por la pantalla y me puso delante de la cara otro maldito titular, esta vez, mucho más enrevesado que el anterior:

"INÉS MARTÍN, LA ENTRENADORA DE MODA,
Y PAULA FERRER. ¿SERÁ QUE SE HAN REÍDO
EN NUESTRA CARA?"

Mi estómago se encogió y quise vomitar lo poco que me quedaba de desayuno en el estómago. Junto al titular y la parrafada que lo acompañaba, había un cúmulo de más de seis imágenes de nosotras. Algunas durante los entrenamientos, otras en las ruedas de prensa. Miradas. Gestos. Inés y yo pasamos cinco años de continua rivalidad, y de pronto, aquí estábamos.

—Joder…

—Exacto.

La última foto, la más privada, era en el portal del edificio donde estaba su apartamento. Era de noche, yo estaba riéndome de algo, Inés tenía una mano en mi espalda y había algo en la forma en la que nos mirábamos que lo hacía todo obvio.

Marina cruzó los brazos y se sentó en una mesa.

—¿Entonces?

—Entonces nada, lo hecho, hecho está.

Ella me miró con incredulidad.

—¿No piensas hacer nada?

—¿Nada como qué?

—No lo sé. Cuanto más calladas estéis, peor será.

Mi mente iba a mil por hora. Si comentaba algo al respecto, confirmaba la especulación. Si lo negaba, iba a ser aún peor. Así que saqué mi teléfono y escribí un mensaje:

Yo:

Tenemos un problema muy gordo. Están especulando con nosotras.

Inés:

Ya lo he visto. ¿En mi apartamento? Un día de estos me saldrá un paparazi del cajón de las bragas.

Yo:

Empiezo a pensar que deberíamos hablar con alguien para que hagan un reportaje más amplio y nos dejen en paz.

Tardó más de cinco segundos en responder.

Inés:

Espero que con eso sea suficiente.

Mi pulso se aceleró. y supe, en ese momento, que ya no había vuelta atrás.

****

12:30 h. Declaraciones y decisiones.

El problema de salir con alguien que trabaja en el mismo mundo que tú es que las noticias corren como la pólvora. A las tres horas de la filtración de las fotografías, ya había programas televisivos hablando de nuestro "romance". La cuestión era que lo nuestro no tenía nada que ver con eso, que no era flechazo de esos cursis, que no tenía nada que ver con las películas que echaban por la televisión en pleno San Valentín.

Mi relación con Inés había sido odiosamente insufrible, pero ahora, era terriblemente perfecta y no iba a permitir que nadie la tratara como un chisme de colegio de críos. Ya teníamos una edad, no estábamos para tonterías y si iba a tener que decirle al mundo entero que estaba enamorada, lo haría sin importar el qué.

A las cuatro horas, mi jefe me llamó a su despacho y me tensé.

—Paula, ¿debería preocuparme por lo que se está rumoreando de ti y de Inés? —me preguntó sin moverse de su asiento.

—Llevo más de dos años trabajando en esta redacción, y no ha tenido problema conmigo en ningún momento. Así que no.

Él entrecerró los ojos.

—No me mire así. Yo también estoy sorprendida por lo que está pasando.

—El amor cuando llega, nos destroza —me aseguró con una certeza que me tomó de improvisto—. No dejes que nada ni nadie estropee lo que sea que tengáis.

—No se preocupe. Lo único que pienso hacer, es cerrar bocas.

—¿Vale la pena el esfuerzo?

Mi pecho se encogió porque sabía la respuesta.

—Sí.

Él asintió lentamente.

—Bien. Entonces, prepárate. Porque ser periodista es una cosa, pero ser el artículo es otra cosa —dijo—. Si no, díselo a tu novia, y que ella te diga cómo se siente.

—Lo haré. Y gracias.

****

15:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Fui hasta el campo de entrenamiento con el pulso acelerado y cada latido clavándose en mis sienes. Marina hizo lo que le pedí y los medios ya estaban allí, esperando las declaraciones de Inés, y también las mías. Ella estaba junto a su equipo, con esa seguridad de siempre, como si esto no la afectara en lo más mínimo. Su gesto era tan serio que a mí se me erizó la piel. De ser yo uno de los periodistas, estaría temblando.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que estaba esperando mi llegada y yo no iba a salir corriendo. No esta vez. Así que caminé con ella sin dudar.

—Ya estás aquí. Por fin.

—¿Pensabas que iba a salir corriendo? —levanté una ceja.

—Cállate y vamos.

Sonreí y lo hice mientras le sujetaba de la mano y tiraba de ella. Porque por primera vez en mucho tiempo, desde que la besé aquella primera vez, la segura era yo.

Respiré hondo. No importó el murmullo de los periodistas. Tampoco las fotos. No importó nada porque, en ese momento, solo existimos nosotras.

30

Jugando a cara descubierta

Martes. 08:00 h. Apartamento de Inés.

Si el día anterior había sido un caos, hoy prometía ser peor. Desperté antes que Inés, pero esta vez no intenté huir de la cama. No tenía sentido hacerlo. No cuando todo el mundo sabía ya la verdad. No cuando la sensación de su cuerpo cálido y relajado junto al mío me envolvía con una calma que nunca antes había experimentado.

Me giré ligeramente, apoyando la cabeza en mi brazo para observarla dormir. Su respiración era tranquila, acompasada, ajena a todo el ruido exterior que ahora giraba en torno a nosotras. Su cabello oscuro caía revuelto sobre la almohada, un par de mechones cubrían su frente y sus labios estaban entreabiertos, relajados en un sueño sin preocupaciones. Se veía tan serena, tan en paz, que por un momento olvidé el torbellino de mensajes, llamadas y artículos que seguramente nos esperaban al otro lado de la puerta.

Pero no tuve demasiado tiempo para perderme en ella.

Sin abrir los ojos, Inés murmuró con voz ronca y adormilada:

—Deja de mirarme.

Mi corazón tropezó en mi pecho, pero logré recuperar la compostura lo suficiente para responder con fingida inocencia.

—No te estaba mirando.

—Mentirosa.

Su sonrisa perezosa se dibujó lentamente en sus labios antes de que se estirara un poco, deslizándose más cerca de mí bajo las sábanas.

Por primera vez, no tuve que fingir nada. No tuve que ocultar lo que sentía, ni disfrazarlo con excusas o barreras. Solo sonreí de vuelta, aceptando que, después de tanto tiempo, me había enamorado de ella.

****

13:00 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

El entrenamiento ya había comenzado cuando llegué a la ciudad deportiva, pero eso no impidió que varias personas pusieran toda su atención en mí.

Inés se encontraba de pie en el centro del campo, con los brazos cruzados y esa expresión de seriedad que me pareció más dulce de lo normal. Algunas jugadoras parecían más interesadas en lo que yo hacía que en las instrucciones que les estaba dando su entrenadora; algunas sonreían y me guiñaban el ojo, e incluso escuché algún “ya era hora” o “felicidades” que solo logró que me arrepintiera de haber venido.

Cuando ella se giró y me vio caminando en su dirección, me sonrió un poco más y la odié por ello. Estaba claro que todos en el equipo lo sabían, y que ella estaba esperando un momento como este para divertirse a mi consta.

—¿Te lo estás pasando bien, verdad? —dije cruzándome de brazos.

—Por supuesto que sí.

Inés no ser cortó en nada. Se acercó a mí, rodeó mi cintura entre sus brazos y me atrajo a ella con la misma fuerza con la que decía sus indicaciones. Me subió el calor por el cuello y de pronto, entre silbidos y gritos, me besó.

No supe qué hacer, ni cómo actuar, así que solo me dejé llevar.

****

17:00 h.

Después de comer con Inés en uno de sus bares preferidos, decidí hacer lo que llevaba semanas ignorando: concederles una entrevista a los medios. Jaime, mi jefe en Zona Fútbol, me había pedido la exclusiva sobre "el tema del momento", así que acepté. No le conté nada a Inés porque quería que fuese una sorpresa. Y vaya que si lo sería. Yo, Paula Ferrer, colocándome frente a una cámara. Parecía de chiste.

Les pedí a mis compañeros que fuera algo sencillo, sin mucha floritura y siempre, con ese aire deportivo que me gustaba. Estar frente a los focos, con un micrófono cerca de mí era como vivir un sueño del revés, pero intenté que no se me notara.

Clara, una periodista deportiva, y amiga, me sonrió y todo se dio de maravilla. Hablamos de mi carrera como periodista, de la carrera de Inés como entradora, y cuando llegó el momento de la pregunta que todo el mundo esperaba, contuve el aire:

—Paula, iré directa al grano. ¿Es cierto que tú y la entrenadora Inés Martín estáis juntas?

Pensé en Inés, en su sonrisa, en la forma en la que pasó, en la manera en la que nos habíamos retado la una a la otra durante años, en esas sesiones de pullas continuadas, en la risa de mis compañeros cada vez que era yo la que la descolocaba en una rueda de presa. Pensé en cómo me hacía sentir, en cómo había luchado contra esto durante todo este tiempo. Y sonreí.

—Para sorpresa de los que más nos conocen, sí —dije con una seguridad que no había sentido en mi vida.

—¿Y desde cuándo? Si lo puedo preguntar —añadió mi compañera—. Estoy segura que todos querrán saberlo.

Me permití sonreír un poco y soltar una pequeña risa.

—Desde hace bastante tiempo. Solo que no lo sabíamos.

Las siguientes preguntas fueron sobre cómo afectaría a mi trabajo diario, sobre si cambiaría la manera en que cubría el fútbol femenino. Respondí con seguridad, con sinceridad, porque no tenía nada que ocultar y porque, al final, se sentía increíble poder hablar de todo sin miedo.

****

21:00 h. En su apartamento.

—Sigo sin creer que hayas concedido una entrevista para hablar de nosotras —comentó Inés, apoyada en la encimera de la cocina con una cerveza en la mano y esa expresión que me

ponía de los nervios—. ¿Dónde ha quedado la Paula que esperaba a la última para lanzarme una de sus pullas?

Suspiré y me llevé un par de papas fritas a la boca.

—Sigue aquí. Pero pensé que no tenía sentido no hablar cuando está todo tan claro.

—La verdad es que sí…

—¿No te molesta, verdad?

Inés dejó la cerveza a un lado y caminó hasta mí, sujetándome por la cintura y apoyando su mentón en mi hombro.

—Paula, llevo semanas esperando a que lo digas en voz alta —me dijo en el oído.

Nos quedamos en silencio, con el corazón la tiendo a toda prisa, con nuestros labios formando una sonrisa inevitable.

Supe ahí que estábamos listas para todo. Lo nuestro ya no era un secreto, ni algo imaginario que me quitaba el sueño, era real y por fin, después de tanto tiempo, estábamos jugando a cara descubierta sin miedo a que alguien nos viera.

31

Cuando dejar de esconderse es el primer paso

Miércoles. 08:00 h. Apartamento de Paula.

Desperté con la sensación de que todo había cambiado. La luz matinal entraba tímida y suave por la ventana, filtrándose a través de las cortinas con la misma suavidad de siempre. Afuera, la ciudad comenzaba su rutina: coches acelerando en la distancia, pasos apresurados en la acera, el murmullo incesante de Madrid despertando a un nuevo día. Todo parecía igual. Pero nada lo era.

Me giré sobre la almohada, sin prisa, y la vi. Inés seguía dormida, su respiración era tranquila, acompasada, como si el mundo exterior no pudiera tocarla. Joder… me gustaba verla así. Ya no era solo la mujer con la que discutía en ruedas de prensa, ni mi eterna adversaria en el fútbol femenino. Ya no era solo una rival que me sacaba de quicio con su prepotencia y su forma de desafiarme en cada encuentro.

Era la persona con la que quería despertarme todos los días.

Y esa verdad me aterrorizaba y me emocionaba a partes iguales.

Respiré hondo tratando de calmar el revoltijo de emociones que me provocaba. No podía quedarme aquí mirándola como una idiota todo el día. Tenía que levantarme, hacer café, enfrentarme a un nuevo día. Pero antes de que pudiera moverme, su voz rasposa, aún adormilada, me detuvo.

—¿Siempre vas a mirarme así cuando te despiertes?

Rodé los ojos, aunque no pude evitar sonreír.

—No me hagas arrepentirme de esto tan pronto.

Inés sonrió sin abrir los ojos, con esa expresión de suficiencia que me volvía loca.

—Demasiado tarde. Ya estás en esto conmigo.

Y, joder… tenía razón.

****

10:30 h. Redacción de Zona Fútbol.

Si pensaba que el furor mediático iba a desaparecer de la noche a la mañana, estaba equivocada. En cuanto crucé la puerta de la oficina, todas las conversaciones se detuvieron por un segundo, como si alguien hubiera apretado el botón de pausa en una película. Luego, en cuanto pasé de largo, los murmullos resurgieron, quedándose flotando en el aire como un eco persistente.

Algunos me miraban con curiosidad, otros con diversión mal disimulada. Y, por supuesto, Marina tenía una sonrisa de "te lo dije" que no auguraba nada bueno.

No tardó ni diez segundos en aparecer a mi lado, dejándose caer en la silla frente a mí con los brazos cruzados y esa mirada que decía que había estado esperando este momento con ansias.

—¿Cómo se siente ser el tema de conversación del fútbol femenino en España?

Bufé, apoyándome en el respaldo de mi silla.

—No estoy de humor.

—Oh, vamos, Paula. Acepta tu destino. Eres parte de un fenómeno.

Fruncí el ceño.

—No somos un fenómeno.

Marina sacó su móvil, deslizando el dedo por la pantalla con evidente entusiasmo antes de girarlo hacia mí.

—Díselo a los 30.000 tweets que hablan de ti y de Inés ahora mismo. Creo que hablan más de vosotras que de Mapi León e Ingrid Engen.

Mi estómago se encogió mientras leía lo que decían y en efecto, era real. Todos giraban en torno a la misma idea: *el shippeo de la rivalidad.*

—Dios… —murmuré, pasándome una mano por la cara.

Marina se echó a reír con evidente satisfacción.

—Te han convertido en una historia de amor de las buenas.

Negué con la cabeza, todavía aturdida.

—La gente necesita un hobby.

—Bueno, ahora su hobby eres tú.

Suspiré y apoyé la frente en la mesa, preguntándome cómo demonios iba a solucionar esto.

****

14:00 h.

El restaurante era pequeño, acogedor, con un ambiente lo suficientemente tranquilo como para darnos un respiro del caos mediático. Era la primera vez que salíamos a comer sin preocuparnos por si alguien nos veía, sin escondernos, sin tener que estar pendientes de cada movimiento, y se sentía extrañamente bien.

Pedimos sin prisa, y por un momento, casi parecía un día normal. Pero cuando levanté la mirada, me encontré con los ojos de Inés fijos en mí, mirándome con una expresión que no supe descifrar del todo, como si estuviera guardándose algo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué ocurre?

Su sonrisa fue lenta, como si estuviera disfrutando del momento.

—Me gusta verte así.

Parpadeé, desconcertada.

—¿Así cómo?

—Relajada.

Bufé llevándome la copa de agua a los labios.

—No estoy relajada. Estoy al borde del colapso nervioso.

Inés rio, inclinándose un poco sobre la mesa.

—Pues no lo parece.

Jugueteé con la servilleta, sin atreverme a mirarla demasiado tiempo. Porque, joder, cuando me miraba así, con tanta intensidad, sentía que podía leerme con demasiada facilidad.

—¿Cómo lo llevas tú? —pregunté, desviando la atención.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí —dijo con simpleza—. Me gusta poder vivir mi relación contigo como una persona mal. Sin escondernos, sin temer lo que puedan decir mañana.

—¿Aunque sean más de 30.000 twits hablando de nosotras?

—Aunque lleguen a 100.000.

Apreté los labios, sintiendo una punzada de culpa. Sabía que para Inés había sido más fácil aceptar esto, mientras que yo había necesitado tiempo, excusas y toda una maraña de miedos antes de atreverme a dar el paso. Pero ya no quería seguir con reservas.

Así que, sin pensarlo demasiado, sujeté su mano sobre la mesa. No importó que hubiera gente alrededor, ni que alguien pudiera reconocernos.

****

18:30 h. Ciudad Deportiva del Atlético de Madrid.

Llevaba menos de una hora en la grada cuando noté que alguien se dejaba caer en la silla de al lado. Cuando giré la cabeza, esperaba que fuese Inés, pero me encontré con Marta, lateral izquierda del equipo, veintitrés años y sarcástica como ella sola.

No pude obviar su sonrisita divertida y mucho menos ese brillo juguetón en sus ojos.

—Bueno, ¿nos vas a contar cómo es ser la novia de la entrenadora? —dijo y le pegó un sorbo a su botella de agua. Yo busqué a Inés con la mirada y la encontré en el banquillo hablando con parte de su cuerpo técnico mientras que les daba un poco de descanso a sus jugadoras—. Porque en el campo es toda una sargento.

Pestañeé.

—¿Perdona?

—Vamos. Todo el equipo quiere saberlo.

Me froté la sien con una mezcla de resignación y horror.

—¿No tenéis otra cosa que hacer que especular sobre nosotras?

Marta se encogió de hombros.

—Tranquila. Que no se lo vamos a decir. Nos encanta que estéis juntas.

—¿Nos?

—Sí. Algunas teníamos apuestas sobre si lo vuestro llegaría a algo o no —dijo con ese aire juguetón.

Solté una carcajada incrédula.

—Qué cabronas. Dime que al menos apostó alguien a que sí.

—¿Tú qué crees? Nos gusta ver a la entrenadora feliz.

Bajé la mirada al campo, donde Inés estaba absorta en su trabajo. Ella era feliz, y yo, sin lugar a duras, también lo era.

32

Cuando el futuro ya no da miedo

Sábado. 08:30 h. Apartamento de Inés.

El sonido del agua corriendo en la ducha fue lo primero que escuché al despertar. Tardé un par de segundos en recordar dónde estaba, pero en cuanto sentí la calidez de las sábanas y el leve aroma a café que flotaba en el aire, sonreí.

Inés.

Nosotras.

El hecho de que ya no había nada que esconder.

Me estiré en la cama, sintiendo una calma inusual instalándose en mi pecho. Durante tanto tiempo había vivido con la sensación de que algo podía romperse en cualquier momento, como si la felicidad fuera un equilibrio precario que no debía durar demasiado. Pero ahora… ahora no sentía eso. Por primera vez, no estaba esperando que algo saliera mal.

La puerta del baño se abrió y la vi aparecer con una toalla envuelta en el pelo y otra alrededor del cuerpo. Su piel aún estaba húmeda por el vapor, y la forma en que la tela se aferraba a su figura hizo que me mordiera el interior de la mejilla. No era justo que alguien pudiera verse tan bien a estas horas.

—Buenos días —saludó con una sonrisa fácil, de esas que me desarmaban sin esfuerzo.

—Demasiado temprano para que estés de tan buen humor —dije, con la voz aún cargada de sueño.

Se acercó a la cama y, sin previo aviso, se inclinó para besarme la frente. Su piel estaba cálida por la ducha y el roce duró apenas un segundo, pero fue suficiente para encender algo en mi estómago.

—Siempre soy así —dijo con naturalidad antes de darse la vuelta y caminar hacia la cocina.

Rodé los ojos y resoplé.

—Mentirosa.

Ella soltó una risa suave y siguió su camino sin molestarse en desmentirme.

La observé mientras se alejaba, con una idea dándome vueltas en la cabeza. Hasta ahora, siempre había vivido el presente con la seguridad de que el futuro era incierto, como si hacer planes fuera una trampa que solo llevaría a la decepción. Pero con ella…

Con ella quería más. Con ella quería pensar en lo que pasaría porque, por primera vez en mi vida, quería compartirlo con alguien. Y ese alguien era Inés.

****

12:00 h. Mercado de San Miguel.

Nos habíamos prometido un día normal. Nada de fútbol. Nada de entrevistas. Nada de

preocuparnos por lo que dirían los demás. Solo nosotras.

Pasar tiempo con Inés sin discutir sobre táctica, sin analizar rivales, sin competir… simplemente estando. Caminábamos entre los puestos del mercado, riéndonos por alguna tontería, compartiendo tapas y probando vinos como si fuera lo más normal del mundo. Y quizás lo era. Quizás esto —nosotras, sin filtros, sin barreras— podía ser normal.

Inés me miró por encima de su copa y arqueó una ceja.

—Estás callada.

Jugueteé con la servilleta entre los dedos antes de responder.

—Estoy pensando.

Ella apoyó el codo en la mesa y ladeó la cabeza.

—¿En qué?

Levanté la vista y encontré la suya.

—En lo que nos espera en el futuro.

Por un instante, su expresión cambió. No fue miedo, ni incomodidad, solo… sorpresa.

—¿Qué pasa con el futuro? —preguntó con calma, como si eligiera cada palabra con cuidado.

Sujeté mi copa y giré el tallo entre los dedos antes de responder.

—Que, por primera vez, me interesa.

La vi inclinarse ligeramente hacia mí, con su atención enfocada por completo en mis palabras.

—¿Y qué ves?

El corazón me dio un vuelco. La respuesta era tan clara que me asustaba decirla en voz alta. Pero, al mismo tiempo, no quería seguir guardándola. Tragué saliva y dejé la copa sobre la mesa.

—Te veo a ti.

La sonrisa que apareció en sus labios fue lenta, segura.

—Bien —dijo sin apartar la mirada de la mía—, porque yo también te veo a ti.

Y en ese momento lo supe: esto no era solo el ahora. No era solo el presente. El futuro también era nuestro.

****

22:30 h.

Nos dejamos caer en el sofá de mi apartamento después de un día largo. Inés apoyó la cabeza en mi hombro y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Ha sido un buen día.

—Sí —dije, recostando mi mejilla sobre su pelo.

El silencio se instaló entre nosotras de forma cómoda, como si nuestras presencias fueran suficiente conversación. Pero entonces, sin moverse de mi lado, Inés soltó algo que me dejó sin aire.

—¿Quieres que hagamos un viaje juntas?

Me tensé levemente.

—¿Un viaje?

—Sí. Unos días. Escaparnos de todo esto.

Mi primer instinto fue analizarlo, buscarle ángulos, implicaciones, significados ocultos. Pero la realidad era mucho más simple: era un paso más, y la idea me encantaba.

Me enderecé un poco y la miré de frente.

—Sí.

Ella levantó la cabeza, visiblemente sorprendida.

—¿Sí? ¿Te apetece?

Sonreí, disfrutando la seguridad con la que respondía.

—Sí. Vamos.

Por un segundo, Inés solo me miró. Y luego sonrió. Esa sonrisa suya que siempre me desarmaba, esa que solo aparecía cuando estaba realmente feliz.

—Te va a gustar esto de hacer planes conmigo —aseguró con firmeza.

Ella tenía razón, porque el futuro y compartirlo con ella, ya no daba miedo.

33

Un lugar solo para nosotras

Jueves. 06:00 h. Estación de Atocha.

Si alguien me hubiera dicho hace un año que estaría con una mochila al hombro y la mano de Inés entrelazada con la mía, esperando un tren que nos llevaría lejos de Madrid, me habría reído en su cara. Pero allí estaba, y no porque quisiera escapar, no porque tuviese dudas de nada, sino porque por primera vez quería hacer algo más con ella.

La idea de hacer un viaje a su lado me parecía nueva, irreal incluso. Me ponía nerviosa porque lo nuestro había girado entre su apartamento, el mío, la sala de prensa y la ciudad deportiva, pero intentaba que no se me notara.

El rugido metálico del tren interrumpió mis pensamientos cuando llegó a la estación. A mi alrededor olía a café y a despedidas apresuradas. Subimos al vagón con el vaivén de los demás pasajeros y, en cuanto encontramos nuestros asientos, Inés me miró con esa sonrisa de medio lado que tanto me sacaba de quicio.

—Todavía puedes arrepentirte, ¿eh? —dijo.

—No quiero.

—¿Estás segura? Porque tienes cara de miedo.

—Segurísima. Y no es miedo, son nervios.

Sus ojos brillaron y eso provocó que la besara.

****

09:00 h. Girona.

La brisa del Mediterráneo era diferente a la de Madrid. Más ligera. Más salada. Más libre. Caminamos por el casco antiguo sin prisas, sin preocuparnos por quién nos miraba. Allí nadie parecía conocernos. Y por primera vez en meses, no éramos noticia. No éramos periodista y entrenadora, no había titulares en periódicos deportivos, ni el centro de los chismes de nadie. Éramos solo nosotras.

Nos detuvimos en una pequeña cafetería con mesas de madera y el aroma irresistible de pan recién horneado flotando en el aire. Pedimos café y croissants, y nos instalamos en una mesa junto a la ventana. Inés me observó en silencio por un rato, con esa mirada suya que siempre significaba que estaba pensando demasiado.

—¿Qué pasa? —pregunté, dándole un sorbo a mi café.

—Nada.

Levanté una ceja y abandoné lo que me estaba tomando para centrarme en ella.

—Mentira.

Su sonrisa fue lenta, casi traviesa.

—Me gusta verte así.

Fruncí el ceño.

—¿Así cómo?

—Viviendo sin miedo.

Mi estómago se encogió porque tenía razón. Allí, lejos del ruido de Madrid, lejos de las expectativas, lejos de la presión… podía ser solo Paula, y me encantaba.

****

13:00 h. Camino a la Costa Brava.

Alquilamos un coche y decidimos tomar una carretera junto a la costa. A un lado, los acantilados se alzaban a una altura imponente. Al otro, se extendía el mar infinito, con sus olas rompiendo contra las rocas y el murmullo constante que esto causaba. Hacía mucho que no visitaba el mar, recordaba haber pasado más de un día de vacaciones con mis padres, pero fue siendo una niña y apenas lo recordaba.

Bajé la ventanilla y dejé que el viento enredara mi pelo.

—Esto es precioso —murmuré, notando cómo el aire salado se mezclaba con la calidez del sol en mi piel.

—He visto cosas más bonitas, pero sí.

Me giré para mirarla.

—¿Lo dices por el paisaje o por mí?

Inés sonrió sin apartar la vista del camino.

—Por los dos.

Mi pecho se encogió, y suspiré porque… qué fácil era enamorarse de ella una y otra vez.

****

16:00 h. En una cala escondida.

El agua estaba helada cuando la primera ola golpeó mis tobillos, pero no me importó. Me reí mientras caminaba más adentro, sintiendo la arena ceder bajo mis pies.

—Estás loca —dijo Inés desde la orilla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ven.

—Ni de coña.

Sonreí y, sin pensarlo demasiado, le salpiqué agua.

—Cobarde.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—Paula, si me mojas más, juro que…

—¿Qué?

No la dejé terminar. Corrí hacia ella y, en un movimiento rápido, la empujé al agua. Su

grito se ahogó en una carcajada cuando cayó de espaldas en el mar. Y cuando emergió, con el pelo pegado a la cara y los ojos brillantes de diversión, supe que iba a vengarse.

Me atrapó por la cintura y me arrastró con ella. El agua nos envolvió, fría y salada, pero no importó. Nos reíamos como si el mundo no existiera. No había nada entre nosotras. Solo piel contra piel, risas mezcladas con el sonido de las olas y la seguridad de que esto no era solo un escape. Era el inicio de algo más grande.

****

19:00 h. Mirador sobre el mar.

Nos sentamos sobre las rocas, envueltas en toallas, viendo el sol hundirse en el horizonte. El aire aún olía a sal. Inés tenía las piernas estiradas y la cabeza apoyada en mi hombro. Y yo… yo estaba perdida en ella.

—Nunca había hecho algo así —murmuré.

—¿Irte de viaje con alguien?

Negué.

—Sentir algo así de fuerte.

Ella se quedó en silencio un momento.

—¿Y cómo se siente?

Tragué saliva porque no sabía cómo explicarlo. Así que tomé su mano y la entrelacé con la mía, y le regalé un beso en el dorso antes de colocarla en mi pecho y permitir que escuchase mi corazón.

—Se siente como esto.

Inés giró la cabeza y me miró con una intensidad que me dejó sin aire. Mi corazón gritaba, saltaba, vitoreaba. Ya no había ni rastro de miedo. Ya no tenía que pensar demasiado porque todo estaba dicho. Quería estar con ella, seguir sintiendo todo esto que nacía de mí por ella. Una y otra vez. Con ella. Siempre con ella. Nada más con ella.

****

22:00 h. En el hotel.

Al llegar al dormitorio, nos tumbamos en la cama, con la ventana abierta para dejar entrar la brisa del mar. Ninguna de las dos habló. Solo nos quedamos ahí, compartiendo el espacio sin prisas, acariciando nuestras manos como si así lográsemos hacer aquel instante más real.

Estar lejos de Madrid nos había unido más. Había encontrado una faceta aniñada de Inés que me volvía loca y también una sonrisa y un brillo en sus ojos que me derrumbaba. No solo era espectacular. Además de buena en lo que hacía, su manera de mostrarme que me quería a su lado me agitaba y encogía el corazón. Y eso me gustaba demasiado.

Disfrutamos del silencio durante minutos. Hasta que Inés lo rompió.

—Paula...

—¿Mmm?

—Dímelo.

Mi pecho se apretó.

—¿Decirte qué?

Se giró hacia mí y apoyó la cabeza en su mano.

—Lo que llevas semanas ocultándome y que aún no me has dicho.

Mi corazón empezó a latir más fuerte. Sabía perfectamente a lo que se refería. A las palabras que me había guardado. A lo que, desde que la besé, ya no podía seguir guardado.

Levanté una mano y acaricié su pelo, respiré hondo y cuando hablé, lo hice en un susurro bajo.

—Te quiero.

El mundo se detuvo. El sonido de las olas de fondo desapareció. Todo lo que existía era ella delante de mis ojos, y cuando sonrió, supe que había tomado la mejor decisión de mi vida. Porque Inés Martín era mi casa, era todo lo que quería y era maravilloso tener la seguridad de ello.

EPÍLOGO

Donde siempre quise estar

Seis meses después.

El sonido del silbato resonó en el campo, seguido por un estallido de aplausos. Desde la grada, observé cómo las jugadoras del Atlético de Madrid B femenino se abrazaban tras el último gol. Inés, con los brazos cruzados y esa media sonrisa de orgullo en los labios, asintió satisfecha desde la línea de banda, aplaudiendo, animándolas a seguir centradas y en su sitio.

Me puse mejor en mi asiento, notando el viento cálido de mayo en la cara. Todavía me sorprendía lo mucho que podía disfrutar un partido sin estar pegada a mi cuaderno, anotando cosas o analizando cada jugada con ojo crítico. Claro que mi trabajo como periodista deportiva no había cambiado —seguía escribiendo, seguía debatiendo en programas de radio y televisión, seguía viviendo por y para el fútbol— pero ahora había aprendido a disfrutarlo de otra manera.

Desde fuera, desde las gradas, observando a Inés hacer lo que mejor sabía hacer. Siempre la había admirado. A pesar de mi continua reticencia a negarlo. Mis ojos no se apartaban de ella ni un segundo. No podía. No me dejaba.

Ella levantó la vista y, como si notara mi mirada, buscó la mía entre el público. Le sonreí y, aunque desde donde estaba no podía escucharla, supe exactamente lo que murmuró: "Mirándome a mí siempre".

Reí entre dientes y volví la vista al campo, justo a tiempo para ver a sus jugadoras celebrar el pitido final. Otra victoria. Un nuevo título ganado. Otro paso más en la carrera de Inés. Y, joder, qué orgullosa me sentía de ella.

****

Viernes. 18:00 h. Malasaña.

Aunque todo el equipo quiso celebrarlo, ella y yo salimos huyendo lo más rápido que pudimos. Ya se había acordado disfrutar de una comida en conjunto. No teníamos por qué quedarnos y así hicimos. La tarde cayó sobre Madrid cuando llegamos a casa. Dejamos las chaquetas en el perchero de la entrada y nos deslizamos cómodamente en nuestra rutina.

Porque sí. Ahora había una rutina. Ahora había un hogar que compartíamos. Una cocina donde nos peleábamos por quién hacía la cena y quién fregaba los platos. Un sofá donde pasábamos las noches de Champions, discutiendo de fútbol hasta la madrugada. Un espacio donde el ruido de la ciudad se atenuaba y solo quedábamos nosotras.

—¿Has disfrutado del partido hoy? —comentó Inés, dejando su bolsa de deporte a un lado.

Me apoyé en la encimera y me encogí de hombros.

—Lo habría disfrutado más si hubiese estado en tu rueda de prensa —le dije divertida—. Ya sabes que es lo que más me cuesta sobrellevar desde que me ofrecieron cubrir los partidos de primera.

Ella arqueó una ceja.

—Piensa que ahora tendrás acceso a los partidos del Barça… —me rodeó entre sus brazos —. Que podrás viajar a todas partes. Que tendrás la posibilidad de criticar como bien sabes hacer a otros entrenadores…

—Podré entrevistar a Alexia…

Me sujeté de su cuello y la miré a los ojos con picardía.

—Qué mal me conoces, señorita Ferrer, si crees que eso me pone celosa.

Sonreí.

—Sé con seguridad que jamás vas a poder mirar a nadie como me miras a mí.

Mi estómago se encogió y suspiré. Inés tenía razón, a esas alturas, toda mi atención estaba en ella y ni el cuerpazo de Alexia o las miraditas de Aitana me iban a robar el sueño.

—Ahora que lo pienso, no te di la gran noticia.

Ella deslizó sus dedos por mi espalda en un gesto lento y los enredó en mi camisa.

—¿Noticia?

La miré a los ojos con curiosidad.

—La próxima temporada tendrás que morderte la lengua y quedarte en el asiento de atrás en las ruedas de prensa.

—¿Qué?

—Tienes delante a la nueva entrenadora del primer equipo.

Inés sonrió antes de besarme, y con el corazón a mil por hora, supe que aún nos quedarían muchas cosas por vivir juntas.

****

22:00 h

Más tarde, nos acomodamos en el sofá, con uno de los últimos partidos de LaLiga sonando de fondo. Yo tenía el portátil abierto sobre las piernas, revisando el guion para mi próxima intervención en la radio. Inés, por su parte, analizaba las estadísticas del partido de la tarde.

Cada una en su mundo, pero juntas. Siempre juntas.

—¿Sabes? —dije sin apartar la vista de la pantalla—. He estado pensando en escribir un artículo sobre la evolución del fútbol femenino en los últimos años. Algo más personal, más cercano.

—¿Personal? —preguntó Inés, sin dejar de mirar su tablet.

—Sí. Desde dentro. Desde lo que he vivido cubriendo el deporte, pero también desde lo que he visto en ti, en tu equipo. En todo lo que se está logrando.

Inés apagó la tablet y se giró hacia mí con interés.

—Me gusta.

—¿Sí?

—Sí. Sobre todo, si hablas de mí y me dejas quedar bien.

Rodé los ojos con una sonrisa.

—Eres insoportable.

—Lo sé. Y, aun así, aquí estás.

La miré. Y, joder, tenía razón. Aquí estaba. Aquí estábamos y no había lugar en el mundo donde quisiera estar más que a su lado.

—¿Recuerdas la primera vez que nos besamos?

Inés frunció el ceño y sonrió.

—Dirás, la primera vez que tú me besaste.

Bufé y ella se cruzó de brazos.

—Claro que lo recuerdo. También la vez que viniste borracha a mi apartamento. Aún me pregunto cómo llegaste hasta allí tú sola.

—¿La adrenalina?

—¿El deseo? —me dijo con picardía—. Sabías a cerveza.

—Me estabas volviendo loca y me dejaste a mitad en el bar.

—Solo quería jugar, llevarte al límite y ver hasta dónde podías llegar.

Inés deslizó un mechón de pelo detrás de mi oreja y me sostuvo la mirada.

—¿Y te gustó lo que conseguiste?

—Me gustó más lo que pasó después.

Mi pecho se llenó de algo cálido. Ella tenía razón. Nuestra vida hasta ese instante estuvo repleta de cosas a medias, de instantes llenos de rabia, llenos de odio, llenos de esa energía cortante que te pone el pelo de punta.

Ese beso, esa noche lo significó todo y nos llevó a donde estamos ahora.

—Te quiero —dije en un susurro.

Inés sonrió.

—Lo sé. Y yo también.

Me besó suavemente como si el tiempo no importara y por primera vez en mi vida, me permití creer que esto… lo nuestro, era para siempre.